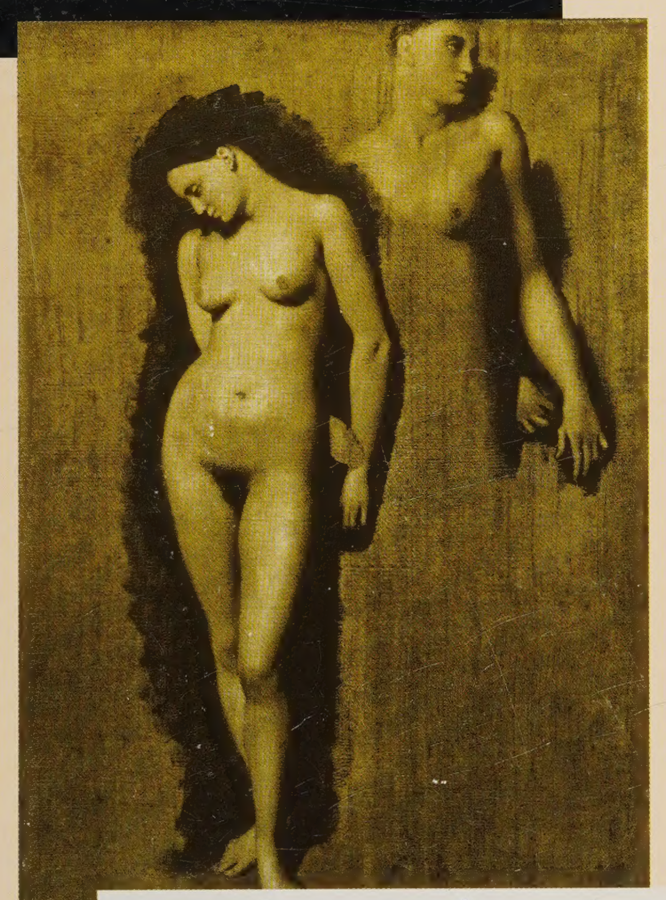
Marqués de Sade



Filosofía en el Tocador

Colección Malva

Gradifco

FILOSOFÍA EN EL TOCADOR

FILOSOFÍA EN EL TOCADOR

MARQUÉS DE SADE



Sade, Marqués de
Filosofía en el tocador. - 1a ed. - Buenos Aires : Gradifco, 2005.
224 p. ; 19x12 cm. (Malva)

Traducido por: Belén Jáuregui

ISBN 987-571-024-5

1. Narrativa Francesa I. Jáuregui, Belén, trad. II. Título
CDD 843

Título original:
LA PHILOSOPHIE DANS LE BOUDOIR

Diseño de portada e interior:
VÍCTOR ROLANDO MOULY

Ilustración de portada:
DESNUDO A CONTRALUZ (PIERRE BONARD)

Carlos Pellegrini 783 Piso 1°
(C1009ABO) - Buenos Aires
Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4657-2740
E-mail: gradifcosrl@laufquen.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Estudio Preliminar

El 2 de Junio de 1740, el conde de Sade, Jean-Baptiste, y su esposa Marié-Éléonore trajeron al mundo un futuro heredero. Pero ostentaría el título de marqués mientras viviera su padre. Y así lo conoció la humanidad. Su verdadero nombre fue Donatien Alphonse François.

Con el objeto de brindarle la mejor educación a su hijo, el conde siempre procuró que se relacionase con lo más elevado de la sociedad francesa y realizó grandes esfuerzos para que no le faltase nada. Sin embargo, esto tuvo un efecto muy negativo en su formación, al punto que el exceso de cuidados sólo sirvió para desarrollar sus vicios. A éstos también contribuyeron algunas mujeres amigas y parientes del conde de Sade, las cuales se encargaban del cuidado del encantador Donatien. Sus primeros años los vivió en un palacio cercano a París, rodeado de todo el lujo y los cuidados que él mismo criticaría más tarde. En aquellas circunstancias, el conde de Charolais fue la persona decisiva para su futuro, y su recuerdo le fue de gran utilidad años más tarde, cuando escribió sus obras.

Se trasladó a Provenza a los cinco años, a las posesiones de la casa de su familia paterna, precisamente al castillo de Saumane, muy diferente al palacio donde se había criado hasta entonces, y mucho más parecido a los escenarios de sus futuras novelas: incomunicado y gris. Fueron agradables años en compañía de unas mujeres ami-

gas de su padre que siguieron mimándolo, y de su tío el abad, que tanto lo ayudaría en su formación humanística.

A los diez años, volvió a París para entrar en el colegio Louis-le-Grand, dirigido por los jesuitas; y uno de los más prestigiosos de la época. Fue aquí donde desarrolló su gran entusiasmo por el teatro. Se cree que a partir de ese momento, recibió las primeras impresiones en lo referente a la fustigación y a la sodomía. No hay que dejar de tener en cuenta que, en aquella época, era una práctica de la nobleza en los colegios el castigo con el látigo o con las varas, en contraposición a las bofetadas o los tirones de orejas, para reprimir a quienes no se atenían a las reglas. Lo mismo respecto de la sodomía, la cual se creía que los maestros la fomentaban entre sus alumnos y la practicaban con ellos.

Un par de años más tarde, Donatien fue retirado del colegio para incorporarse al ejército, donde cumplió con gran valor las obligaciones militares. En 1763, al acabar la Guerra de los Siete Años, se licenció.

Su padre consiguió casarlo con Renée-Pélagie, hija del presidente de Montreuil, una joven poco favorecida, pero de buena posición económica y de buen carácter, con el fin de calmar el estado de libertinaje que el marqués manifestaba ya por esa época.

Los recién casados se trasladaron al palacio de Montreuil, en París. En un principio, logró ganarse el afecto de toda la familia, incluso el de la presidenta de Montreuil, que tenía fama de mujer autoritaria y moralista, pero que se mostraba encantada con él. Además, el reciente embarazo de la señora de Sade, hacía aumentar la felicidad familiar. Pero pronto su libertinaje empezó a causarle problemas. Su primera detención fue a los tres meses: una joven con la que se había entregado a ciertos

actos sacrílegos lo denunció. Fue llevado al torreón de Vicennes, donde permaneció quince días. Pero, gracias a las gestiones de su suegra, logró salir airoso de la situación y durante una temporada se dedicó a una de sus grandes pasiones: el teatro.

No obstante, continuaron los escándalos, y otra vez cayó ante la Justicia por haber maltratado a mujeres. En 1775, unas prostitutas lo denunciaron por maltrato e intento de envenenamiento. Pero esta vez no esperó el veredicto de los jueces, y prefirió raptar a su cuñada del convento donde estaba encerrada, para escapar a Italia. Volvió a Francia engañado por unos falsos amigos, quienes le habían asegurado que ya no corría ningún peligro, pero la policía lo atrapó nuevamente. Fue encerrado a mediados de 1777, y años más tarde, trasladado a la Bastilla. Allí comenzó a escribir.

Ya había sido prisionero en varias oportunidades, pero fue en ese momento cuando Sade experimentó el dolor más profundo y sintió que su estancia en prisión se le hacía eterna. Tuvo una serie de obsesiones que expresó en sus cartas, la mayoría de ellas dirigidas a su mujer. La más importante de todas coincide con la fecha de su salida de la cárcel.

En prisión se tornó molesto con quienes lo rodeaban, y entonces, los hostigaba con preguntas. Se volvió sensible y vulnerable. Este estado se agravó cuando su mujer dejó de escribirle durante una temporada y le ocultaba datos respecto de su liberación; esto hizo que él se creyera condenado para toda la vida.

Se consideraba un revolucionario en potencia. No creía en los poderes establecidos, como lo eran la monarquía y la Iglesia. Se había creado demasiados enemigos, sobre todo entre la nobleza más conservadora. Además,

comenzó a tener importantes problemas de dinero. Se vio obligado a vender sus posesiones, y al no tener otra profesión, recurrió a la de escritor. Fue en esta época cuando publicó muchas de sus obras: *La nueva Justine*, seguida de la *Historia de Juliette*, su hermana, *Los crímenes del amor* y *Filosofía en el tocador*, entre otras.

Sus hijos habían emigrado a Alemania, y ser padre de emigrados era, en ese momento, casi un sinónimo de enemigo de la revolución. Era probable que ese odio que lo acosaba fuera la razón del cambio de carácter de sus obras, en las que mostró su veta más perversa y más crítica a la sociedad burguesa de la época. Hacía poco que había vuelto a cambiar el régimen político; el cónsul Bonaparte conducía el destino del país. Sin embargo, la monarquía encarceló a Sade por motivos morales, y la revolución aprovechó los mismos argumentos; no iba a ser Napoleón quien lo perdonara. Así, en 1801, Sade fue detenido y juzgado por haber escrito *Justine* y la *Historia de Juliette*. Él lo niega, pero su fama fue más fuerte que su palabra y acabó siendo recluido en el manicomio de Charenton. Allí permaneció hasta su muerte, en 1814. Para ese entonces, los escritos de Sade habían sido crudamente prohibidos. Eran considerados "un atentado a la moral pública en general, y a todos los estamentos sociales y gubernamentales del país y del mundo entero".

Varias de sus obras fueron escritas en papel para envolver y sacadas de la prisión por los amigos que iban a visitarlo. Así y todo, ningún editor se atrevía a publicarlas; y por ese motivo, hasta el siglo siguiente no pudieron conocerse. Literalmente, nadie ha mostrado tantas brutalidades ni ha sido tan pornográfico como el Marqués de Sade. A él se debe la conocida desviación sexual llamada sadismo. No obstante, nada de lo que contaba era imagi-

nario, sino que se practicaba en la realidad. Existían poderosos que lo realizaban de la forma más impune. Hasta él mismo lo había hecho. El problema era que nadie lo denunciaba. Tuvo que ser Sade quien lo hiciera en sus escritos, provocando el consiguiente escándalo entre las clases altas, que se vieron reflejadas.

Filosofía en el tocador es uno de los escritos más importantes del Marqués de Sade. Fue conocido en el año 1795 y circuló sin inconvenientes hasta 1801, cuando Napoleón Bonaparte lo tildó de perjudicial para los ciudadanos.

Se trata del relato atento, erótico y científico de las aventuras de Eugenia, una adolescente de quince años a quien se la inicia en los placeres del sexo. Los encargados de lograr tal fin son tres maestros que hacen caso omiso a los límites entre el bien y el mal. Una vez más, Sade traspasa la barrera de todo tipo de precepto moral. Con esta obra, transgredió completamente el género llamado de la novela libertina, cuyas características no son otras que la ligereza y el regocijo. Penetra en las profundidades del deseo sexual, dejándolo fluir sin censura, entregándose a él y llevando al lector hacia la insaciable investigación del placer y del goce.

Frente a este símbolo del hombre, y especialmente de la mujer, el tocador y las intimidades van fluyendo sin obstáculos.

A los Libertinos

Voluptuosos de todas las edades y de todos los sexos: sólo a ustedes está dedicado este libro. Nútranse de sus principios, que favorecen sus pasiones, esas pasiones con las que fríos e insignificantes moralistas los intimidan, y que no son sino los medios que la naturaleza utiliza para que el hombre logre comprender los designios que ella ha trazado respecto de él. Obedezcan solamente a esas deliciosas pasiones, cuyo órgano es el único que los conducirá a la felicidad.

Mujeres lujuriosas: que la voluptuosa Saint-Ange sea un modelo para seguir. Siguiendo su ejemplo, desprecien todo lo que sea contrario a las divinas leyes del placer a las que se encadenaron por el resto de su vida.

Jóvenes reprimidas: durante mucho tiempo por los absurdos y peligrosos lazos de una ilusa virtud y de una religión repulsiva, imiten a la ardiente Eugenia. Destruyan y pisoteen con la misma rapidez que ella todos esos ridículos principios inculcados por unos padres imbéciles.

Y ustedes, amables libertinos, que desde su juventud no tienen otros frenos que sus deseos ni más leyes que sus caprichos, que el cínico Dolmancé les sirva de ejemplo. Vayan tan lejos como él si lo que quieren es recorrer todos los caminos de flores que la liviandad les tiene reservados. Convénzanse, a la luz de sus enseñanzas, de que sólo

ampliando la esfera de sus gustos y de sus fantasías, y sacrificándolo todo a la sensualidad, es como el desgraciado individuo que se denomina hombre, arrojado a este triste mundo muy a su pesar, puede llegar a sembrar algunas rosas sobre las espinas de la vida.

Filosofía en el Tocador
o
los instructores inmorales

Diálogos

Destinados a la educación de las jóvenes señoritas

PRIMER DIÁLOGO

Señora de Saint-Ange, El Caballero de Mirvel

Señora de Saint-Ange: Buenos días, hermano. ¿Y el señor Dolmancé?

El Caballero: Vendrá a las cuatro en punto. Hasta las siete no cenaremos... tenemos tiempo para charlar.

Señora de Saint-Ange: ¿Sabes que estoy un poco arrepentida de mi curiosidad y de todas esas obscenidades que se han planificado para hoy? En verdad, amigo mío, tú eres demasiado tolerante. Cuanto más razonable debería ser, mi maldita cabeza se trastorna y se vuelve desenfrenada. Y tú lo consientes todo, sólo lo haces para mimarme... A los veintiséis años, cuando ya debía ser devota, soy aún la más libertina de las mujeres... No tienes idea de lo que he llegado a imaginar, amigo mío, de lo que quisiera hacer. Creía que al relacionarme sólo con mujeres llegaría a ser sensata..., que al concentrar mis deseos en mi sexo no sentiría inclinaciones hacia el de ustedes. ¡Qué ilusa, amigo mío! Los deseos de los que quisiera despojarme crecen con más energía en mi espíritu. He llegado a comprobar que cuando se ha nacido para el libertinaje, como es mi caso, es inútil pensar en ponerse frenos, ya que la fogosidad de los deseos no tarda en romperlos. En fin, querido, soy un animal anfibio. Todo

me gusta, todo me divierte, quiero hacer todo. Dime, hermano, ¿no consideras una extravagancia de mi parte el querer conocer a ese singular Dolmancé, que según dices, nunca en su vida ha intimado con una mujer, conforme con lo que dicta la costumbre; que de principios sodomitas, no sólo idolatra su sexo, sino que incluso no cede ante el nuestro, si no es bajo la expresa condición de que se le entreguen los preciados encantos con que acostumbra valerse entre los hombres? Verás, hermano, cuál es la curiosa fantasía que tengo con él: quiero ser la Ganimedes de ese nuevo Júpiter, quiero gozar con sus gustos, con sus perversiones... Quiero ser la víctima de sus excesos. Hasta hoy, tú lo sabes, querido, sólo me he entregado así a ti por complacerte, o a alguno de los que me sirven, quienes, pagados para tratarme de esa manera, se prestan a ello nada más que por interés. Hoy no se trata ni de complacencia ni de capricho; es sólo por gusto... Creo que entre los comportamientos a los que me ha condenado esta particular manía y los que ahora me dominan, hay una diferencia inconcebible, y quiero conocerla. Descríbeme a tu Dolmancé, te lo suplico, así ya tengo una idea de él antes de que llegue. Ya sabes que sólo lo vi una vez, cuando lo encontré hace unos días en una casa, pero apenas fueron unos minutos.

EL CABALLERO: Dolmancé, hermana mía, acaba de cumplir treinta y seis años. Es alto, tiene un rostro muy bello, unos ojos muy vivaces e inteligentes, y una dentadura perfecta. Pero sus rasgos dejan entrever cierta dureza y maldad. Toda su figura y su porte delatan cierta suavidad, sin duda, debido a la costumbre de adoptar a menudo las poses y los gestos femeninos. Es extremadamente elegante, su voz tiene unos matices muy bonitos y es un hombre de grandes talentos, entre los que se destaca especialmente su capacidad para el razonamiento filosófico.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Supongo que no cree en Dios.

El Caballero: ¡Qué dices! Es el hombre más ateo e inmoral que conozco... ¡Ah, es el individuo más corrupto, perverso y pervertido del mundo!

Señora de Saint-Ange: ¡Cómo se enciende mi pasión con todo eso! Ese hombre va a enloquecerme. ¿Y sus gustos, hermano mío?

El Caballero: Ya los conoces. Las delicias de Sodoma son sus preferidas, tanto si actúa como sujeto activo como si cumple un papel pasivo. Para sus placeres, sólo busca a los hombres y si algunas veces, no obstante, acepta intentarlo con las mujeres, es bajo la condición de que éstas sean lo bastante complacientes como para cambiar de sexo con él. Le hablé de ti y lo puse al tanto de tus intenciones. Él acepta. Pero quiere advertirte sobre las condiciones del trato. Te aviso, hermana mía, que él te rechazará de inmediato si pretendes obligarlo a otra cosa: "Lo que he aceptado hacer con tu hermana es —pretende él— una licencia..., una extravagancia, con la que uno se mancha muy pocas veces y con muchas precauciones."

Señora de Saint-Ange: ¡Mancharse!... ¡Precauciones!... ¡Me gusta con locura el lenguaje de esas personas tan amables! Entre nosotras las mujeres también se utilizan algunas palabras exclusivas, iguales a esas, para manifestar el profundo horror que se siente hacia todo lo que está fuera del culto admitido... ¡Y bien!, dime, querido: ¿él te ha poseído? ¡Con un rostro tan delicioso y tus veinte años, seguramente lo habrás cautivado!

El Caballero: No voy a ocultarte las rarezas que he tenido con Dolmancé. Eres demasiado lista como para censurarlas. De hecho, a mí me gustan las mujeres y sólo me entrego a esos caprichos cuando algún hombre agradable me empuja a ello. Entonces, no me niego a nada. Estoy muy lejos de esa ridícula altanería que hace creer a nuestros jóvenes entrometidos que se debe responder con bastonazos a semejantes proposiciones. ¿Acaso el hombre no

es dueño de hacer lo que le plazca? Hay que compadecerse de quienes tienen esos gustos tan singulares, pero nunca insultarlos. Su error no es culpa suya, sino de la naturaleza. No fueron ellos quienes decidieron llegar al mundo con gustos diferentes, así como no somos nosotros quienes decidimos nacer chuecos o bien formados. ¿Por otra parte —dice él—, te desagrada que un hombre te exprese el deseo de gozar de ti? No, sin duda, es un halago que me hace. Entonces, ¿por qué responder a su proposición con ofensas o con insultos? Sólo los idiotas pueden reaccionar así. Un hombre sensato jamás hablará de un modo diferente al mío, pero el mundo está lleno de insulsos imbéciles que creen que les faltan el respeto cuando los encuentran aptos para esos placeres y que, consentidos por las mujeres y eternamente recelosos de quienes parecen atentar contra sus derechos, se consideran los Quijotes de esos vulgares derechos, tratando con crueldad a aquéllos que no los reconocen en toda su medida.

Señora de Saint-Ange: ¡Ay, amigo mío, bésame! No serías mi hermano si pensaras de otro modo. Pero te suplico que me des más detalles del físico de ese hombre y de los placeres que tuvo contigo.

El Caballero: El señor Dolmancé fue instruido por uno de mis amigos acerca del magnífico miembro del que sabes que estoy provisto. A través del marqués de V... me invitó a cenar. Una vez allí, fue necesario exhibir aquello de lo que era portador. Al principio, parecía que la curiosidad era el único motivo de su interés, pero cuando me ofreció su hermoso culo y me suplicó que gozara de él, no tardé en darme cuenta de que sólo el gusto lo había llevado a realizar aquel reconocimiento. Le advertí sobre todas las dificultades que aquello implicaba, pero nada consiguió atemorizarlo. "Soy a prueba de ariete, me dice, ¡y ni siquiera tendrás la gloria de ser el más temible de los hombres que hayan perforado el trasero que te ofrezco!".

El marqués asistía a este encuentro. Nos incitaba manoseando, tocando y besando todo lo que Dolmancé y yo dejábamos al descubierto. Estoy dispuesto..., pero al menos quiero ciertos preparativos: "¡No tienes por qué realizarlos!", me dice el marqués, "privarías a Dolmancé de la mitad de las sensaciones que espera de ti. Él quiere que lo atraviesen... que lo desgarren." "¡Quedará satisfecho!", me dije, lanzándome a ciegas al abismo... ¿Acaso crees, hermana mía, que me costó mucho esfuerzo? ... Ni una palabra. Mi enorme miembro desapareció casi sin darme cuenta y tocó el fondo de sus entrañas sin que al tipo se le moviese un pelo. Traté a Dolmancé como a un amigo. La gran satisfacción que lo embargaba, sus movimientos, sus deliciosas palabras... todo eso contribuyó a que yo mismo me sintiera feliz y lo inundé. Una vez que estuve afuera, Dolmancé se volvió hacia mí, despeinado y rojo como una descocada: "¿Has visto el estado en el que me has puesto, querido caballero?", me dijo, ofreciéndome un miembro duro y travieso, muy largo y con un espesor de no menos de seis pulgadas. "Amor mío, dígnate a servirme de mujer del mismo modo en que fui tu amante y que pueda decir que en tus brazos he probado todos aquellos placeres que me hacen gozar con mayor intensidad." Creyendo que esto no sería más difícil que lo otro, me entregué a su deseo. El marqués, quitándose los calzones ante mi vista, me rogó que accediese a hacer también de hombre con él mientras me convertía en la mujer de su amigo. Le di el mismo trato que a Dolmancé, quien, al devolverme multiplicadas todas las sacudidas que yo producía en el tercero, muy pronto lanzó en el fondo de mi trasero ese licor encantador que por mi parte también derramé, casi al mismo tiempo, en el de V...

Señora de Saint-Ange: Debes haber sentido un enorme placer, hermano mío, al estar así entre dos. Dicen que es encantador.

El Caballero: Es cierto, ángel mío, es el mejor lugar. Pero, a pesar de lo que dicen, todo eso son sólo extravagancias que nunca cambiaría por el placer que me brindan las mujeres.

Señora de Saint-Ange: Entonces bien, queridito, para recompensar la satisfacción que hoy me has dado, entregaré a tu pasión a una muchacha virgen y más bella que el amor.

El Caballero: ¡Cómo! ¿Con Dolmancé... haces venir a una mujer a tu casa?

Señora de Saint-Ange: Se debe a razones educativas. Es una jovencita a la que conocí en el convento el otoño pasado, mientras mi marido estaba en los baños. Entonces no pudimos hacer nada, no nos atrevimos a nada. Había demasiadas miradas puestas sobre nosotras. Nos prometimos que nos veríamos en cuanto pudiésemos. Obsesionada por ese deseo, y para satisfacerlo, conocí a su familia. Su padre es un libertino... al que logré seducir. Al fin la bella joven viene. La espero. Pasaremos dos días juntas..., dos días deliciosos. Me encargaré de educarla. Con Dolmancé le meteremos en su tierna cabecita los más desenfrenados mandatos del libertinaje, la incendiaremos con nuestro fuego, la alimentaremos con nuestra filosofía, le inspiraremos nuestros deseos y, como quiero agregar un poco de práctica a la teoría, como deseo que experimente todo aquello que se le dirá, a ti te reservo la cosecha de los mirtos de Citera y a Dolmancé la de las rosas de Sodoma. Tendré dos placeres a la vez: el de gozar yo misma de esas criminales delicias y de enseñarlas, de inspirar los deseos en la cariñosa inocente que ha caído entre mis redes. Y bien, caballero, ¿acaso no es un proyecto digno de mi pervertida imaginación?

El Caballero: No pudo haber sido concebido por otra. Es divino, hermana mía, y te prometo que cumpliré de maravilla el encantador papel que me has destinado.

¡Ah, pícara, cómo vas a disfrutar educando a esa niña! ¡Qué delicioso será para ti pervertirla, ahogar en ese tierno corazón todas las semillas de virtud y de religiosidad que sembraron en él sus institutrices! En verdad, todo eso es demasiado libertino para mí.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Te aseguro que no me olvidaré de nada que pueda pervertirla y degradarla, para aplastar en ella todos los falsos principios de moral con los que pudiesen haberla aturdido. Quiero que con dos lecciones se vuelva tan pervertida..., impía... y libertina como yo. Adviérteselo a Dolmancé, que esté al tanto en cuanto llegue, con el fin de que el veneno de sus inmoralidades, una vez introducido en esa joven, cuyo corazón le entregaré, consiga arrancar de inmediato todas las semillas de virtud que podrían germinar en él si no intervenimos nosotros.

EL CABALLERO: Hubiese sido imposible encontrar un hombre más adecuado. La irreligiosidad, el desacato, la inhumanidad y el libertinaje brotan en los labios de Dolmancé, como hace tiempo la unción mística fluía en los del célebre arzobispo de Cambrai. Es uno de los hombres más seductores, más depravados y más peligrosos que conozco... ¡Ah!, mi querida amiga, si tu alumna sigue los consejos de su maestro, te aseguro que pronto será tan pervertida como él.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: No dudo que así será, si es que tiene buena predisposición...

EL CABALLERO: Pero dime, querida hermana, ¿no te dan miedo sus padres? ¿Y si la joven llegase a hablar de todo esto cuando regrese a su casa?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: No tengo nada que temer, he seducido a su padre... está bajo mi control. ¿Debo confesártelo? Me entregué a él para ponerle una venda sobre los ojos. Ignora cuáles son mis intenciones, y jamás se atreverá a indagarlas... Lo tengo en mis manos.

El Caballero: ¡Los medios que has empleado son espantosos!

Señora de Saint-Ange: Así es como deben ser para que sean seguros.

El Caballero: ¡Oh!, dime, te lo suplico: ¿quién es esa jovencita?

Señora de Saint-Ange: Se llama Eugenia. Es hija de un tal Mistival, que tiene alrededor de unos treinta y seis años y es uno de los comerciantes más ricos de la capital. La madre no tendrá más de treinta y dos... la niña, quince. Mistival es tan libertino como su mujer devota. Con respecto a Eugenia, sería inútil, amigo mío, que intentara retratártela: está por encima de mis pinceles. Te bastará con que te diga, para convencerte, que ni tú ni yo hemos visto jamás a alguien tan delicioso.

El Caballero: Si no puedes detallarme cómo es, por lo menos trata de hacer un esbozo, a fin de que conozca algo más de la persona con quien voy a relacionarme. Así, mi imaginación se llenará más con ese ídolo en cuyo templo ha de realizarse el sacrificio.

Señora de Saint-Ange: Bueno, amigo mío, sus cabellos castaños, algo escurridizos, descienden hasta más abajo de sus nalgas. Su tez es de un blanco translúcido, su nariz un poco aguileña, sus ojos tienen la negrura del ébano y... ¡son tan fogosos!... ¡Ah!, amigo mío, es imposible no sentirse atraída por esos ojos... No puedes llegar a imaginar cuántas locuras me han hecho cometer... Si vieras las cejas tan bonitas que los coronan... ¡los párpados tan interesantes que los bordean!... Su boca es muy pequeña, sus dientes soberbios, ¡y toda ella emana tanta frescura!... La manera tan elegante en que su cabeza se yergue sobre sus hombros y el gesto tan noble que realiza cuando la hace girar son sus mayores atractivos... Eugenia es bastante alta para su edad. Parece de diecisiete años. Su figura es un ejemplo de elegancia y de finura, su gargan-

ta deliciosa... ¡Y sus pechos son tan bonitos! Apenas si alcanzan a llenar la mano, pero ¡son tan suaves..., tan frescos..., tan blancos!... ¡Cuántas veces perdí la cabeza al besarlos! ¡Y si vieras cómo respondió a mis caricias..., de qué manera sus expresivos ojos reflejaban el estado de su alma!... Amigo mío, no sé cómo es el resto. ¡Ah!, si debo juzgar por lo que ya conozco, puedo decirte que jamás el Olimpo tuvo una divinidad comparable a ella... Ya debe estar por llegar. Despidámonos. Vete por el jardín, de esa manera no te la encontrarás. Y sé puntual con tu cita.

El Caballero: Después de semejante panorama, no te quepan dudas acerca de mi puntualidad... ¡Oh, cielos! Salir... ¡abandonarte ahora, en el estado en el que estoy!... Adiós, hermana mía... Un beso..., un solo beso, hermana mía, para contentarme al menos hasta que sea la hora. *(Ella lo besa, acaricia su miembro a través del calzón y el joven sale precipitadamente.)*

SEGUNDO DIÁLOGO

SEÑORA DE SAINT-ANGE, EUGENIA

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Buenos días, preciosa! No sabes lo impaciente que estaba... podrías adivinarlo si lees en mi corazón.

EUGENIA: ¡Ay, mi querida, tenía tanta prisa por estar entre tus brazos que pensé que nunca llegaría! Una hora antes de salir temí que todo se estropeara, porque mi madre se negó rotundamente a que hiciera este placentero viaje. Pensaba que no era conveniente que una joven de mi edad fuese sola, pero anteayer mi padre la trató con tanta dureza que una sola de sus miradas bastó para borrar los argumentos de la señora de Mistival. Así que aceptó lo que mi padre había acordado. Inmediatamente, salí para aquí. Me dieron dos días de permiso. Es preciso que pasado mañana regrese a casa en tu coche y acompañada por una de tus criadas.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Qué visita tan corta, mi querido ángel! En tan poco tiempo, apenas podré expresarte todo lo que me inspiras. Por otra parte... debemos charlar. ¿No sabes que en este encuentro te iniciaré en los más secretos misterios de Venus? ¿Serán suficientes dos días?

EUGENIA: ¡Ah! Me quedaría hasta conocerlo todo... He venido aquí para instruirme y no me iré hasta que no lo sepa todo.

SEÑORA DE SAINT-ANGE *(Besándola.)*: ¡Oh, mi amor, cuántas cosas nos haremos y nos diremos! A propósito, ¿quie-

res comer, mi reina? Es posible que la lección sea larga.

EUGENIA: Querida amiga, no tengo otra necesidad que la de escucharte. Ya hemos comido, como a una legua de aquí, de modo que hasta las ocho de la tarde no tendré hambre.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Entonces, pasaremos a mi tocador. Allí estaremos más cómodas. Ya les he avisado a mis criados. Puedes estar segura de que no van a interrumpirnos. *(Van hacia allí abrazadas.)*

TERCER DIÁLOGO

La escena se desarrolla en un agradable tocador

Señora de Saint-Ange, Eugenia, Dolmancé

Eugenia *(Muy sorprendida al ver en ese gabinete a un hombre con el cual no contaba.)*: ¡Oh, Dios! Mi querida amiga, ¡esto es una traición!

Señora de Saint-Ange *(Igualmente sorprendida.)*: ¿Usted aquí, señor? ¿Acaso no debía venir a las cuatro?

Dolmancé: He decidido adelantarme para tener más pronto el placer de verla, señora. Me encontré con su hermano y él ha creído conveniente que estuviese presente en las clases que le dará a la señorita. Sabía que ésta sería el aula donde se impartiría el curso. Me ha dejado pasar en secreto, sin imaginar que lo desaprobaría. Como sabe que las demostraciones no serán necesarias, sino después de las lecciones, no aparecerá hasta entonces.

Señora de Saint-Ange: Ciertamente, Dolmancé, vaya ocurrencia...

Eugenia: No pretendas engañarme, querida amiga. Todo esto es obra tuya... Al menos deberías haberme consultado... Ya me ves..., la vergüenza que siento va a impedir que hagamos todo lo que habíamos planificado.

Señora de Saint-Ange: Te aseguro, Eugenia, que fue mi hermano el que tramó esta sorpresa. Pero no te asustes. Dolmancé, a quien considero un hombre muy amable, y que precisamente posee la preparación filosófi-

ca que necesitamos para tu instrucción, no podría ser más útil para nuestros proyectos. Respondo de su discreción como de la mía. Familiarízate entonces, mi querida, con el hombre más idóneo del mundo para formarte y conducirte por el camino de la felicidad y de los placeres que ambas deseamos recorrer juntas.

Eugenia *(Avergonzándose.)*: Estoy tan confundida...

Dolmancé: Vamos, bella Eugenia, póngase cómoda... Con esos encantos que tiene, el pudor es una vieja virtud de la que debe abstenerse por completo.

Eugenia: Pero la decencia...

Dolmancé: Otra costumbre gótica que hoy prácticamente no existe. ¡Es tan contraria a la naturaleza! *(Dolmancé la toma a Eugenia, la aprieta entre sus brazos y la besa.)*

Eugenia *(Defendiéndose.)*: ¡Basta, señor!... ¡No me tiene la más mínima contemplación!

Señora de Saint-Ange: Eugenia, créeme, dejémonos de hacernos las santas con un hombre tan encantador. No lo conozco más que tú. ¡Mira cómo me entrego a él! *(Lo besa lascivamente en la boca.)* Imítame.

Eugenia: ¡Oh! Sí que quiero hacerlo... ¿De quién podría tener mejor ejemplo? *(Se entrega a Dolmancé, quien la besa con ardor, introduciendo la lengua en su boca.)*

Dolmancé: ¡Oh! ¡Qué criatura más dulce y deliciosa!

Señora de Saint-Ange *(Besándola también.)*: ¿Creías, pequeña pícara, que no llegaría mi turno? *(Entonces, Dolmancé las toma a ambas entre sus brazos, las besa durante un cuarto de hora, y ellas hacen lo mismo entre sí y con él.)*

Dolmancé: ¡Ah, estos preliminares me incitan al deseo! Señoras mías, ¿pueden creerme? Aquí hace un calor insoportable. Pongámonos cómodos y así podremos hablar muchísimo mejor.

Señora de Saint-Ange: De acuerdo. Cubrámonos

con estas túnicas de gasa que servirán para cuidar aquella parte de nuestros encantos que es preciso ocultar al deseo.

EUGENIA: De verdad, mi querida, ¡me haces hacer cada cosa!...

SEÑORA DE SAINT-ANGE *(Ayudándola a desvestirse.)*: Completamente ridículas, ¿no?

EUGENIA: Por lo menos bien obscenas... ¡Ah! ¡Cómo me besas!

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Qué garganta más bonita! Es como una rosa que acaba de abrirse.

DOLMANCÉ *(Mirando los pechos de Eugenia, sin tocarlos.)*: Ellos sí que prometen otros encantos... infinitamente más considerables.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¿Más considerables?

DOLMANCÉ: ¡Absolutamente! *(Al decir esto, Dolmancé amaga con hacer girar a Eugenia para examinarla por atrás.)*

EUGENIA: ¡Oh, no, no! Te lo suplico.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: No, Dolmancé..., no quiero que veas todavía... es muy atractivo para ti, y una vez que se lo haya metido en la cabeza, no lo dejará seguir razonando con sangre fría. Denos sus lecciones, y los mirtos que tanto desea tener pasarán de inmediato a formar su corona.

DOLMANCÉ: De acuerdo, pero para poder darle a esta bella niña las primeras lecciones de libertinaje es preciso que al menos usted, señora, tenga la bondad de prestarse a una demostración.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Sí, por supuesto!... Aquí me tiene, totalmente desnuda. ¡Haga conmigo lo que quiera!

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Qué cuerpo más bello!... ¡Es la misma Venus, embellecida por las gracias!

EUGENIA: ¡Oh, querida amiga! ¡Qué encantos! Déjame recorrerlos a mi agrado, déjame cubrirlos de besos. *(Comienza a besarla.)*

Dolmancé: ¡Qué buena predisposición! Un poco menos de ardor, bella Eugenia. Sólo le pido que me preste atención un momento.

Eugenia: Sí, escucho, escucho... ¡Es que es tan bella..., tan corpulenta, tan fresca!... ¡Ah! Qué encantadora es mi amiga, ¿verdad, señor?

Dolmancé: Sí, es bella..., ya lo creo. Pero estoy convencido de que usted no se queda atrás... Vamos, escúcheme, bella alumnita, le advierto que si no obedece, ejerceré ampliamente los derechos que me da el título de ser su maestro.

Señora de Saint-Ange: ¡Oh! Sí, sí, Dolmancé, se la entrego. Hay que castigarla duramente si no se comporta.

Dolmancé: Podría ser que no me conformase sólo con un sermón.

Eugenia: ¡Oh, santo cielo! Me asusta... ¿Qué haría entonces, señor?

Dolmancé *(Balbuceando y besando a Eugenia en la boca.)*: Algunos castigos..., correctivos, y este lindo culito bien podría responder por las faltas que cometa la memoria. *(Le da algunos golpes a través de la túnica con la que ahora está vestida Eugenia.)*

Señora de Saint-Ange: Sí, apruebo el proyecto pero no el resto. Comencemos nuestra lección o de lo contrario, el poco tiempo que tenemos para gozar de Eugenia se va a ir en preparativos y no terminaremos.

Dolmancé *(A medida que va hablando, toca en la señora de Saint-Ange las partes que menciona.)*: Comienzo. No hablaré de estos globos de carne. Sabe tanto como yo, Eugenia, que se los denomina de diferentes maneras: pechos, senos, tetas. Su uso es altamente provechoso durante los actos de placer. Un amante goza mirándolos. Los acaricia, los manosea. Incluso, hay quienes logran consumar allí su deseo si colocan su miembro entre los dos montes de Venus, al ser encerrado y com-

primido por un movimiento que hace la mujer, ciertos hombres consiguen, después de algunas sacudidas, derramar el delicioso bálsamo que hace feliz a los libertinos... Pero ¿no sería conveniente dar a nuestra alumna un discurso acerca de este miembro sobre el cual habrá que hablar continuamente?

Señora de Saint-Ange: Eso creo.

Dolmancé: Entonces, señora, voy a recostarme sobre este sillón. Se colocará cerca de mí, tomará el sujeto entre las manos y usted misma le explicará sus propiedades a nuestra joven alumna. *(Dolmancé se coloca sobre el sofá y la señora de Saint-Ange hace la demostración.)*

Señora de Saint-Ange: Esta preeminencia de Venus que tienes ante tus ojos, Eugenia, es el principal agente de los placeres en el amor. Se lo llama miembro por excelencia. No hay una sola parte del cuerpo humano donde él no se introduzca. Siempre dócil a las pasiones de quien lo mueve, se introduce rápidamente ahí. *(Toca el sexo de Eugenia.)* Es el camino que sigue normalmente... el más usual, pero no el más agradable. En la búsqueda de un templo más misterioso, es a menudo aquí *(Separa sus nalgas y muestra el orificio de su trasero.)* donde el libertino goza. Luego, volveremos sobre este placer, el más delicioso de todos. La boca, los senos y las axilas también se le ofrecen como otros tantos altares en los que puede quemar su incienso. Cualquiera que sea el sitio que él elija, después de haberse agitado algunos instantes, consigue liberar un licor blanco y viscoso cuyo derramamiento sumerge al hombre en un éxtasis intenso, brindándole el más dulce de los placeres que haya podido esperar en su vida.

Eugenia: ¡Oh! ¡Cómo me gustaría ver correr ese licor!

Señora de Saint-Ange: Eso se podría conseguir con el simple movimiento de mi mano. ¡Mira cómo se excita a medida que lo sacudo! Este movimiento se deno-

mina masturbación, y en la jerga de los libertinos, menear.

EUGENIA: ¡Oh, querida amiga, déjame menear ese hermoso miembro!

DOLMANCÉ: ¡No soporto más! Déjela, señora, su ingenuidad me lo pone tremendamente rígido.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Me opongo a esta agitación. Dolmancé, compórtese. Si permitimos que se derrame este semen, la actividad de sus instintos animales se reduciría y sus enseñanzas serían mucho menos apasionadas.

EUGENIA *(Tocando los cojones de Dolmancé.)*: ¡Oh, mi buena amiga, no me gusta que se oponga a mis deseos!... ¿Y estas bolas, para qué sirven, cómo se las llama?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: La palabra técnica es testículos, es la ciencia la que les da el nombre de testículos. Estas bolas guardan el receptáculo en el que se aloja esa semilla prolífica de la que acabo de hablarte, y cuya eyaculación en la matriz de la mujer da origen al ser humano. Pero no vamos a detenernos en esos detalles, Eugenia, que interesan más a la medicina que al libertinaje. Una joven debe preocuparse más por follar que por engendrar. Pasaremos por alto todo lo que se refiere al vulgar mecanismo de la procreación para concentrarnos única y principalmente en los placeres sexuales, cuyo espíritu no es para nada procreador.

EUGENIA: Pero, querida amiga, cuando ese miembro enorme, que apenas cabe en mi mano, penetra, cómo aseguras que puede ocurrir, en un orificio tan pequeño como el de atrás, eso debe ocasionar un terrible dolor a la mujer.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Ya sea que esta penetración se haga por delante o por detrás, cuando una mujer no está acostumbrada, siempre experimentará dolor. La naturaleza ha querido que sólo obtuviésemos el placer mediante el sufrimiento. Pero, una vez superada esta prueba, no hay placer mayor que ése, y el goce que se experimenta con la introducción de ese miembro en

nuestros traseros es indudablemente mayor a todos los que pueden lograrse a través del coño. Por otra parte, ¡cuántos peligros puede evitar así una mujer! Hay menor riesgo para su salud y, lo que es más importante aún, quedar embarazada. No voy a explayarme más sobre esta delicia. Dolmancé, nuestro maestro, pronto la analizará más detalladamente y, al unir la práctica a la teoría, espero que te convenza, mi querida, de que es el único placer que vas a preferir.

Dolmancé: Apúrese con sus demostraciones, señora, que no aguanto más. Voy a descargarme, muy a mi pesar, y este temible miembro, reducido a la nada, ya no les serviría para las lecciones.

Eugenia: ¡Cómo! ¡Quedaría totalmente anulado si perdiese ese simiente del que hablas!... ¡Oh!, déjame que se lo haga perder, para que pueda ver lo que resulta... ¡Sentiría tanto placer al verlo fluir!

Señora de Saint-Ange: No, no, Dolmancé, levántese. Piense que es el premio a sus trabajos y que no puedo dárselo. Tiene que ganárselo.

Dolmancé: De acuerdo. Pero para que Eugenia se convenza de todo lo que vamos a hablarle acerca del placer, ¿tendría algún inconveniente en masturbarla en mi presencia, por ejemplo?

Señora de Saint-Ange: Ninguno, sin duda. Eso es lo que haré. Y con muchísimo gusto, tanto más cuanto pueda ayudarnos en nuestras lecciones. Colócate sobre este sillón, mi querida.

Eugenia: ¡Oh Dios! ¡Qué lugar tan agradable! Pero... ¿por qué todos esos espejos?

Señora de Saint-Ange: Al reflejar las posturas y los gestos en mil sentidos diferentes, esos espejos multiplican infinitamente los goces de quienes los experimentan sobre este sillón. De ese modo, los cuerpos no se ocultan. Es necesario que se vea todo. Son tantos los grupos

reunidos alrededor de aquellos a quienes el amor encadena, tantos los imitadores de sus placeres, tantos cuadros deliciosos cuya lubricidad los apasiona y hacen que logren el éxtasis.

Eugenia: ¡Oh, qué fabulosa idea!

Señora de Saint-Ange: Dolmancé, desvista usted mismo a la víctima.

Dolmancé: Eso es fácil. Sólo tengo que quitar esta gasa para que queden al descubierto tan irresistibles encantos. *(La desnuda e inmediatamente posa la mirada en su culo.)* ¡Voy a contemplar este precioso y divino trasero al que deseo con tantas ganas!... ¡Santo Dios! ¡Qué músculos, qué frescura, qué brillo y qué elegancia!... Jamás he visto un culo más bello.

Señora de Saint-Ange: ¡Ah, pícaro! ¡De qué manera sus primeros cumplidos revelan sus gustos y placeres!

Dolmancé: Pero... ¿hay en el mundo algo similar a esto?... ¿Dónde podría encontrar el amor un altar más sublime que éste? Eugenia..., sublime Eugenia, ¡quisiera colmar ese culo con las más dulces caricias! *(Lo acaricia y lo besa con excitación.)*

Señora de Saint-Ange: ¡Deténgase, libertino!... Se olvida de que Eugenia sólo me pertenece a mí y que es el único premio a las lecciones que de usted espera. Una vez que las haya recibido, será su recompensa. Controle su ansiedad o me enojaré.

Dolmancé: ¡Ah, sinvergüenza! Son sus celos... ¡Muy bien! Entrégueme el suyo, voy a rendirle los mismos homenajes. *(Levanta la túnica de la señora de Saint-Ange y acaricia su trasero.)* ¡Ah, qué bello es, mi ángel..., también es delicioso! Quiero comparar... y admirar ambos a la vez: ¡a Ganimedes y a Venus! *(Los cubre a ambos de besos.)* A fin de no perder de vista el fascinante espectáculo de tanta belleza, ¿podrían juntarse para poder disfrutar de esos encantadores culos que amo?

Señora de Saint-Ange: ¡Maravilloso!... Toma, ¿estás satisfecho?... *(Ellas se abrazan, de modo tal que sus traseros quedan frente a Dolmancé.)*

Dolmancé: ¡Excelente! Eso era precisamente lo que quería. Ahora, que el fuego de la lujuria agite esos culos tan bellos. Acaríciense y muévanse con armonía, muévanse según las inspire el placer... ¡Eso es! ¡Bien, bien, es delicioso!...

Eugenia: ¡Ah, mi bien, cuánto placer me das! ¿Cómo se llama esto que hacemos?

Señora de Saint-Ange: Masturbarse, amiga mía..., darse placer. Pero, espera... cambiemos de postura... examina mi coño..., así es como se le llama al templo de Venus. Examina bien este antro, cúbrelo con la mano. Voy a entreabrirlo. Esta elevación, a la que ves aquí coronada, se llama el monte, se cubre de vello hacia los catorce o quince años, cuando una joven comienza a tener su regla. Esta lengüeta, que está debajo, se denomina clítoris; es el punto más sensible de las mujeres y es ahí donde se concentra toda la sensibilidad. Es imposible que no me desmaye de placer cuando me acarician aquí. Pruébalo... ¡Ah, pícara! ¡Cómo lo haces!... ¡Parecería que no has hecho otra cosa en tu vida!... ¡Detente!... ¡Detente!... No, no quiero entregarme aún... ¡Ah, conténgame, Dolmancé!... ¡Estoy a punto de perder la cabeza bajo las caricias de los encantadores dedos de esta niña!

Dolmancé: ¡Muy bien! Para refrescar sus ideas, si es que quieren, introduciendo alguna variante en ellas, mastúrbela usted y que sólo ella se entregue... ¡Ahí, sí!... De ese modo. Así su bonito culo quedará bajo mis manos. Voy a masturbarla ligeramente con un dedo... Entréguese, Eugenia, entréguese con todos los sentidos al placer. Que el placer sea el único dios que gobierne su existencia. Sólo a él es a quien lo debe sacrificar todo una joven como usted. Nada puede ser tan sagrado a sus ojos como el placer.

Eugenia: ¡Ah! Al menos, nada es tan delicioso como lo que siento ahora... Estoy fuera de mí... No sé qué es lo que digo ni lo que hago... ¡Una gran embriaguez se ha apoderado de mis sentidos!

Dolmancé: ¡Cómo eyacula esta mujer!... Su ano se contrae hasta cortarme el dedo... ¡Qué delicioso sería penetrarla en este instante! *(Se levanta y coloca su miembro en su trasero.)*

Señora de Saint-Ange: Un poco más de paciencia. ¡Por ahora debemos ocuparnos de la educación de esta niña!... Es tan agradable perfeccionarla...

Dolmancé: ¡Bien! Ya lo ve, Eugenia. Después de una masturbación más o menos larga, las glándulas seminales se hinchan y acaban liberando un licor cuyo flujo sumerge a la mujer en el más delicioso éxtasis. Eso se llama irse. Cuando nuestra buena amiga lo quiera, te haré ver el modo más enérgico e imperioso en que se realiza esta misma operación entre los hombres.

Señora de Saint-Ange: Espera, Eugenia, voy a enseñarte ahora de qué otra manera se puede sumir a una mujer en el deseo más extremo. Separa bien tus muslos... Dolmancé, ya ve la forma en que la coloco, ¡le dejo su trasero! Chúpeselo mientras mi lengua va a hacerlo con su sexo, de modo que entre ambos la hagamos desfallecer al menos tres o cuatro veces seguidas. Tu monte es encantador, Eugenia. ¡Cómo me gusta besar estos vellitos!... Tu clítoris, ahora puedo verlo mucho mejor, está poco formado pero es muy sensible... ¡Cómo te mueves!... Déjame que abra bien tus piernas... ¡Ah, no cabe duda que eres virgen!... Dime lo que sientas cuando nuestras lenguas se introduzcan al mismo tiempo en tus dos orificios. *(Se ponen en acción.)*

Eugenia: ¡Oh, querida, es delicioso, es una sensación imposible de describir! No sabría decirles cuál de sus lenguas me provoca mayor delirio.

Dolmancé: Por la postura en la que estoy, mi miembro está muy cerca de sus manos, señora. Menéelo, se lo suplico, mientras yo succiono este culo divino. Meta más su lengua, señora, no se quede succionando su clítoris. Haga penetrar esa sensual lengua hasta la matriz. Es la mejor manera de apresurar su eyaculación.

Eugenia *(Poniéndose rígida.)*: ¡Ah! ¡No puedo más, me muero! ¡No me abandonen, amigos, estoy a punto de desmayarme!... *(Llega al orgasmo en medio de sus dos maestros.)*

Señora de Saint-Ange: Bien, amiga mía, ¿cómo te encuentras luego del placer que te hemos dado?

Eugenia: ¡Estoy muerta, rota..., estoy aniquilada!... Pero, explícame, te lo pido, no comprendo lo que significan dos palabras que me has dicho. En primer lugar, ¿qué significa matriz?

Señora de Saint-Ange: Es una especie de vaso, semejante a una botella, cuyo cuello rodea al miembro del hombre y que recibe la sustancia que produce la mujer por la secreción de las glándulas y en el hombre por la eyaculación que ahora te mostraremos. Al mezclarse ambos líquidos, se forma la semilla de la que nacen los niños y niñas.

Eugenia: ¡Ah!, entiendo! Esta definición me ayuda a comprender el término semen que al principio no entendí muy bien. Y la unión de esas semillas, ¿es necesaria para la formación del feto?

Señora de Saint-Ange: Seguramente, aunque se ha probado, sin embargo, que la formación de ese feto se debe solamente al semen del hombre. No obstante, también es cierto que actuando solo, sin mezclarse con el de la mujer, no podría conseguirlo. El que nosotras segregamos, lo único que hace es elaborarlo. No crea nada, sólo ayuda a la creación, sin ser su causa. Incluso, muchos naturalistas modernos consideran que es inútil. De ahí que

los moralistas, después de tales descubrimientos, hayan concluido, con bastante acierto, que en ese caso el niño formado con la sangre del padre sólo debe sentir amor hacia éste. Esta aseveración no carece de credibilidad y, a pesar de que soy mujer, no se me ocurriría discutirla.

EUGENIA: En mi corazón está la prueba de todo eso que dices, mi querida, ya que amo a mi padre con locura y siento que detesto a mi madre.

DOLMANCÉ: Nada tiene de sorprendente esa preferencia. Yo pienso exactamente lo mismo. Aún no me he resignado a la muerte de mi padre, mientras que cuando perdí a mi madre, estallé de alegría... La detestaba con cariño. Eugenia, asume sin ningún temor esos sentimientos. Están en la naturaleza misma. Al estar formados únicamente por la sangre de nuestros padres, no les debemos nada a nuestras madres. Ellas no han hecho otra cosa que prestarse al acto cuando él lo requirió. En consecuencia, es el padre quien ha deseado nuestro nacimiento, mientras que la madre sólo lo ha consentido. ¡Esas diferencias marcan los sentimientos!

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Hay mil razones más a tu favor, Eugenia. Si hay una madre en el mundo que deba ser detestada, ¡seguramente es la tuya! Sosa, supersticiosa, devota, gruñona... y de una hipocresía insoportable. Apostaría a que esa santurrona no ha dado un paso en falso en toda su vida... ¡Ah, mi querida, cómo detesto a las mujeres honradas!... Pero ya volveremos sobre esto.

DOLMANCÉ: ¿No cree conveniente ahora que Eugenia, dirigida por mí, aprenda a devolverle lo que acaba de darle y que la masturbe ante mis ojos?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Acepto, yo también lo veo útil. Sin duda, querrá ver mi culo mientras se realiza el ejercicio, ¿verdad?

DOLMANCÉ: ¿Acaso duda del placer con el que le rendiré el más dulce homenaje?

Señora de Saint-Ange *(Mostrándole las nalgas.)*: Entonces... ¿así estoy bien?

Dolmancé: ¡De maravilla! De este modo puedo procurarle los mismos servicios que tanto le gustaron a Eugenia. Ahora, loquita, coloque bien la cabeza entre las piernas de su amiga. Con su bonita lengua, ofrézcale las mismas atenciones que acaba de recibir. En esa postura, podría gozar de sus culos. Acariciaré deliciosamente el de Eugenia mientras succiono el de su bella amiga. Ahí..., bien... Miren cómo estamos los tres juntos.

Señora de Saint-Ange *(Desfalleciente.)*: ¡Me muero, santo Dios!... Dolmancé, ¡cómo me gusta tocar su hermoso miembro mientras me corro!... ¡Quisiera que su semen me inundara!... ¡Mastúrbeme!... ¡Chúpeme, santo Dios!... ¡Ah! ¡Cómo me gusta actuar como una puta cuando mi esperma se derrama así!... Se terminó, no puedo más... Me han consumido entre los dos... Creo que jamás he gozado así en mi vida.

Eugenia: ¡Cuánto me alegro de haber causado ese placer! Pero, querida amiga, hay una palabra que se te ha escapado y que no entiendo. ¿A qué te refieres cuando dices puta? Perdón, ¿lo sabes? Estoy aquí para instruirme.

Señora de Saint-Ange: Así se llama, preciosa, a las víctimas públicas de la obscenidad de los hombres, siempre dispuestas a entregarse a su temperamento o a su interés. Mujeres dichosas y respetables, a las que el mundo condena pero que la indecencia corona. Mucho más necesarias para la sociedad que las santurronas, tienen el valor de sacrificar, en su servicio, la consideración que injustamente les niega esta sociedad. ¡Vivan aquéllas a quienes honra ese título! Ésas son las mujeres verdaderamente amables, las únicas que son realmente filósofas. En cuanto a mí, querida, que desde hace doce años trabajo para merecerlo, te aseguro que, lejos de molestarme, me divierte. Es más, me gusta que me llamen así cuando me

gozan. Esa injuria me calienta la cabeza.

Eugenia: ¡Me imagino, querida! A mí tampoco me disgustaría que me llamasen así y, menos aún, merecer el título. Pero ¿tan mala conducta no se opone a la virtud? ¿No la ofendemos al comportarnos como lo hacemos?

Dolmancé: ¡Ah, Eugenia! ¡Renuncie a las virtudes! ¿Acaso un solo sacrificio de los que se pueda hacer a esas falsas divinidades vale lo que un minuto de los placeres que se disfrutan ultrajándolas? ¡Vamos! La virtud no es más que una quimera, cuyo culto se reduce a perpetuas inmolaciones e incontables rebeliones contra los instintos, las inspiraciones del temperamento. ¿Pueden ser naturales tales actitudes? ¿La naturaleza aconseja aquello que se insulta? Que no la engañen esas mujeres a las que llaman virtuosas, Eugenia. No obedecen a las mismas pasiones que nosotros, pero tienen otras que a menudo son mucho más despreciables... Su ambición, su orgullo, sus intereses particulares y, a menudo, la frialdad de un temperamento que no les inspira nada. Pregunto: ¿les debemos algo a semejantes seres? ¿No es acaso el amor propio lo único que les sirve de guía? ¿Es entonces mejor, más razonable y más conveniente sacrificarse al egoísmo que a las pasiones? A mi modo de ver, vale tanto lo uno como lo otro, y quien atiende sólo a esta última regla es sin duda mucho más razonable, puesto que es el órgano de la naturaleza, mientras que el otro es el de la estupidez y el de los prejuicios. Una sola gota de semen eyaculada por este miembro, Eugenia, es para mí mucho más valiosa que los más sublimes actos de una virtud que desprecio.

Eugenia *(Durante este discurso, se restableció un poco la calma. Las mujeres, recubiertas con sus túnicas, se han recostado en el sofá y Dolmancé está sentado en otro, cerca de ellas.)*: Pero hay diferentes tipos de virtudes. ¿Qué piensas de la piedad, por ejemplo?

Dolmancé: ¿Qué puede significar esa virtud para

alguien que no cree en la religión? Veamos, Eugenia, vamos por orden. ¿Llama religión al pacto por el cual el hombre se une a su creador, quien lo obliga a testimoniarle, a través de un culto, el reconocimiento por la existencia que le ha sido otorgada por ese sublime autor?

Eugenia: No podría estar mejor definido.

Dolmancé: Entonces, si está probado que el hombre sólo debe su existencia a los inflexibles designios de la naturaleza; si está probado que al ser tan antiguo —según se ha demostrado— como la tierra misma y que, al igual que el roble, el león y los minerales que se encuentran en sus entrañas, no es más que un producto necesario para la existencia del planeta, y debe la suya a quienquiera que sea; si está demostrado que ese Dios, a quien los imbéciles consideran el único autor de todo lo que vemos, no es más que el *nec plus ultra* de la razón humana, el fantasma creado al instante donde la razón no ve más nada, con el fin de ayudarlo en sus operaciones; si está probado que es imposible la existencia de Dios, y que la naturaleza, que jamás suspende su movimiento, produce en sí misma todo aquello que los idiotas se complacen en atribuir gratuitamente a ese Dios; si es cierto que, suponiendo que ese ser inerte exista, seguramente sería el más ridículo de todos los seres, puesto que no habría servido más que un solo día y que, al cabo de millones de siglos, se hallaría en una actividad indigna; suponiendo que existiera tal como nos lo pintan todas las religiones, sería el más detestable de los seres, puesto que permite el mal sobre la tierra cuando por su omnipotencia podría impedirlo; si todo eso estuviese probado, como indudablemente lo está, ¿seguiría creyendo, Eugenia, que la piedad que une al hombre con ese creador imbécil, ineficaz, feroz y despreciable, es una virtud injustificable?

Eugenia *(A la señora de Saint-Ange.)*: ¡Cómo! ¿Entonces, mi querida amiga, la existencia de Dios sería

realmente una quimera?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Y de las más despreciables, sin duda.

DOLMANCÉ: Habría que estar loco para creer en ello. Fruto del temor en unos y de la debilidad en otros, este abominable fantasma, Eugenia, es inútil para el orden terrenal. Además, sería incuestionablemente perjudicial, ya que sus decisiones, que deberían ser justas, no podrían aliarse jamás con las injusticias que son esenciales a las leyes de la naturaleza; que continuamente debería querer ese bien, al que la naturaleza sólo debe aspirar para compensar el mal que sirve a sus leyes; que sería preciso que actuase siempre, y la naturaleza, una de cuyas leyes esenciales es el movimiento perpetuo, no podría convivir con ese creador sin estar en una abierta y continua oposición a él. Pero, con respecto a eso, podrá decirse que Dios y la naturaleza son la misma cosa. ¿No sería un absurdo? La cosa creada no puede ser igual al ser creador: ¿acaso el reloj es lo mismo que el relojero? Así, entonces, dirían que la naturaleza no es nada y Dios lo es todo. ¡Otra tontería! En el universo hay necesariamente dos cosas: el agente creador y el individuo creado. Bien, ¿quién es ese agente creador? Esta es la única dificultad que hay que resolver, la única pregunta que es preciso responder.

Si la materia actúa y se mueve mediante combinaciones que desconocemos, si el movimiento es inherente a la materia, si, en fin, sólo ella puede, en razón de su energía, crear, producir, conservar y mantener suspendidos en la inmensa extensión del espacio todas esas esferas cuya visión nos sorprende, y cuyo movimiento uniforme e invariable nos llena de respeto y admiración, ¿qué necesidad tenemos de buscar en todo ello un agente exógeno, si esa propiedad activa se encuentra en la misma naturaleza, que no es otra cosa que la materia en movimiento? Su adorada quimera, ¿puede ayudar a esclarecer

alguna cosa? Desafío a quien pueda probármelo. Suponiendo que me equivocase respecto de las propiedades intrínsecas de la materia, sólo me encontraría ante una dificultad. ¿Qué es lo que hace al ofrecerme su dios? Solamente sumarme otra. ¿Cómo quiere que admita, por algo que no comprendo, una cosa que comprendo menos aún? ¿Será por medio de los dogmas de la religión cristiana que examinaré... cómo me representaré su espantoso dios? Veamos cómo me lo pinta esa religión...

¿Qué otra cosa veré en el dios de ese culto infame, si no es a un ser inconsecuente y bárbaro, que hoy crea el mundo y mañana se arrepiente de su creación? ¿Qué puedo ver en un ser débil que no puede lograr que el hombre responda como a él le gustaría? Esta criatura, aunque creada por él, lo domina: ¡puede ofenderlo y recibir por ello castigos eternos! ¡Qué ser más débil es ese dios! ¡Cómo! Él ha podido crear todo lo que vemos, y le ha sido imposible formar al hombre a su modo. Pero, me dirá, si lo hubiese creado así, el hombre no lo hubiese merecido. ¡Qué estupidez! ¿Qué necesidad hay de que el hombre merezca a su Dios? Si lo hubiese hecho completamente bueno, el hombre jamás hubiese podido hacer el mal. De ese modo, sería la digna obra de un dios. Ha tentado al hombre con la posibilidad de elegir y Dios, por su ilimitada presciencia, sabía muy bien lo que de ello resultaría. A partir de ahí, es el placer lo que pierde a la criatura que él mismo ha formado. ¡Qué horrible es ese dios! ¡Qué monstruo! ¡Qué dios más perverso, digno de nuestro odio y de nuestra implacable venganza! Sin embargo, poco satisfecho con una tarea tan sublime, presiona al hombre para que se convierta, lo consume, lo maldice. No obstante, nada de eso logra cambiarlo. Un ser mucho más poderoso que ese villano Dios, el diablo, conservando siempre su imperio y desafiando continuamente a su autor, logra continuamente, mediante la seducción, per-

vertir al rebaño que el Eterno tenía reservado para sí. Nada puede vencer el dominio que ejerce ese demonio sobre nosotros. ¿Y qué piensa entonces, según usted, ese horrible dios que nombra? Sólo tiene un hijo, un hijo único, que tiene a causa de no sé qué tratos. Puesto que el hombre tiene trato carnal, ha querido que su Dios también lo tuviese; arranca del cielo esa respetable porción de él mismo. Quizá pueda imaginarse que esta sublime criatura iba a aparecer a la vista de todo el universo sobre rayos celestes y en medio de un cortejo de ángeles... Pero no, ¡es en el seno de una puta judía, en un corral de cerdos, donde se anuncia al dios que va a salvar el mundo! ¡Mire el origen digno que pretenden atribuirle! ¿Acaso su honorable misión va a resarcirnos? Sigamos por un instante la trayectoria del personaje. ¿Qué dice? ¿Qué hace? ¿Qué sublime misión ha venido a cumplir entre nosotros? ¿Qué misterio va a revelarnos? ¿Qué dogmas va a ordenarnos? ¿En qué hechos, en fin, hará relucir su grandeza?

Lo primero que veo es una infancia desconocida, algunos servicios muy libertinos, sin duda, prestados por ese pícaro a los sacerdotes del templo de Jerusalén. Luego, desaparece durante quince años, en los cuales se envenena con las quiméricas reflexiones de la escuela egipcia, que posteriormente llevará a Judea. En cuanto vuelve a poner el pie allí, su demencia lo lleva a decir que él es hijo de Dios y que está hecho a su semejanza. Agrega a esa alianza, otro fantasma al que llama Espíritu Santo. Y asegura que esas tres personas, ¡no son más que una! Cuanto más sorprende a la razón ese ridículo misterio, más se empecina el bribón en que se lo asuma y se lo respete..., advirtiendo sobre los peligros que entraña el desconocerlo. Es para salvarnos a todos, asegura el imbécil, que se ha hecho carne, aunque sin dejar de ser dios, en el seno de una hija de los hombres, ¡y los resplandecientes milagros que él haga convencerán muy pronto a todo

el universo! En efecto, durante una cena de borrachos, el rufián transforma, dicen, el agua en vino; en el desierto, alimenta a unos pervertidos con las provisiones que preparan sus secuaces a escondidas; uno de sus camaradas se hace el muerto y nuestro impostor lo resucita; se traslada a una montaña y, allí, ante la sola presencia de un par de amigos suyos, hace un juego de manos que haría ruborizar al peor de nuestros malabaristas.

Por otra parte, mientras maldice frenéticamente a todos aquellos que no creen en él, el bribón promete el cielo a todos los idiotas que lo escuchan. No escribe nada, dada su ignorancia. Habla muy poco, dada su estupidez. Hace menos aún, en razón de su debilidad. Y finalmente, al impacientar a los magistrados con sus discursos revolucionarios, aunque escasos, el charlatán se hace crucificar, después de asegurar a los bribones que lo siguen que cada vez que lo invoquen, él descenderá hacia ellos para convertirse en su alimento. Lo atormentan, y él se deja atormentar. Su señor padre, ese dios sublime, de quien se atreve a decir que proviene, no lo ayuda en lo más mínimo. Y ahí tienes al pillo, tratado como el último de los depravados, cuyo jefe estaba tan orgulloso de ser.

Sus ayudantes se reúnen: "Estamos perdidos —dicen—, todas nuestras esperanzas se habrán desvanecido si no conseguimos salvarnos por una proeza. Emborrachemos a los guardianes que custodian a Jesús; usurpemos su cuerpo, pregonemos que ha resucitado. El medio es seguro. Así, si conseguimos convencer a esos sinvergüenzas, nuestra nueva religión se extenderá, se propagará, seducirá al mundo entero... ¡Manos a la obra!" Se ejecuta el golpe, con éxito. ¡A cuántos bribones no ha servido de ejemplo su audacia! Se apoderan del cuerpo. Los tontos, las mujeres y los niños gritan a viva voz el milagro. Mientras tanto, en esa ciudad en la que se acaba de producir algo tan maravilloso, en esa ciudad teñida con

la sangre de Dios, no hay nadie que quiera creer en ese dios. Allí, no se produce ninguna conversión y el hecho es tan poco digno de ser transmitido que incluso ningún historiador lo menciona. Solamente los discípulos de ese impostor piensan en sacar partido de semejante fraude, pero lo harán más adelante.

Este hecho merece una consideración especial, ya que ellos dejan pasar varios años antes de hacer uso de su ilustre manga de sinvergüenzas, erigiendo finalmente sobre ella el tambaleante edificio de su repugnante doctrina. Todo cambio es siempre bien admitido por los hombres. Cansados del despotismo de los emperadores, consideran que una revolución sería necesaria. Los bribones son escuchados, no tardan en lograr su objetivo y su éxito va en aumento. Es la historia de todos los errores. Muy pronto, los altares de Venus y de Marte son reemplazados por los de Jesús y los de María. Se publica la vida del impostor, y esa irrelevante novela encuentra muchos ingenuos a quienes engañar. Le hacen decir cosas que jamás ha pensado. Algunos de sus descabellados argumentos se convierten en la base de su moral, y como esta novedad se predica ante los pobres, la caridad pasa a ser la principal virtud. Se establecen unos ritos extraños bajo el nombre de sacramentos, de los que el más indigno y detestable de todos es aquel por el cual un sacerdote, a pesar de estar manchado de delitos, tiene el poder, en virtud de ciertas palabras mágicas, como las de hacer que Dios se haga presente en un trozo de pan.

No cabe duda, este vergonzoso culto pudo haberse cortado de raíz desde el momento mismo en que nació, utilizando contra él nada más que las armas del desprecio que se merece. Pero sólo se preocuparon por perseguirlo y con esto sólo consiguieron que creciese. Era inevitable. Si se persiste en el objetivo de ridiculizarlo, a la larga caerá. El astuto Voltaire jamás utilizó otras armas, y de todos

los escritores, es el único que puede jactarse de tener el mayor número de discípulos. En una palabra, Eugenia, ésta es la historia de Dios y de la religión. Piense qué consideración merecen semejantes farsas y saque sus propias conclusiones.

EUGENIA: No me avergüenzo por mi elección. Desprecio todas esas repugnantes fantasías, y ese mismo Dios, en cuya fe me mantenía por debilidad o por ignorancia. Sólo es algo horroroso para mí.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Júrame que no vas a pensar más en él, que jamás vas a ocuparte de él, que no lo invocarás bajo ninguna circunstancia y que no volverás a él en el resto de tu vida.

EUGENIA *(Arrojándose en los brazos de la señora de Saint-Ange.)*: ¡Haré el juramento en tus brazos! Aún no consigo ver con claridad que todo lo que exiges es para mi bien y que deseas evitar que el recuerdo de mis antiguas creencias puedan turbar mi tranquilidad.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¿Podría tener otro motivo?

EUGENIA: Pero, Dolmancé, ¿es el estudio de las virtudes lo que nos ha llevado al análisis de las religiones? Volvamos a lo primero. ¿Acaso no podrían existir en esta religión, por más ridícula que sea, algunas virtudes prescritas por ésta, cuya práctica pueda contribuir a nuestro bienestar?

DOLMANCÉ: ¡Bien! Analicémoslo. ¿La castidad es alguna de esas virtudes que sus ojos desmienten, aunque usted en conjunto la refleja? ¿Le parece digno luchar contra todos los impulsos de la naturaleza? ¿Los sacrificaría todos al vano y ridículo honor de no haber tenido jamás una debilidad? Sea justa y responda, mi bella amiga: ¿cree que va a encontrar en esa absurda y peligrosa pureza de alma todos los placeres que proporciona su contrario, el vicio?

EUGENIA: Francamente no. No quiero nada de eso.

No tengo la menor intención de ser casta, pero tampoco estoy predispuesta para el vicio contrario. Pero, Dolmancé, la caridad, la beneficencia, ¿no podrían estas virtudes hacer felices a las almas sensibles?

Dolmancé: ¡Eugenia, alejémonos de las virtudes que sólo generan ingratos! Por otra parte, no se equivoque, encantadora amiga: la beneficencia, antes que una auténtica virtud del alma, es más bien un vicio del orgullo. Socorren a sus semejantes por ostentación y nunca con el objetivo de hacer una buena acción; además, se disgustarían mucho si la limosna que acaban de dar no tuviese toda la repercusión posible. Tampoco piense que esta acción vaya a tener los buenos efectos que se esperan. Personalmente, la considero como la mayor de las trampas. Mediante la limosna, el pobre se acostumbra a recibir ayuda que a la larga deteriora su energía. A la espera de la caridad, deja de trabajar. Y cuando le falta esa limosna, se convierte en un ladrón o en un asesino. En todas partes, se reclama la supresión de la mendicidad, sin embargo, lo único que se ha logrado durante este tiempo ha sido multiplicarla. ¿Quiere que no haya moscas en su habitación? Entonces, no derrame azúcar para atraerlas. ¿Quiere que no existan pobres en Francia? No reparta limosna y suprima, sobre todo, las casas de beneficencia. El individuo que no es feliz, al verse privado de esos peligrosos recursos, empleará toda su fuerza, todos los medios que la naturaleza ponga a su alcance, para salir del estado en el que se encuentra, y no volverá a molestarlos. Destruya, derribe sin piedad esas detestables casas donde tienes el descaro de encubrir los frutos del libertinaje de ese pobre, espantosas cloacas que cada día vomitan a la sociedad un asqueroso enjambre de estas nuevas criaturas, que no tienen más esperanza que su dinero. ¿De qué sirve, pregunto, que semejantes individuos sean mantenidos con tanto cuidado? ¿Se teme que Francia quede des-

poblada? ¡Ah, jamás debemos temer eso!

Uno de los principales vicios de este gobierno consiste en una población demasiado numerosa. La consideran una fuente de riquezas para el Estado. Esos seres numerarios son una especie de ramas parásitas que, al vivir a expensas del tronco, acaban extenuándolo de cualquier manera. Recuerde que, cualquiera que sea el gobierno, si admite una población superior a los medios de existencia, ese gobierno se debilitará. Analice bien el caso de Francia y verá que presenta tal situación. ¿Qué resulta de ello? Se ve muy claro. Los chinos, mucho más sensatos que nosotros, se cuidan muy bien de dejarse dominar así por una población demasiado numerosa. Nada de asilos para amparar a los vergonzosos frutos de su libertinaje. Abandonan esas horribles secuelas como si fuesen los productos de una digestión. Nada de residencias para pobres, son totalmente desconocidas en China. Allí, todo el mundo trabaja. Nada altera la energía del pobre y cada uno puede decir, como Nerón: *Quid est pauper?*

Eugenia *(A la señora de Saint-Ange.)***:** Querida amiga, mi padre piensa exactamente igual que el señor, y no hizo una buena acción en toda su vida. No deja de pelear a mi madre por las grandes sumas que gasta en tales prácticas. Ella era miembro de la Sociedad Materna, de la Sociedad Filantrópica... y no sé de qué otras asociaciones más... Mi padre la obligó a que las abandonase, asegurándole que reduciría su pensión al mínimo si volvía a cometer la misma estupidez.

Señora de Saint-Ange: No hay nada más ridículo y al mismo tiempo más peligroso que todas esas asociaciones, Eugenia. Es a causa de ellas, de las escuelas gratuitas y de las casas de caridad, por lo que nos encontramos en el horrible caos como el que ahora nos envuelve. Jamás des una limosna, querida, te lo suplico.

Eugenia: No tienes nada que temer. Hace mucho

tiempo que mi padre me ha exigido lo mismo, y muy poco me tienta la beneficencia como para desobedecer sus órdenes..., los impulsos de mi corazón y tus deseos.

Dolmancé: No dividamos esa porción de sensibilidad que nos ha otorgado la naturaleza: si queremos extenderla, sólo habremos logrado aniquilarla. ¡Qué me importa a mí el mal de los otros! ¿No tengo ya bastante con los míos, para preocuparme por los ajenos? ¡Que el fuego de esta sensibilidad sólo alumbre nuestros placeres! Seamos sensibles a todo lo que los halague y absolutamente inflexibles al resto. De este estado del alma resulta cierta crueldad, la cual a veces nos proporciona algunas delicias. No siempre se puede hacer el mal. Privados del placer que éste nos da, compensamos al menos esta sensación con la pequeña y excitante maldad de no hacer el bien jamás.

Eugenia: ¡Oh, Dios! ¡Cómo me excitan sus lecciones! ¡Ahora creo que antes tendrían que matarme si quisiera cometer una buena acción!

Señora de Saint-Ange: ¿Y si se te presentara una mala acción, estarías dispuesta a cometerla?

Eugenia: Cállate, seductora. Sólo contestaré a tu pregunta cuando hayas terminado de instruirme. Después de todo lo que me ha dicho, Dolmancé, me parece que nada hay más indiferente en el mundo que hacer el bien o el mal. ¿Sólo debemos respetar nuestros gustos y nuestro temperamento?

Dolmancé: No lo dude, Eugenia. Tanto el vicio como la virtud son términos que sólo reflejan conceptos muy relativos. No hay ninguna acción, por más singular que la considere, que sea verdaderamente criminal. Ninguna es realmente virtuosa. Todo está en función de nuestras costumbres y del punto geográfico en el que nos encontremos. Lo que aquí es un delito, a menudo es considerado virtud unas cien leguas más abajo, y las virtudes

de otro hemisferio, bien podrían ser, por el contrario, un delito para nosotros. No hay horror que no haya sido divinizado; no hay virtud que no haya sido agraviada. De esas diferencias puramente geográficas, se deriva la poca atención que debe merecernos la estima o el desprecio de los hombres, sentimientos ambos ridículos y frívolos. Nuestro deber es estar por encima de ellos, hasta el extremo, incluso, de preferir sin ningún temor su desprecio, por muy poca que sea la pasión que nos reporten algunas acciones.

Eugenia: Pero me parece que hay acciones que son bastante peligrosas y malas en sí mismas, como para ser consideradas criminales y castigadas como tales de un extremo al otro del mundo.

Señora de Saint-Ange: Ninguna, mi amor, ninguna, ni siquiera el incesto, la violación, el asesinato o el parricidio.

Eugenia: ¡Cómo! ¿Esos horrores pueden ser impunes en cualquier parte del mundo?

Dolmancé: En algunos sitios han sido glorificados, coronados, considerados como excelentes acciones, mientras que en otros, la humanidad, el candor, la beneficencia, la castidad, en fin, todas nuestras virtudes, eran miradas como algo monstruoso.

Eugenia: Por favor, explíqueme eso. Es necesario que haga un breve análisis de cada uno de esos delitos. Le suplico que comience por darme su opinión acerca del desenfreno de las jóvenes, y luego, sobre el adulterio entre las mujeres.

Señora de Saint-Ange: Muy bien, entonces escúchame, Eugenia. Es absurdo decir que tan pronto como una niña haya salido del vientre de su madre deba, desde entonces, ser la víctima de la voluntad de sus padres y continuar siéndolo por el resto de sus días. En una época en la que la ampliación de los derechos del hombre acaba de ser objeto de un examen cuidadoso, no puede permi-

tirse que las jóvenes sigan considerándose como las esclavas de sus familias, mucho menos desde el momento en que consta que ese poder que ejercen sobre ellas es absolutamente irreal. Escuchemos lo que nos dice la naturaleza en relación con un objeto tan interesante y que nos sirva de ejemplo, lo que nos dicen las leyes que rigen los animales, que están tan próximos a ella. Los deberes paternos, ¿van más allá de los primeros cuidados de orden físico? ¿Acaso no es justo que, quienes son el fruto del placer del macho y de la hembra, gocen de toda su libertad y de todos sus derechos? Una vez que han aprendido a caminar y a alimentarse por sí mismos, ¿acaso se preocupan por conocerlos los autores de sus días? Y ellos, ¿creen que les deben algo a los que les dieron la vida? No, sin duda. ¿Con qué derechos los hijos deben ser forzados a cumplir otras obligaciones? ¿Acaso esos deberes no se basan en la ambición y en la avaricia de los padres? Ahora bien, pregunto si es justo que una joven que comienza a sentir y a razonar, se someta a tales frenos. ¿Acaso no son los prejuicios los únicos que prolongan esas cadenas? ¿Hay algo más ridículo que ver a una joven de quince o dieciséis años, apasionada por unos deseos que está obligada a dominar, esperar, en medio de unos tormentos peores que los del infierno, que a sus padres les plazca, después de haber ofrendado su desgraciada juventud, sacrificar aún su madurez, inmolándola a su falsa codicia y casándola a su pesar con un hombre que nada tiene para hacerse amar o que todo lo tiene para hacerse odiar?

¡Por supuesto que no! Pronto se destruirán tales lazos. Es preciso que la joven se desprenda de la casa paterna desde que tiene uso de razón, y que después de la educación necesaria, se le permita, a los quince años, que disponga libremente de su vida. ¿Caerá en el vicio? ¿Y cuál es el problema? Los servicios que pueda brindar una joven, consintiendo en hacer feliz a todos los que se diri-

gen a ella, ¿no son infinitamente más importantes que los que sólo pueda ofrecer a su esposo? El destino de la mujer es ser igual a la loba, a la perra: debe entregarse a todos aquellos que la desean. Encadenar a las mujeres por un lazo absurdo a un casamiento solitario, significaría una gran ofensa al destino que la naturaleza le ha impuesto.

Esperemos que se abran los ojos y que, al garantizarse la libertad de todos los individuos, no se olvide la suerte de las muchachas desafortunadas. Y si ellas consiguen que se escuchen sus reclamos, si ellas mismas aprenden a situarse por encima de las costumbres y de los prejuicios, si logran pisotear con audacia las vergonzosas cadenas con las que pretenden someterlas, pronto triunfarán sobre las costumbres y la opinión. El hombre, mucho más razonable desde el momento en que es considerado más libre, experimentará la injusticia que significa despreciar a las que así actúen; la acción de ceder a los impulsos de la naturaleza, considerado como un delito en un pueblo cautivo, no lo será más en un pueblo libre.

Parte de la legitimidad de esos principios, Eugenia, y rompe tus cadenas al precio que sea. Desprecia las vanas reprimendas de una madre imbécil, a quien, legítimamente, sólo le debes el odio y el desprecio. Si tu padre, que es un libertino, te desea, bienvenido sea, que goce de ti, pero sin encadenarte. Libérate de la carga si quiere someterte; más de una joven ha actuado así con su padre. Goza, Eugenia, entrégate a la lujuria. Para eso has venido a este mundo. No debes ponerle límites a tus placeres, salvo aquéllos que vayan en contra de tus fuerzas y de tu voluntad. Que no haya excepción de lugares, tiempo ni personas. Todas las horas, todos los sitios, todos los hombres deben ser útiles a tus deseos. La moderación es una virtud inaceptable, por la que la naturaleza, ultrajada en sus derechos, nos castiga inmediatamente con mil desgracias. Mientras las leyes sean como hasta ahora, cubrámo-

nos; la sociedad nos obliga a ello. Pero compensémonos en silencio por esta cruel castidad a la que estamos obligadas a aparentar en público.

Que una joven trabaje para procurarse una buena amiga para que, actuando con total libertad, le dé el gusto en todos los placeres. Si no lo consiguiese, que trate, en su defecto, de seducir a los supervisores que la rodean; que les suplique que la prostituyan, prometiéndoles todo el dinero que puedan obtener de su venta; o que esos mismos cuidadores, o las mujeres que éstos encuentren, y que se denominan celestinas, colaboren cumpliendo con los proyectos de la joven; que mantenga las apariencias ante todos los que la rodean: hermanos, primos, amigos, padres; que se libre de todos ellos, si es necesario, para ocultar su conducta; que ella misma, si así lo exige la situación, sacrifique sus gustos y afectos. Una intriga que ella ha debido mantener sin placer, pero que, por razones de diplomacia, no tardará en llevarla a una situación más agradable, y pronto se verá lanzada. Pero que no vuelva a los prejuicios de su infancia: amenazas, extorsiones, deberes, virtudes, religión, consejos..., todo eso debe ser pisoteado; que desprecie y maldiga con firmeza todo aquello que pueda volver a atarla, todo aquello que le impida, en una palabra, entregarse a la impudicia.

Es una peculiaridad de nuestros padres predecir la desgracia si se sigue el camino del libertinaje. Hay espinas en todas partes, pero las rosas se encuentran por encima de ellas en el camino del vicio. La naturaleza jamás hace nacer rosas en los turbios senderos de la virtud. El único obstáculo que hay que vencer en el primero de esos caminos es la opinión de los hombres, pero ¿qué muchacha inteligente, con un poco de reflexión, no podrá superar esa despreciable opinión? Los placeres que otorga la estima, Eugenia, no son sino placeres morales, únicamente apreciados por ciertos espíritus. A todos les gusta follar.

Esos fascinantes placeres enseguida compensan a ese falso desprecio al que es difícil escapar cuando se desafía a la opinión pública, pero del que muchas mujeres sensatas se burlan, al punto de convertirlo en un placer más. Goza, Eugenia, goza entonces, mi querido ángel. Tu cuerpo te pertenece sólo a ti, y sólo tú tienes el derecho de gozarlo y de hacerlo gozar con todo aquel que se te ocurra.

Aprovecha la etapa más feliz de tu vida. ¡Esos dichosos años de placer son muy cortos! Si somos lo suficientemente felices por haber gozado, tendremos deliciosos recuerdos que nos confortarán y divertirán en nuestra vejez. ¿Los hemos perdido?... Amargos pesares y espantosos remordimientos nos desgarrarán, sumándose a los tormentos de la edad, para llenar de lágrimas y de espinas el corto camino que nos queda hasta el sepulcro...

¿Tenías la locura de la inmortalidad? Muy bien, gozando, mi querida, es como permanecerás en la memoria de los hombres. Muy pronto se ha olvidado a las Lucrecias, mientras que las Teodoras y las Mesalinas constituyen aún los más dulces y frecuentes temas de nuestras conversaciones. ¡Cómo, Eugenia, no abrazar entonces un partido que, coronándonos de flores en esta vida, nos deja aún la esperanza de un culto más allá de la muerte! ¿Cómo, digo, no preferir este partido a aquel otro que, al hacernos vegetar como imbéciles en la tierra, no nos promete otra cosa, después de nuestra existencia, que el desprecio y el olvido?

Eugenia: ¡Ah, querida! De qué manera esos discursos encienden mis sentidos y seducen mi alma. Me encuentro en un estado difícil de describir... Y dime: ¿podrás presentarme a algunas de esas mujeres... *(Turbándose.)* que me prostituirían si yo se lo pido?

Señora de Saint-Ange: De aquí hasta que hayas adquirido experiencia, eso me incumbe sólo a mí, Eugenia. Déjame a mí esa tarea y las precauciones que

sea preciso tomar para ocultar tus desórdenes. Mi deseo es que mi hermano y este fiel amigo que te educa sean los primeros a quienes te entregues. Ya encontraremos otros después. No te preocupes, querida amiga: ¡te haré volar de placer en placer, te sumergiré en un mar de delicias, te colmaré, ángel mío, te saciaré!

EUGENIA *(Arrojándose a los brazos de la señora de Saint-Ange.)*: ¡Oh, querida, te adoro! Jamás tendrás una alumna más sumisa que yo. Pero creo que tú me has hecho entender, en una de nuestras primeras conversaciones, que era difícil que una joven se abandonase al libertinaje sin que su futuro esposo no se diera cuenta.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Eso es cierto, querida, pero hay unos medios secretos que reparan esas grietas. Te prometo que te los daré a conocer, y aunque hayas sido tan libidinosa como Antonieta, me encargaré de volverte tan virgen como el día en que llegaste al mundo.

EUGENIA: ¡Ah, eres divina! Vamos, sigue enseñándome. No pierdas tiempo y dime entonces cuál debe ser la conducta de una mujer en el matrimonio.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Cualquiera sea el estado en que se encuentre una mujer, mi querida, sea niña, joven o viuda, jamás debe tener otra meta, otra ocupación y otro deseo que no sea el de hacerse follar de la mañana a la noche. Con este único fin ha sido creada por la naturaleza. Pero, si para cumplir con este deseo, exijo de ella pisotear todos los prejuicios de su infancia, si le prescribo la formal desobediencia a las órdenes de su familia, el desprecio más firme a los consejos de sus padres, deberás convenir, Eugenia, que, de todos los frenos que se han de romper, será el del matrimonio el que le aconseje destruir antes que ningún otro.

Imagínate, Eugenia, a una joven que acaba de salir de la casa paterna o de su pensión, sin conocer nada, sin ninguna experiencia, y se ve obligada a pasar súbitamen-

te de allí a los brazos de un hombre que jamás ha visto, obligada a jurar a este hombre, al pie del altar, una obediencia y una fidelidad, tanto más injusta cuanto que en el fondo de su corazón lo único que desea es faltar a su palabra. ¿Hay en el mundo, Eugenia, peor suerte que ésa? Sin embargo, ahí la tienes atada a su marido, le guste o no, sea tierno o cruel con ella. Por su honor, mantiene su juramento. Su honor queda manchado si ella lo rompe. Es necesario que ella se pierda o que arrastre las cadenas, muriéndose de dolor. ¡Pero no, Eugenia, no! No hemos nacido con ese fin. Esas leyes absurdas son obra de los hombres y no debemos someternos a ellas. ¿Acaso el divorcio nos da satisfacción? No, sin duda. ¿Quién nos garantiza que en el segundo matrimonio vamos a encontrar la felicidad que no tuvimos en el primero? Venguémonos en secreto, entonces, de los absurdos lazos que nos imponen, convencidas de que estas alteraciones, con sus correspondientes excesos, lejos de despreciar a la naturaleza, son el más sincero homenaje que le podemos rendir. Es por obedecer a sus leyes por lo que nosotras nos entregamos a los deseos que ella misma nos ha inspirado, y sólo la insultamos si nos resistimos a ellos. El adulterio, considerado por los hombres como un delito, y por el que se atreven a castigarnos quitándonos la vida, el adulterio, Eugenia, no es otra cosa que la adquisición de un derecho que está en la naturaleza, y del que no lograrán quitarnos las fantasías de esos tiranos. Pero ¿acaso no es horrible —dicen nuestros esposos— que debamos estar expuestas a querer, como si fuesen nuestros hijos y a abrazarlos como tales, a los frutos de sus desórdenes? Es ésta la objeción presentada por Rousseau. Estoy de acuerdo en que es la única razón aparente que se pueda oponer al adulterio. ¿Entonces, acaso no es mucho más cómodo entregarse al libertinaje sin temor al embarazo? ¿Acaso no es más fácil destruirlo, si

por imprudencia ello llegara a suceder? Pero, como luego volveremos sobre este tema, analicemos solamente el fondo de la cuestión. Veremos que el argumento, aunque en principio parezca contundente, es engañoso.

En primer lugar, mientras me acueste con mi marido y reciba su semen en el fondo de mi matriz y al mismo tiempo mantenga relaciones con otros diez hombres, aquél no tendrá modo de comprobar que ese niño que va a nacer no es suyo. Puede o no ser suyo, y en caso de duda jamás puede ni debe tener ningún escrúpulo en reconocer a esa criatura (ya que ha contribuido a su existencia). Desde el momento en que puede ser el padre, el niño le pertenece. Todo hombre que viva infelizmente atormentado por la sospecha respecto de este tema, lo estaría igualmente si su esposa fuera una vestal, porque es imposible garantizar la conducta de una mujer, ya que puede ocurrir que aquélla, que ha sido sensata durante diez años, pueda dejar de serlo de un día para otro. En consecuencia, si el esposo es desconfiado, lo será en todos los casos. Entonces, jamás podrá estar seguro de que el niño que tiene en sus brazos sea realmente suyo. Bien, si puede desconfiar en todas las ocasiones que se le presenten, no hay ningún inconveniente en justificar sus sospechas algunas veces, lo que no tendría ninguna incidencia en su estado de felicidad o de desdicha moral. Entonces, mejor así. Y ahí lo ves, supongo, inmerso de lleno en el error, acariciando el fruto del libertinaje de su esposa: ¿Qué delito hay en eso? ¿Acaso no tenemos bienes en común? En tal caso, ¿qué mal puedo hacer en traer a la familia un niño que tiene derecho a una parte de esos bienes? Será la que a mí me corresponde. No le quitará nada a mi tierno esposo. Esa parte que va a disfrutar deriva de mi capital, por lo que ni el niño ni yo tomamos nada de lo que pertenece a mi marido. Y por lo mismo digo: ¿A título de qué, si ese niño fuese sólo suyo, tendría parte de mis bienes? Tendría

derecho a ello si hubiese nacido de mí. Entonces, ese niño va a gozar de esa parte, en virtud de la alianza íntima que lo une conmigo. Es en razón de que ese niño me pertenece por lo que le doy una parte de mis riquezas. ¿Qué puedes reprocharme? Disfruta esas riquezas.

EUGENIA: Pero engañas a tu marido. Esta mentira es atroz.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: No, simplemente le pago con la misma moneda. Yo fui la primera engañada cuando tuve que unirme a él. Me vengo de eso, es todo, ¿hay algo más simple?

EUGENIA: Pero tu proceder significa un claro insulto al honor de tu marido.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Esos son prejuicios! Mi libertinaje no afecta para nada a mi marido. Mis faltas sólo me incumben a mí. Este supuesto deshonor estaba bien hace un siglo, pero hoy estamos de vuelta de esa ilusión y mis excesos no han deshonrado a mi marido más de lo que a mí me mancharían los suyos. ¡Podría gozar con todo el mundo sin ocasionarle ni siquiera un rasguño! En consecuencia, esta pretendida lesión a su honor no es más que una fábula, cuyaº existencia es imposible. Pueden ocurrir dos cosas: que mi marido fuese una persona brutal y celosa, o bien un hombre delicado. En caso de ocurrir lo primero, lo mejor que puedo hacer es vengarme de su conducta; si fuese lo segundo, no le causaría ninguna aflicción, puesto que si disfruto con mis placeres, él estará feliz, si es un hombre honesto: no hay hombre delicado que no goce al ver disfrutar a la persona que adora.

EUGENIA: Si lo amaras, ¿te parecería bien que él hiciese lo mismo?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Ah! ¡Desgraciada de aquélla a la que se le ocurra estar celosa de su marido! Si la mujer lo ama, debe contentarse con lo que él le da. Pero que no intente obligarlo. No sólo no tendrá éxito, sino que

pronto hará que él la deteste. Si soy sensata, jamás me preocuparé por los excesos de mi marido. Que él haga lo mismo respecto de mí y la paz reinará en el hogar.

Resumamos: Cualesquiera que sean las consecuencias del adulterio, incluso la de introducir en la casa a hijos que no pertenecen al esposo, desde el momento en que esos niños son de la mujer, tienen un incuestionable derecho a una parte de su fortuna. El esposo, si está al tanto de la situación, debe considerarlos como hijos del primer matrimonio de su esposa. Si no sabe nada, no podría ser desdichado, ya que lo ignora. Si el adulterio no acarrease ninguna consecuencia, o fuese ignorado por el marido, ningún jurisconsulto podría probar, en tal caso, que se habría cometido un delito. Desde ese momento, el adulterio no es más que una acción que debe ser absolutamente indiferente para el marido, quien lo ignora, y completamente placentera para la mujer que disfruta cometiéndolo. Si el marido descubre el adulterio, éste deja de serlo, porque hasta hace un momento no lo era y no puede haber cambiado de naturaleza. No existe otro mal que el padece el marido cuando lo descubre. Ahora bien, esa falta sólo le pertenece a él y no le incumbe para nada a la mujer.

Antiguamente, los que castigaban el adulterio eran los verdugos, los tiranos y los celosos, quienes, llevados por su amor propio y por su orgullo, pensaban injustamente que era suficiente con ofenderlos para ser una criminal, como si una injuria personal debiese ser considerada como un delito, y como si en rigor se pudiese llamar crimen a una acción que, lejos de ofender a la naturaleza y a la sociedad, lo único que hace es servir a ambas.

Sin embargo, hay casos de adulterio que son fáciles de probar y que ponen a la mujer en una situación embarazosa, aunque no más criminal. Sucede, por ejemplo, en caso de impotencia del esposo o cuando sus gustos son

contrarios a la procreación. Como ella goza y su marido no lo hace jamás, indudablemente sus excesos son más manifiestos: pero ¿ella debe preocuparse por eso? No, para nada. La única precaución que debe tomar es la de evitar embarazos, o abortar en el caso de que hayan fallado tales precauciones. Si a causa de esas inclinaciones antinaturales, la mujer se sintiese obligada a desquitarse de las negligencias de su marido, es preciso, ante todo, que ella se dé sus gustos sin ninguna contemplación, cualesquiera que éstos fueran. A continuación, ella debe hacerle comprender que tales satisfacciones merecen ciertas recompensas, y que reclama la más completa libertad en función de todo lo que ha entregado. Entonces, puede ocurrir que el marido se oponga o acepte. Si lo tolera, como lo ha hecho el mío, una podrá entregarse al libertinaje sin problemas, tratando de duplicar los cuidados y la aprobación de sus caprichos. Si se opone, se corre un tupido velo y se goza tranquilamente a su sombra. ¿Es impotente? Hay que divorciarse. Pero en todos los casos hay que entregarse. Y siempre hay que gozar, mi querida, porque dado que hemos nacido para gozar, al hacerlo cumplimos con las leyes de la naturaleza, y toda ley humana que se oponga a ella sólo merece el desprecio.

Está muy equivocada aquella mujer a quien unos lazos absurdos, como el de mantener intacto su himen, le impiden entregarse a sus deseos, la que teme al embarazo o a los insultos de su esposo, o lo que es más vano aún, ¡manchar su reputación! Ya lo has visto, Eugenia. Acabas de comprobar de qué modo esa mujer se engaña, cómo sacrifica tan bajamente su felicidad y todas las delicias de la vida a unos ridículos prejuicios. ¡Ah! ¡Debe gozar, disfrutar con total impunidad! ¿Acaso la vanagloria o las falsas esperanzas que promete la religión la recompensan? No, no, y la virtud, el vicio, todo se mezcla en la tumba. ¿Acaso la sociedad, al cabo de algunos años, exaltará a

unos y condenará a otros? ¡Claro que no! ¡No, una vez más no, no! Y la desgraciada que haya ahogado sus placeres muere, ¡ay!, sin ninguna recompensa.

EUGENIA: ¡Cómo me convences, ángel mío! ¡Cómo vences mis prejuicios! ¡Cómo destruyes los falsos principios que mi madre me inculcó! ¡Ah! Me gustaría casarme mañana mismo para poner en práctica tus consejos. ¡Qué seductores son, qué acertados..., cómo me gustan! De todo lo que acabas de decirme, sólo hay una cosa que me preocupa, querida amiga, y como no entiendo absolutamente nada, te ruego que me lo expliques. Has dicho que tu marido, cuando goza contigo, se comporta de modo tal que no hay riesgo de procreación. Dime entonces qué es lo que te hace, te lo ruego.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Mi marido ya era viejo cuando me casé con él. Desde la noche de bodas, me previno acerca de sus fantasías, asegurándome que jamás se molestaría por las mías. Le prometí que le obedecería y, desde entonces, ambos hemos vivido en la más placentera libertad. El placer de mi marido consiste en hacerse chupar, y he aquí lo que más le gusta: mientras que, inclinada sobre él y con mis nalgas encima de su cara, bombeo con ardor el semen de sus testículos, ¡debo defecar en su boca!... ¡Y lo traga!...

EUGENIA: ¡Qué extraordinaria fantasía!

DOLMANCÉ: Ninguna puede calificarse así, querida, todas son obra de la naturaleza. Al crear a los hombres, ella quiso diferenciar sus gustos, al igual que lo hacía con sus rostros, y no debemos asombrarnos por la diversidad que ha puesto tanto en nuestros rasgos como en nuestras inclinaciones. La fantasía que acaba de contar su amiga no podría ser más ilustre. Infinidad de hombres, especialmente los de cierta edad, son prodigiosamente afectos a esas prácticas. ¿Se negaría a ello, Eugenia, si alguien se lo pidiese?

EUGENIA *(Ruborizándose.)*: Después de los princi-

pios que aquí me han inculcado, ¿podría negarme a algo? Sólo pido que me disculpen por mi sorpresa. Es la primera vez que oigo hablar de todas esos vicios. Antes que nada, debo imaginarlos. Mis instructores pueden estar seguros de que, de la solución del problema a la ejecución del procedimiento, no habrá más distancia que la que ellos mismos exijan. Cualesquiera que esas fantasías sean, ¿es entonces complaciéndolas como conquistas tu libertad, querida?

Señora de Saint-Ange: La más completa libertad, Eugenia. Por mi parte, hice todo lo que quise, sin que encontrase ningún obstáculo a mis deseos, pero jamás tuve ningún amante. Me gustaba demasiado el placer como para prestarme a ello. ¡Desgraciada la mujer que se compromete con alguien! Sólo basta tener un amante para que la condenen, mientras que diez escenas de libertinaje, repetidas día tras día, si ella quiere, se desvanecerán en el silencio de la noche, tan pronto como fuesen consumadas. Yo era rica y pagaba a unos jóvenes desconocidos para que me hicieran gozar. Me he rodeado de criados encantadores, a quienes les aseguraba el goce de los más dulces placeres si eran discretos, amenazándolos con el despido si decían una sola palabra. No te imaginas, ángel mío, en qué torrente de delicias me sumergí de ese modo. Ésa es la conducta que aconsejaría adoptar a todas las mujeres que quisieran imitarme. En mis doce años de matrimonio, quizá he sido gozada por más de diez o doce mil individuos... ¡y en los diversos ambientes que frecuento me creen una mujer honesta! Cualquier otra que tuviese un amante, estaría perdida de inmediato.

Eugenia: Ésta es la máxima más segura, y decididamente, será la que yo adopte. Es preciso que me case, como tú, con un hombre rico, sobre todo con un hombre que tenga ciertas inclinaciones... Pero, querida, tu marido, ¿estuvo siempre tan estrictamente apegado a sus gustos

que jamás se le ocurrió exigir otra cosa de ti?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Nunca, en estos doce años no ha contrariado sus gustos ni un solo día, salvo cuando tengo mis reglas. Una bellísima joven que él ha querido que yo tomase para mí, me reemplaza durante esos días. Las cosas no podrían ir mejor.

EUGENIA: Pero seguramente no le alcanza con eso, ¿es posible que recurra a otros objetos externos para renovar sus placeres?

DOLMANCÉ: No cabe duda de ello, Eugenia. El marido de la señora es uno de los mayores libertinos de su tiempo. Gasta más de cien mil escudos anuales para darse esos obscenos placeres que recién le ha contado su amiga.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: A decir verdad, lo dudo, pero ¿qué pueden importarme a mí sus excesos, mucho menos si su cantidad justifica y encubre los míos?

EUGENIA: Te ruego que sigamos con los métodos a través de los cuales una joven, sea casada o no, puede preservarse del embarazo, ya que, debo confesártelo, esta posibilidad me produce un auténtico espanto, tanto con mi esposo o en la carrera del libertinaje. Acabas de indicarme una de esas maneras, cuando hablabas de los gustos de tu marido. Pero esa manera de gozar, que puede resultar agradable para el hombre, no me parece que lo sea para la mujer. Prefiero que me hables de aquellos placeres que podemos disfrutar sin riesgo.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Una joven sólo se expone al embarazo cuando deja que el miembro del hombre se introduzca en su vagina. Que trate de evitar esa manera de gozar. En su lugar, que ofrezca indistintamente su mano, su boca, sus pechos o su trasero. Por esta última vía obtendrá un enorme placer e incluso más que por los otros medios. A través de las otras vías, será ella quien proporcione ese placer.

En cuanto a la primera de esas maneras, es decir a

través de la mano, se procede tal como lo has visto hace un momento. La mujer debe sacudir el miembro de su amigo como si bombease y, después de algunos movimientos, el esperma es lanzado. El hombre la besa y la acaricia durante todo ese tiempo y cubre con este licor la parte de su cuerpo que más le gusta. Si quiere meterlo entre los pechos, la joven se acuesta sobre la cama, se coloca el miembro entre ambos senos, se los presiona y, al cabo de algunas sacudidas, el hombre derrama su licor de manera tal que le inunda los pechos y, en ocasiones, el rostro. Esta forma es la menos placentera de todas, y sólo es aconsejable para aquellas mujeres cuyos pechos, a fuerza de acostumbrarlos a tales servicios, tienen la suficiente flexibilidad como para cerrarse en torno al miembro del hombre, comprimiéndolo. El placer que se obtiene a través de la boca es infinitamente más agradable, tanto para el hombre como para la mujer. Para un mayor disfrute, es conveniente que la mujer se extienda a la inversa del cuerpo de su compañero: él introduce su miembro en la boca, y como su cabeza viene a quedar entre sus muslos, le rinde los mismos servicios que ella le hace, introduciendo su lengua en su vagina o en el clítoris. Cuando se adopta esta postura, hay que acariciarse las nalgas y hacerse cosquillas en el orificio del trasero, acciones que son siempre necesarias como complemento al erotismo. Algunos amantes apasionados e imaginativos tragan entonces el líquido que se derrama en sus respectivas bocas, y de este modo gozan delicadamente del sensual placer de sentir que penetra hasta sus entrañas este precioso licor, astutamente apartado de su destino habitual.

Dolmancé: Es muy grato, Eugenia. Le recomiendo que la practique. Eliminar el riesgo de la procreación y contrariar de ese modo lo que los imbéciles llaman las leyes de la naturaleza, realmente es algo que está lleno de encantos. A veces, los muslos y las axilas sirven tam-

bién de refugio al miembro del hombre, ofreciéndole unos reductos donde el semen puede derramarse sin riesgo de embarazo.

Señora de Saint-Ange: Hay mujeres que se introducen esponjas en el interior de la vagina, las que, al recibir el esperma, impiden que éste se arroje en el vaso donde lograría germinar. Otras obligan a sus amantes a utilizar una bolsita de piel de Venecia, vulgarmente llamada condón, en la que se deposita el semen, sin riesgo de que alcance la meta. Pero, sin duda, de todos los medios, el del trasero es el mejor. Dolmancé: Le cedo el lugar para que exponga usted ahora. ¿Quién mejor para describir un placer por el que daría la vida por defenderlo?

Dolmancé: Tengo que confesar mi debilidad. No hay en el mundo, lo acepto, ningún placer que prefiera a ése. Adoro esa manera de gozar, con uno y con el otro sexo. Pero el culo de un muchacho joven enciende mi deseo mucho más que el de una joven. A los que se entregan a esta pasión se los llama bribones. Ahora bien, cuando se es un bribón, Eugenia, hay que serlo enteramente. No alcanza sólo con practicarlo con las mujeres. La naturaleza quiere que sea en el hombre en quien el bribón cumpla esta fantasía. Ella nos ha dado esta inclinación para que lo hagamos especialmente con el hombre. Es absurdo decir que esta manía la ofende, ya que es la naturaleza la que nos ha inspirado a querer hacerlo. ¿Puede ella ofrecernos algo que la degrade? No, Eugenia, no. De esta manera, se la sirve tanto como de cualquier otra, y hasta es posible que de una forma más pura todavía. La propagación es un acto de tolerancia de su parte. ¿Cómo podría ella haber prescrito por ley un acto que la priva de los derechos de su omnipotencia, atento a que la propagación de nuestra especie no es más que una consecuencia de sus primitivas intenciones y de nuevas obras provenientes de su mano, si nuestra especie fuese completa-

mente destruida, se convertirían en sus objetivos primordiales, cuya realización sería mucho más halagadora para su orgullo y para su poder?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¿Se da cuenta, Dolmancé, de que por ese medio, podría llegar a probar que la extinción de la especie humana no es otra cosa que un servicio que se hace a la naturaleza?

DOLMANCÉ: ¿Quién podría dudarlo, señora?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Oh, santo cielo! Las guerras, las pestes, las hambrunas, las muertes no serían más que accidentes necesarios en el orden de la naturaleza. El hombre no es más que el agente activo o el sujeto pasivo de esos efectos, ¿no sería más criminal en un caso, que víctima en el otro?

DOLMANCÉ: Víctima lo es sin duda cuando cae abatido por los golpes de la desgracia, pero criminal, jamás. Volveremos sobre todas estas cuestiones. Mientras tanto, analicemos, para la bella Eugenia, el placer sodomita, que en este momento es el objeto de nuestra conversación. La postura más usual para la mujer, cuando se goza de este tipo de placer, es acostarse boca abajo en el borde del lecho, con las nalgas bien separadas y la cabeza lo más inclinada posible. El amante, después de entretenerse un rato en la contemplación de ese bello trasero que se le ofrece, y después de haberlo palmeado, acariciado, pellizcado —e incluso en ocasiones azotado— y mordido, humedece con su boca el pequeño y delicado orificio que va a perforar y prepara la penetración con la punta de su lengua. También, moja con saliva o unta con una pomada su miembro y lo coloca suavemente en el orificio que desea penetrar. Con una mano lo conduce y con la otra separa las nalgas a su gusto. Una vez que su miembro se ha introducido, es necesario que empuje con firmeza, tratando especialmente de no perder terreno. A veces, si es virgen y joven, la mujer sufre en este momento. Pero sin

hacer caso a ese dolor que enseguida se convertirá en placer, el amante debe empujar con su miembro gradualmente, hasta alcanzar la meta, es decir, hasta sentir que el vello de su miembro frota exactamente los bordes del ano que es objeto de su operación. Entonces, puede proseguir su ruta con rapidez, ya que las espinas han sido recogidas y todo lo que resta no es sino un camino de rosas. Para acabar de convertir en placer los vestigios de dolor que el objeto de su gozo aún experimenta, si es un jovencito, debe tomar su miembro y masturbarlo, y si es una joven, acariciar su clítoris. Las titilaciones de placer que produce, al contraer maravillosamente el ano del paciente, redoblan los placeres del agente, quien, colmado de satisfacción y de deseo, pronto arrojará en lo más hondo del objeto de su placer un esperma abundante y espeso, producido por los episodios tan lúbricos que ha experimentado. Hay otros que no desean que el paciente goce. Y es lo que pronto vamos a explicar.

Señora de Saint-Ange: Permítame que por un instante sea yo la alumna y pregunte, Dolmancé, ¿en qué estado debe estar el trasero del paciente para que el agente disfrute?

Dolmancé: Lleno, sin duda. Es esencial que el individuo que cumple el papel pasivo sienta el más mayor deseo de defecar, a fin de que el extremo del miembro del agente, alcanzando el mojón, se hunda, y deposite en un lugar más cálido y suave el semen que lo irrita y enciende.

Señora de Saint-Ange: Me temo que el paciente, en ese caso, gozaría mucho menos.

Dolmancé: ¡Es un error! Este placer es tal que es imposible que algo lo anule y que el objeto que lo procura no llegue a las alturas al disfrutarlo. No hay placer igual a éste. Asimismo, ninguno puede satisfacer de un modo tan completo a los individuos que se entregan a ello. Es muy difícil que aquéllos a los que les ha gustado

este placer puedan buscarlo en otra cosa. Eugenia, éstos son los mejores medios de gozar con un hombre sin correr los riesgos de un embarazo. De este modo se goza, no tenga dudas, no sólo ofreciendo el trasero a un hombre, tal como se lo he explicado, sino también chupándolo, masturbándolo, etcétera. He conocido a mujeres libertinas que a menudo ponían más encanto en esos actos que en los placeres reales. La imaginación es el aguijón de los placeres. En los de este tipo, ella lo dirige todo, es el móvil de todo. Ahora bien, ¿acaso no es gracias a ella que disfrutamos? ¿No es a través de ella como experimentamos las más excitantes pasiones?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: De acuerdo, pero que Eugenia tome nota de ello. La imaginación sólo nos es útil cuando nuestra mente está libre de prejuicios. Uno solo de éstos basta para enfriarla. Esta caprichosa porción de nuestro pensamiento es de un libertinaje que nada puede contener; su mayor triunfo y sus mayores delicias consisten en romper todos los frenos que se le oponen. Ella es enemiga de las normas, idolatra el desorden y todo aquello que tenga apariencia de delito. De ahí viene la singular respuesta de una mujer con imaginación, que gozaba fríamente con su marido:

—¿Por qué tanta frialdad? —le decía él.

—¡Bien! Verdaderamente —le respondió esta singular criatura—, es que lo que me haces es demasiado simple.

EUGENIA: Me gusta con locura esa respuesta... ¡Ah, querida! ¡Estoy enteramente dispuesta a conocer esos divinos arrebatos de una imaginación descontrolada! No podrías imaginarte, desde que estamos juntas..., sólo desde ese instante... No, no, querida, no podrías imaginarte cuántas ideas apasionadas han pasado por mi mente... ¡Oh! ¡Cómo comprendo al mal! ¡Cuánto lo desea mi corazón!

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Entonces, no te asombres de los horrores, de los delitos más abominables, Eugenia.

Lo que es más sucio, infame y prohibido es lo que más excita nuestro pensamiento... Siempre es eso lo que nos hace eyacular del modo más delicioso.

EUGENIA: ¡A cuántos excesos increíbles se habrán entregado ambos! ¡Cómo me gustaría conocer los detalles!

DOLMANCÉ *(Besando y acariciando a la joven.)*: Bella Eugenia, preferiría mil veces más verte experimentar todo lo que quisiese hacer antes que contarle lo que he hecho.

EUGENIA: No sé si sería bueno para mí estar dispuesta a todo.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: No te lo aconsejaría, Eugenia.

EUGENIA: ¡Entonces, bien! Eximo a Dolmancé de darme esos detalles, pero tú, mi buena amiga, dime, te lo ruego, ¿qué es lo más extraordinario que has hecho en tu vida?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: He disfrutado con quince hombres. Fui follada noventa veces en veinticuatro horas, tanto por delante como por detrás.

EUGENIA: Ésos no han sido más que excesos, proezas. Apuesto a que has hecho cosas más singulares.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Estuve en un burdel.

EUGENIA: ¿Qué es eso?

DOLMANCÉ: Se llama así a las casas públicas, en las que, mediante un precio convenido, un hombre busca a muchachos o a jóvenes bonitas que estén dispuestos a satisfacer sus placeres.

EUGENIA: ¿Tú te has entregado a ello, querida?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Sí, me comporté igual que una prostituta y, durante una semana entera, cumplí las fantasías de muchos libertinos y tuve ocasión de ver allí gustos muy peculiares. Siguiendo las reglas del libertinaje, como la célebre emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, atrapaba a mi presa en las esquinas de las calles..., en los paseos públicos, e invertía en la lotería el dinero obtenido de mi prostitución.

Eugenia: Mi querida, conozco tu modo de pensar. Seguro que has ido mucho más lejos.

Señora de Saint-Ange: ¿Lo crees?

Eugenia: ¡Sí, sí! ¿Acaso no me has dicho que nuestras sensaciones más deliciosas provienen de nuestra imaginación?

Señora de Saint-Ange: Lo he dicho.

Eugenia: ¿Entonces? Dejando vagar esa imaginación, dándole libertad para franquear las últimas barreras que podrían oponerle la religión, la decencia, la caridad, la virtud, en fin, nuestros supuestos deberes, ¿acaso no serían realmente maravillosos esos despropósitos?

Señora de Saint-Ange: Sin duda.

Eugenia: Ahora bien, conocer de antemano que son infinitos esos excesos, ¿no nos excitará aún más?

Señora de Saint-Ange: Absolutamente cierto.

Eugenia: Si es así, querremos excitarnos más, desearemos emociones más violentas y habrá que darle curso libre a nuestra imaginación, respecto de las cosas más inconvenientes. Nuestro placer será mejor en razón del camino que haya hecho nuestro pensamiento, y...

Dolmancé *(Besando a Eugenia.)*: ¡Encantadora!

Señora de Saint-Ange: ¡Cuántos progresos ha hecho la pícara en tan poco tiempo! Pero, encanto, ¿sabes que se puede ir mucho más lejos en esa carrera que nos has trazado?

Eugenia: Por supuesto. Y, puesto que no me pongo ningún freno, ya ves hasta dónde creo que se puede llegar.

Señora de Saint-Ange: A los crímenes, sinvergüenza, a los más perversos y espantosos crímenes.

Eugenia *(En voz baja y entrecortada.)*: Pero has dicho que el delito no existe..., que sólo se concibe para excitar el pensamiento, que no es ejecutado.

Dolmancé: Sin embargo, es tan dulce ejecutar lo que se ha concebido...

Eugenia *(Sonrojándose.)*: ¡Muy bien! Se ejecuta... ¿Acaso me quieren convencer, queridos instructores, de que jamás han llevado a cabo lo que han concebido?

Señora de Saint-Ange: Me ha ocurrido algunas veces.

Eugenia: Ahí queríamos llegar.

Dolmancé: ¡Qué cabeza!

Eugenia *(Continuando.)*: Me gustaría saber lo que has pensado y lo que has hecho después.

Señora de Saint-Ange *(Titubeando.)*: Eugenia, algún día te contaré mi vida. Prosigamos con las enseñanzas..., ya que me harías decir algunas cosas...

Eugenia: Vamos, veo que no me quieres lo suficiente como para abrirme tu corazón hasta ese punto. Esperaré a que llegue el momento. Volvamos sobre los detalles. Dime, querida, ¿quién es el feliz mortal que ha gozado en tus comienzos?

Señora de Saint-Ange: Mi hermano. Me adoraba desde que éramos niños. Desde muy chicos, solíamos divertirnos pero sin llegar a consumar nada. Le prometí que me entregaría a él cuando estuviese casada. Mantuve mi palabra y felizmente mi marido no había dañado nada, de modo que mi hermano lo disfrutó todo. Continuamos abandonados a esta intriga, pero sin molestarnos el uno al otro, y así ambos nos sumergimos, cada uno por su lado, en los más divinos excesos del libertinaje. Nos servimos mutuamente. Yo le presento mujeres y él a mí hombres.

Eugenia: ¡Que delicioso pacto! Pero ¿el incesto no es un delito?

Dolmancé: ¿Podría considerarse como tal la más dulce alianza de la naturaleza, la que nos señala y aconseja como la mejor? Piense por un momento, Eugenia. Después de los numerosos males que ha experimentado el mundo, ¿de qué otra manera, si no es por el incesto, puede reproducirse la especie humana? ¿Acaso no encontramos el ejemplo y la prueba misma en los libros sagrados

del Cristianismo? Las familias de Adán y de Noé, ¿podrían haberse perpetuado si no hubiesen recurrido a ese medio? Investigue y compare las costumbres del universo. Por todas partes, verá el incesto como algo legítimo, considerado como una ley sabia y la más indicada para fundar los lazos familiares. En una palabra, si el amor nace de las semejanzas, ¿cabría hallar otro más perfecto que el que pueda existir entre un hermano y una hermana, entre el padre y una hija? Una política mal entendida, basada en el temor de que ciertas familias se vuelvan demasiado poderosas, estableció la prohibición del incesto en nuestras costumbres. Pero no nos excedamos tampoco al punto de tomar por ley de la naturaleza lo que sólo es dictado por el interés o por la ambición. Debemos averiguar en nuestro corazón. Es siempre allí adonde remito a nuestros pedantes moralistas. Interroguemos a ese sagrado órgano y reconoceremos que no hay nada más delicado que la unión carnal de las familias. No nos engañemos más respecto de los sentimientos de un hermano hacia su hermana, de un padre hacia la hija. En vano, unos y otros lo disfrazan bajo el velo de un legítimo sentimiento de ternura. El amor más apasionado es el único sentimiento que los excita, es el único que la naturaleza ha puesto en sus corazones. Dupliquemos, tripliquemos entonces, sin temor a nada, esos deliciosos incestos y convenzámonos de que cuanto más próximo de nosotros esté el objeto de nuestros deseos, mayores encantos encontraremos al gozarlo.

Uno de mis amigos vive habitualmente con la hija que él tuvo con su propia madre. No hace más de ocho días, desvirgó a un muchacho de trece años, fruto de las relaciones con su hija. Dentro de unos años, ese joven desposará a su madre. Ésos son los deseos de mi amigo, cuyo hijo corre la misma suerte, y sus intenciones, lo sé, son las de gozar aún de los frutos que nacerán de ese enlace. Aún es joven y puede esperar. Ya ve, Eugenia, qué cantidad de

incestos y delitos habrían ensuciado a ese honesto amigo, si hubiese algo de cierto en el prejuicio que nos hace admitir que esas uniones son delictivas. En una palabra, sobre todas las cosas, yo parto de un principio: si la naturaleza prohibiese los placeres sodomitas, los incestuosos, los de la masturbación, etcétera, ¿permitiría que encontrásemos placer en todos ellos? Es imposible que pudiese tolerar aquello que verdaderamente la ultraja.

Eugenia: Oh, mis divinos maestros, ahora veo con toda claridad, tras conocer sus principios, que existen muy pocas cosas que puedan considerarse delitos en este mundo. Así que podemos entregarnos en paz a todos nuestros deseos, por más extravagantes que puedan parecer a los imbéciles que, ofendiéndose y alarmándose por todo, estúpidamente juzgan a las instituciones sociales como las divinas leyes de la naturaleza. Pero no obstante, amigos, ¿no admiten al menos que existen ciertas acciones absolutamente repugnantes y decididamente criminales, aunque hubiesen sido inspiradas por la naturaleza? Es mi intención establecer con ustedes que esta naturaleza, tan singular en las obras de su creación como variada en las inclinaciones que nos presenta, nos lleva a veces a cometer acciones crueles. Pero si entregándonos a esta perversión, cediéramos a los dictados de esta curiosa naturaleza, al punto de atentar, supongamos, contra la vida de nuestros semejantes, ¿estarían de acuerdo conmigo, al menos en esto, que tal acción sería un crimen?

Dolmancé: Eugenia, estamos muy lejos de poder coincidir con usted en semejante principio. Al ser la destrucción una de las primeras leyes de la naturaleza, nada de lo que destruye constituiría un crimen. ¿Cómo es posible que una acción que tanto sirve a la naturaleza pueda ofenderla? Por otra parte, esta destrucción, de la que tanto se valen muchos, no es más que una ilusión. La muerte no es una destrucción. Quien la comete no hace más que

modificar las formas, devolviéndole a la naturaleza unos elementos de los que luego se servirá hábilmente para recompensar a otros seres. Ahora bien, como las obras no pueden ser sino placeres para quien se entrega a ellas, cuando el asesino comete una de las suyas lo que hace es abastecer a la naturaleza de materiales que ella va a utilizar sobre la marcha. Así, la acción que los idiotas han tenido la locura de condenar es en realidad un mérito ante los ojos de este agente universal. Es nuestro orgullo el que se ocupa de erigir la muerte en crimen. Al considerarnos como las primeras criaturas del universo, hemos creído estúpidamente que toda lesión soportada por esta sublime criatura necesariamente debería considerarse como un gran delito. Hemos creído que la naturaleza moriría si nuestra maravillosa especie desapareciese de la faz de la tierra, cuando en realidad la completa destrucción de esta especie, devolviéndole a la naturaleza la facultad creadora que ella nos cede, redundaría en una energía que le sustraemos en la medida en que nos propagamos. Pero ¡qué inconsecuencia, Eugenia! Un soberano ambicioso podrá destruir a su antojo y sin el menor escrúpulo a cuantos intenten oponerse a sus proyectos de grandeza... Leyes crueles, arbitrarias e imperiosas podrán asimismo asesinar cada siglo a millones de personas... Y nosotros, débiles y desgraciados individuos, ¿ni siquiera podremos sacrificar un solo ser a nuestras venganzas o a nuestros caprichos? ¿Hay algo más bárbaro o más ridículamente extraño? ¿No deberíamos quizá, bajo el velo del más profundo misterio, vengarnos ampliamente de esta necedad?

Eugenia: Seguramente... ¡Oh, qué seductores son sus principios, cómo me gustan!... Pero, contésteme a conciencia, Dolmancé, ¿alguna vez ha hecho este tipo de cosas?

Dolmancé: No me obligue a descubrir mis faltas. Su cantidad y sus características me avergonzarían dema-

siado. Quizá se las confiese algún día.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Dueño de la espada de la ley, este depravado se sirvió a menudo de ella para satisfacer sus pasiones.

DOLMANCÉ: Eso no es nada. ¡Otros serían los reproches que podría hacerme!

SEÑORA DE SAINT-ANGE *(Abrazándole el cuello.)*: ¡Hombre divino!... ¡Lo adoro!... ¡Hace falta tener un espíritu y un coraje como el suyo para haber disfrutado de todos los placeres! ¡Sólo al hombre de genio le está reservado el honor de romper los frenos de la ignorancia y de la estupidez! ¡Béseme, es usted encantador!

DOLMANCÉ: Sea sincera, Eugenia, ¿alguna vez ha deseado la muerte de alguna persona?

EUGENIA: ¡Oh! Sí, sí, cada día tengo ante mis ojos a una abominable criatura que desde hace mucho tiempo quisiera ver en la tumba.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Te apuesto a que sé de quién se trata.

EUGENIA: ¿Quién supones que es?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Tu madre.

EUGENIA: ¡Ah! ¡Deja que esconda mi rubor en tu seno!

DOLMANCÉ: ¡Ardiente criatura! Voy a colmarla de caricias como premio a la fuerza de su corazón y a su deliciosa cabeza. *(Dolmancé la besa por todo el cuerpo y palmea ligeramente sus nalgas. Se excita. La señora de Saint-Ange toma su miembro y lo sacude. Cada tanto, sus manos se apartan y se posan sobre el trasero de la señora de Saint-Ange, que se lo ofrece lascivamente. Tras recuperarse un poco, Dolmancé continúa.)* Pero ¿no podríamos ejecutar esa sublime idea?

EUGENIA: Me han faltado los medios.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Di el coraje.

EUGENIA: ¡Ay! ¡Era tan joven!...

DOLMANCÉ: Pero hoy, Eugenia, ¿qué haría?

Eugenia: Todo... ¡Que me faciliten los medios y verán!

Dolmancé: Los tendrá, Eugenia, se lo prometo, pero con una condición.

Eugenia: ¿Cuál? Mejor dicho, ¿cuál sería la que no esté dispuesta a aceptar?

Dolmancé: Venga, viciosa, venga a mis brazos. No puedo contenerme. Es preciso que su encantador trasero sea el precio a la ayuda que le prometo, ¡un delito debe pagarse con otro! ¡Venga!... o mejor, ¡vengan ambas a apagar con olas de semen el divino fuego que nos inflama!

Señora de Saint-Ange: Pongamos, si les parece, un poco de orden en estas orgías. Es necesario incluso en medio del delirio y de la infamia.

Dolmancé: Nada más simple. El principal objetivo es que yo me desahogue, dándole a esta pequeña el mayor placer que pueda. Voy a introducir mi miembro en su trasero, mientras que, inclinada en sus brazos, la masturbará lentamente. De acuerdo con la postura en que la coloco, ella podrá hacerle lo mismo a usted. Se besarán la una a la otra. Después de algunas incursiones en el culo de esta niña, modificaremos el cuadro. Voy a introducir mi miembro en su trasero, señora. Eugenia, encima de usted y con la cabeza entre sus piernas, ofrecerá su clítoris a mi boca. De este modo, haré que segregue su semen una segunda vez. A continuación, volveré a penetrarla por el ano y usted me ofrecerá el suyo en lugar del coño que antes me ofrecía Eugenia, es decir, que usted colocará, al igual que ella lo acaba de hacer, su cabeza entre sus piernas. Lameré el orificio de su trasero, como antes lo habré hecho con su sexo. Usted se descargará y yo haré lo mismo, mientras que mi mano, tras recorrer el bonito cuerpo de esta encantadora novicia, se detendrá a acariciar su clítoris con el fin de que ella también desfallezca de placer.

Señora de Saint-Ange: Bien, querido Dolmancé, pero le estará faltando algo.

Dolmancé: ¿Un miembro en mi trasero? Tiene razón, señora.

Señora de Saint-Ange: Dejémoslo ahora. Lo haremos esta noche. Mi hermano vendrá a ayudarnos y nos veremos colmados de placer. Manos a la obra.

Dolmancé: Quisiera que Eugenia me masturbase un poco. *(Ella lo hace.)* Sí, así..., un poco más rápido, corazón... Mantenga siempre descubierta esa cabeza rojiza, nunca debe cubrirla... Cuanto más tenso ponga el frenillo, mayor será la erección que provoque... No se debe volver a encajar la cabeza del miembro que se masturba... ¡Bien! Así es como se prepara el miembro que la va a perforar... ¿Ve cómo se decide?... ¡Deme su lengua, sinvergüenza!... Apoye sus nalgas sobre mi mano derecha, de modo que con la izquierda le pueda acariciar el clítoris.

Señora de Saint-Ange: Eugenia, ¿quieres darle más placer?

Eugenia: Claro... haré todo lo que sea para dárselo.

Señora de Saint-Ange: ¡Bien! Pon su miembro en tu boca y chúpalo un momento.

Eugenia *(Lo hace.)*: ¿Así?

Dolmancé: ¡Ah! ¡Qué boca tan deliciosa! ¡Qué cálida!... ¡Puede compararse con el mejor de los traseros!... Mujeres ardientes y hábiles, jamás le nieguen este placer a sus amantes. De esa forma, los tendrán encadenados para siempre... ¡Ah, jodido Dios!

Señora de Saint-Ange: ¡Cómo blasfema, amigo mío!

Dolmancé: Deme su culo, señora... Sí, démelo, lo besaré mientras me chupan. Que no la sorprendan mis insultos. Uno de mis mayores placeres es maldecir a Dios cuando la tengo rígida. Así, mi espíritu, mil veces más excitado aún, aborrece y desprecia con mayor intensidad esa repugnante fantasía. Quisiera encontrar el modo o las mejores acusaciones para insultarlo más, ya que cuando mis malditas reflexiones me llevan a la convicción de la

nulidad de ese repulsivo objeto de mi odio, me excito, y en ese instante quisiera volver a dar forma a ese fantasma, para que mi rabia pueda al menos descargarse sobre alguna cosa. Imíteme, encantadora Eugenia, y verá cómo se encienden sus sentidos con tales discursos. ¡Pero jodido Dios!... Es preciso, creo, cualquiera sea mi placer, que renuncie del todo esta boca divina... ¡Ahí voy a dejar mi semen!... Vamos, Eugenia, ubíquese. Ejecutemos el cuadro que he diseñado y sumerjámonos los tres en la más embriagante pasión. *(Reacomodan sus posturas.)*

Eugenia: Me temo, querido, que tus esfuerzos serán inútiles. La desproporción es notoria.

Dolmancé: Todos los días sodomizo jóvenes. Ayer mismo, un niño de siete años fue desvirgado con este miembro en menos de tres minutos... ¡Valor, Eugenia, valor!...

Eugenia: ¡Ay! ¡Me desgarras!

Señora de Saint-Ange: Más cuidado, Dolmancé. Piensa que respondo por ella.

Dolmancé: Mastúrbela, señora, así sentirá menos el dolor. Por lo demás, ya está todo dicho. He llegado hasta el pelo.

Eugenia: ¡Oh, cielos! No es poco lo que sufro... Mire el sudor que cubre mi frente, querido amigo... ¡Ah, Dios! ¡Jamás sentí un dolor tan intenso!...

Señora de Saint-Ange: Estás semidesflorada, querida. Mírate ahora, has alcanzado el rango de mujer. Esta gloria bien vale un poco de tormento. ¿Mis dedos no han conseguido aliviarte un poco, al menos?

Eugenia: ¡No podría haber resistido sin ellos!... Acaríciame, mi ángel... Voy sintiendo, casi imperceptiblemente, que el dolor se transforma en placer... ¡Empuje!... ¡Empuje!... ¡Dolmancé..., me muero!...

Dolmancé: ¡Ah! ¡Joder! ¡Joder!... Cambiemos, no resistiría... Su trasero, señora, se lo ruego, y colóquese

pronto como le indiqué hace un rato. *(La señora de Saint-Ange se coloca en la postura solicitada y Dolmancé continúa.)* Aquí me cuesta menos... ¡Cómo penetra mi miembro!... ¡Este bello culo también es delicioso, señora!...

Eugenia: ¿Estoy bien así, Dolmancé?

Dolmancé: ¡De maravilla! Este bello cono virgen se me ofrece deliciosamente. Soy culpable, un infractor, lo sé... Estos encantos casi no están hechos para mis ojos, pero el deseo de darle a esta niña las primeras lecciones de placer va más allá de cualquier consideración. Quiero hacer correr su semen... Quiero consumirla, si es posible... *(La lame.)*

Eugenia: ¡Ah! Me hace morir de placer, ¡no puedo resistirlo!...

Señora de Saint-Ange: ¡Entonces blasfema, puta! ¡Blasfema!...

Eugenia: Bien, ¡jodido Dios, me voy..., estoy en la más dulce embriaguez!

Dolmancé: ¡A su puesto, Eugenia!... ¡A su puesto!... No me engañarás con todos esos juegos de manos. *(Eugenia se reacomoda.)* ¡Ah, bien! Aquí me tienes de regreso a mi primera morada... Muéstreme el orificio de su trasero, para que lo lama a mi gusto... ¡Cómo me gusta besar un culo en el que acabo de descargarme!... ¡Ah! Déjeme que lo lama bien mientras dejo correr mi esperma hasta el fondo del de su amiga... ¿Puede creerlo, señora? ¡Esta vez he podido penetrarlo sin esfuerzo!... ¡Ah! No puedes imaginarte cómo encierra ella a mi miembro, ¡cómo lo comprime!... ¡Jodido Dios, qué placer!... ¡Ah! Ya está hecho, no se resiste más... ¡Mi semen fluye!... ¡Estoy consumido!...

Eugenia: A mí también me mata, te lo juro, querida...

Señora de Saint-Ange: ¡La sinvergüenza! ¡Qué pronto se acostumbrará!

Dolmancé: Conozco a una infinidad de jóvenes de

su edad que por nada del mundo desearían gozar de otra manera. Sólo cuesta la primera vez; luego que ha probado esta manera, una mujer no quiere ya otra cosa... ¡Oh, estoy extenuado. Déjeme recuperar el aliento, al menos unos instantes!

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Así son los hombres, querida. Una vez que han satisfecho sus deseos, apenas si nos miran. Ese abatimiento los lleva al hastío y del hastío pasan muy pronto al desprecio.

DOLMANCÉ *(Fríamente.)*: ¡Ah! ¡Qué injuria, divina belleza! *(Abraza a ambas.)* Sólo están hechas para rendir homenajes, no importa cuál sea el estado en que uno esté.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Consuélate al menos, Eugenia mía, ¡si ellos adquieren el derecho de descuidarnos porque se hallan satisfechos, igualmente nosotras tendremos el de despreciarlos, cuando su actitud nos obligue a ello! Así como Tiberio sacrificaba en Capri los objetos que acababan de servir a sus pasiones, Zingua, una reina africana, inmolaba a sus amantes.

DOLMANCÉ: Estos excesos, completamente sencillos y conocidos por mí, sin duda, jamás deben practicarse entre nosotros: "Los lobos no se comen entre sí", dice el proverbio, y por muy trivial que sea, es acertado. Jamás deben temer nada de mí, amigas mías. Quizá les haga hacer muchísimo mal, pero jamás se lo haré a ustedes.

EUGENIA: ¡Oh! No, no, querida, me atrevo a responder por él. Dolmancé jamás abusará de los derechos que le demos, ya que posee la honestidad de los libertinos, la más fiable. Pero dejemos a nuestro instructor con sus principios y ocupémonos, te lo suplico, del gran proyecto que enardecía nuestros pensamientos antes de que nos tranquilizáramos.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Cómo, sinvergüenza! ¡Aún piensas en ello! Creí que sólo era un producto de la efervescencia de tu cabeza.

Eugenia: Es lo que me dicta el corazón y no estaré satisfecha hasta que no haya consumado ese delito.

Señora de Saint-Ange: ¡Oh! Bien, bien, perdónala, piensa que es tu madre.

Eugenia: ¡Bello título!

Dolmancé: Tiene razón. Esa madre, ¿ha pensado en Eugenia cuando la trajo al mundo? La sinvergüenza se dejaba copular porque disfrutaba con ello, pero estaba muy lejos de desear a esta niña. Que actúe como quiera a este respecto. Dejémosla en total libertad y contentémonos con decirle que cualquiera sea el exceso al que llegue en esta materia, jamás será culpable de ningún delito.

Eugenia: La aborrezco, la detesto, hay mil razones que justifican mi odio. Es preciso que la mate, ¡al precio que sea!

Dolmancé: Bien, puesto que su decisión es inquebrantable, se dará el gusto, Eugenia, se lo prometo. Pero permítame que le dé algunos consejos que son muy necesarios y que deberá tener en cuenta antes de actuar. Jamás debe compartir su secreto y, sobre todo, actúe sola. No hay nada tan peligroso como los cómplices. Desconfiemos siempre, incluso de aquéllos que creemos incondicionales: "Es preciso —dice Maquiavelo—, no tener nunca cómplices o bien deshacerse de ellos una vez que nos han servido." Esto no es todo: es indispensable fingir, Eugenia, disimular los proyectos que alberga en su mente. Acérquese como nunca a su víctima antes de inmolarla. Simule compadecerla o consolarla. Mímela, comparta sus penas, júrele que la adora, y más aún, debe persuadirla de que es cierto, pero en este caso la falsedad no debe llegar muy lejos. Nerón acariciaba a Agripina en la misma barca en que iba a ser ahogada. Siga este ejemplo, use todas las artimañas, todas las calumnias que pueda inspirarle su espíritu. Si las mujeres siempre necesitan de la mentira, ésta se vuelve especialmente indispensable

cuando quieren engañar a alguien.

Eugenia: Memorizaré estas lecciones y las llevaré a la práctica, quédese tranquilo. Pero profundicemos, se lo ruego, sobre esa falsedad que aconseja practicar a las mujeres: ¿cree que es una materia esencial para desenvolverse en el mundo?

Dolmancé: Sin duda. No conozco otra cosa que sea tan necesaria en la vida. Hay una verdad muy cierta que le demostrará lo indispensable que es la falsedad: todo el mundo recurre a ella. Le pregunto, de acuerdo con esto, ¿cómo no va a fracasar siempre el individuo que es sincero, si está inmerso en una sociedad falsa? Ahora bien, si es verdad, como pretenden, que las virtudes sean de alguna utilidad en la vida social, ¿cómo quiere que aquél que no tenga la voluntad, ni el poder, ni tampoco el don de ninguna virtud —lo que le ocurre a muchos—, cómo quiere, decía, que un ser tan desprovisto de medios no se vea obligado a fingir para obtener a su vez un poco de esa porción de felicidad que sus competidores le arrebatan? Y, de hecho, ¿es realmente la virtud, o su apariencia, lo que es verdaderamente necesario para el hombre en sociedad? No dudemos que sólo con la apariencia le alcanza. El que la posee ya tiene todo lo que necesita. Desde el momento en que, viviendo en sociedad, no hacemos otra cosa que rozarnos con los hombres, ¿no basta acaso con mostrarnos la corteza? Convenzámonos de que la práctica de la virtud sólo es útil para quien la posee. Los demás sacamos poco provecho de ello que, con tal de que aquél con quien debamos vivir nos parezca virtuoso, nos da igual que lo sea efectivamente o no. Por otra parte, la falsedad es el medio más seguro para tener éxito. El que la ejercita, necesariamente se impone a aquél con quien comercia o que tiene alguna relación con él, al aturdirlo con falsas apariencias, logra persuadirlo. Desde ese momento, puede decirse que ha triunfado. Si advierto que me han enga-

ñado, sólo debo reprochármelo a mí mismo, y mi sobornador habrá ganado terreno tanto más cuanto que, por orgullo, no me quejaré. El dominio que ejerza sobre mí será cada vez más notorio. Tendrá razón mientras que yo me habré equivocado. Él progresará, al tiempo que yo no seré nadie. Él se enriquecerá y yo estaré en la ruina. En fin, será superior a mí. Pronto seducirá a la opinión pública. Una vez en esa posición, lo acusaré, pero no me escucharán. Entreguémonos siempre, entonces, sin remordimientos, a la más gloriosa falsedad. Considerémosla como la llave de todas las gracias, de todos los favores, de todas las reputaciones, de todas las riquezas, y ahoguemos tranquilamente la pena de haber engañado para alcanzar el excitante placer de ser un bribón.

Señora de Saint-Ange: Creo que con esto tenemos mucho más de lo que se precisa saber al respecto. Eugenia, ya convencida, debe tranquilizarse y tener valor. Ella actuará cuando lo desee. Pienso que ahora debemos continuar nuestras exposiciones sobre los diferentes caprichos de los hombres libertinos. Ese campo debe ser muy vasto, debemos reconocerlo. Acabamos de iniciar a nuestra alumna en los misterios de la práctica, no descuidemos la teoría.

Dolmancé: Los detalles de las pasiones del libertino, señora, son poco susceptibles de ser materia de instrucción para una joven que, como en el caso de Eugenia, no está destinada a desempeñar el oficio de mujer pública. Ella se casará y, de ser así, se puede apostar diez contra uno que su marido no tendrá tales gustos. No obstante, si los tuviere, la conducta que debe seguir es fácil: mucha dulzura y complacencia con él. Por otra parte, mucha falsedad y compensaciones clandestinas. Estas pocas palabras lo dicen todo. Sí, a pesar de todo, usted Eugenia, quisiese el análisis de los gustos del hombre durante los actos de libertinaje, a fin de examinarlos muy detalladamente,

nos limitaremos a tres: la sodomía, las fantasías sacrílegas y el gusto por la crueldad. La primera pasión es hoy una práctica universal, por lo que agregaremos algunas reflexiones a lo que ya hemos dicho. Se la divide en dos clases, la activa y la pasiva: el hombre que se folla a una persona, ya sea a un joven o a una mujer, es sodomita activo; se es pasivo cuando uno es penetrado. A menudo, se discute cuál de esas dos formas de sodomía es la más placentera. Sin duda es la pasiva, puesto que se goza al mismo tiempo de la sensación de adelante y de la de atrás. Es tan dulce cambiar de sexo, tan delicioso actuar como una puta, entregarse a un hombre que nos trata como a una mujer, llamar amante a ese hombre, confesarse su querida. ¡Ah, amigas mías, qué placer! Pero, Eugenia, limitémonos aquí a ciertos detalles relativos a las mujeres que, actuando como hombres, quieren gozar al igual que nosotros con esos deliciosos placeres. Acabo de ponerla al corriente de esos ataques de modo práctico. Eugenia, he visto lo suficiente como para estar seguro de que algún día hará grandes progresos en esta carrera. La aliento a que lo recorra como uno de los más deliciosos caminos de la isla de Citeres, totalmente convencido de que llevará a la práctica este consejo. Voy a limitarme a unas cuantas recomendaciones que son esenciales para la persona que esté decidida a no disfrutar más que de este tipo de placeres, o bien para aquéllos a los que les da lo mismo. Debe solicitar siempre que le acaricien el clítoris cuando la sodomicen: no hay nada mejor que unir esos dos placeres. Evite el bidé o el frotamiento con paños luego de haber sido penetrada de esa manera, es bueno que la brecha siga abierta, ya que estimula el deseo y esas titilaciones de placer se apagan tan pronto como se procede a su limpieza. No se tiene idea hasta qué punto pueden prolongarse las sensaciones. Así, cuando esté dispuesta a divertirte de esta manera, Eugenia, evite los ácidos, éstos inflaman las hemorroides y vuelven

dolorosas las penetraciones. Debe oponerse a que varios hombres descarguen uno tras otro en su trasero, esa mezcla de esperma, a pesar de todo lo placentera que pueda ser para la imaginación, es a menudo peligrosa para la salud. Debe eliminar toda huella de esas emisiones a medida que se realicen.

EUGENIA: Pero si se hiciesen por delante, ¿podría considerarse un delito?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: No pienses, locuela, que se hace el mínimo mal al prestarse, sea del modo que fuere, a que el semen del hombre se aparte de su gran ruta habitual, puesto que de ningún modo la procreación es la meta de la naturaleza, la permite como un gesto de tolerancia, y cuando no nos aprovechamos de ella, más se cumplen sus intenciones. Eugenia, debes jurar enemistad a esta odiosa propagación y apartarlo siempre de su camino usual, incluso estando casada, ese pérfido licor cuya germinación no sirve más que para estropear nuestra figura, debilitar nuestra pasión, mancharnos, envejecernos y perjudicar nuestra salud. Obliga a tu marido a que se acostumbre a esas pérdidas. Ofrécele todas las rutas que puedan alejar el homenaje del templo de la procreación. Dile que detestas a los niños, suplícale que no te los haga. Presta atención a estos consejos, querida. Tengo tanto miedo a la propagación que, te lo confieso, dejaré de ser tu amiga desde el momento mismo en que me entere que has quedado embarazada. Si a pesar de todo, te ocurriese esta desgracia, sin que fuese por tu culpa, házmelo saber dentro de las siete u ocho primeras semanas y haré que eso se desprenda suavemente. No temas el infanticidio, este crimen es imaginario. Somos dueñas de todo lo que llevamos en nuestro seno, y no es mayor el mal que hacemos al destruir este tipo de materia que el que se realiza purgando al otro a través de medicamentos, cuando tenemos necesidad de ello.

EUGENIA: ¿Y si el niño se encuentra a término?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Si ha venido al mundo, siempre seremos dueñas de destruirlo. No hay en el mundo un derecho más incuestionable que el que tiene la madre sobre sus hijos. No hay pueblo que no haya reconocido esta verdad: en principio, está basada en la razón.

DOLMANCÉ: Ese derecho está en la naturaleza misma..., es indiscutible. La extravagancia del sistema divino ha sido la fuente de esos garrafales errores. Los imbéciles que creen en Dios, persuadidos de que sólo a él le debemos la existencia y de que, tan pronto como madura un embrión, Dios lo dota de un alma, esos estúpidos, digo, se empecinan en considerar como un crimen capital la destrucción de esa pequeña criatura, porque, según ellos, ya no pertenece a los hombres. Es la obra de Dios, y al ser de Dios, ¿puede disponerse libremente de ella sin cometer un crimen? Pero después que la antorcha de la filosofía logró disipar todos estos desacatos, después de haber pisoteado la fantasía divina y de haber profundizado en las leyes y secretos de la física, de desarrollar el principio de la generación y constatar que ese mecanismo material no es más extraordinario que la germinación de un grano de trigo, hemos recurrido a la naturaleza para aclarar los errores de los hombres. En la medida en que se han ampliado nuestros derechos, al fin hemos llegado a la conclusión de que éramos completamente libres de disponer de aquello que nos había sido dado contra nuestra voluntad o por azar, y que era imposible exigir a un individuo cualquiera que se convirtiese en padre o madre cuando no tenía ningún deseo de serlo; que el hecho de que hubiese una criatura más o menos en el mundo, no acarreaba por lo demás mayores consecuencias y que con toda certeza nos convertíamos, en una palabra, en los dueños de ese trozo de carne, por más alma que tuviese, así como lo somos de las uñas que cortamos de nuestros dedos, de los tumores que

extirpamos de nuestro cuerpo o de las digestiones que expulsamos de nuestros intestinos, porque tanto unos como otros son nuestros y somos nosotros los poseedores exclusivos de todo aquello que emana de nosotros. Al demostrarle, Eugenia, la escasa importancia que tiene en el mundo el acto de matar, habrá podido ver igualmente la insignificante consecuencia que debe tener todo lo que se refiere al infanticidio, incluso si se comete contra una criatura que tiene en uso de razón. Bien, sería inútil, entonces, volver sobre esto. Tu inteligencia revalidará mis argumentos. El estudio de las costumbres de los diversos pueblos que habitan en la Tierra, al demostrar que esa práctica es universal, terminará de convencerla que habría que ser muy imbécil para considerar delictiva una acción tan indiferente.

Eugenia *(A Dolmancé.)*: No puedo expresar hasta qué punto me ha convencido. *(Dirigiéndose luego a la señora de Saint-Ange.)* Pero, dime, querida, ¿alguna vez has recurrido a esos remedios que me ofreces para destruir el feto?

Señora de Saint-Ange: Dos veces, y ambas con el mayor de los éxitos. Pero debo confesarte que sólo los he probado en las primeras semanas. Sin embargo, dos conocidas lo aplicaron en la mitad de su embarazo y me aseguraron que les dio resultado. Cuenta conmigo, entonces, si se diera la ocasión, pero te aconsejo que nunca te expongas a situaciones que luego te obliguen a recurrir a esos remedios, evitarlas es lo más seguro. Continuemos ahora con los detalles lúbricos que le habíamos prometido a esta jovencita. Continúe, Dolmancé, estábamos hablando de las fantasías sacrílegas.

Dolmancé: Supongo que Eugenia se encuentra lo suficientemente desengañada de la religión como para estar íntimamente convencida de que todo aquello que se refiera a jugar con los objetos de la devoción de los estú-

pidos no puede tener ningún tipo de consecuencia. Esas fantasías les importan tan poco que no deben, de hecho, sino calentar las cabezas de los más jóvenes, para quienes toda ruptura de frenos debe constituir un placer. Es una especie de pequeña venganza que inflama la imaginación y que, sin duda, puede divertir algunos instantes. Pero creo que esos placeres deben resultar insípidos y fríos cuando no se ha tenido tiempo para instruirse y convencerse de la nulidad de los objetos a los que ridiculizamos a través de unos ídolos, que no son sino una débil representación de estos. Profanar las reliquias, las imágenes de los santos, la hostia, el crucifijo, todo eso debe significar lo mismo, a los ojos del filósofo, que degradar una estatua pagana. Una vez que se ha condenado al desprecio a esas detestables insignificancias, es preciso que permanezcan así. No vale la pena preocuparse por ellas. De todo eso, lo mejor es conservar la blasfemia, y no porque aparente más la realidad, sino que desde el momento en que no existe Dios, ¿de qué serviría insultar su nombre? Pero sí es esencial pronunciar palabras fuertes o indecentes, cuando se está embriagado de placer. Es entonces cuando las maldiciones ayudan a excitar la imaginación. No hay que privarse de nada. Hay que adornar esas palabras con lujo de expresiones, es preciso escandalizar lo más que se pueda, puesto que es grato provocar escándalo, ya que se obtiene un pequeño triunfo para el orgullo que no conviene desestimar. Lo confieso, señoras mías, es una de mis satisfacciones secretas, hay pocas de ellas morales que exciten tanto mi imaginación. Póngalo en práctica, Eugenia, y verá que da resultado. Cuando se encuentre con muchachas de su edad que aún vegeten en las tinieblas de la superstición, debe hacer alarde de un extremo desacato. Divulgue los excesos y el libertinaje, adopte las poses de una libertina, muéstreles sus pechos. Si va con ellas a lugares clandestinos, levante su ropa y, disimula-

damente, deje que le vean las partes más secretas de su cuerpo. Exija lo mismo de ellas. Sedúzcalas, rételas, hágales ver lo ridículo de sus prejuicios. Déjelas en un estado lastimoso. Jure como un hombre delante de ellas. Si son más jóvenes que usted, tómelas por la fuerza. Diviértase con ellas y perviértalas, ya sea con el ejemplo o mediante consejos, o con todo aquello que considere apto para ello. Además, debe ser extremadamente libre con los hombres. Haga alarde de irreligiosidad e imprudencia ante ellos. No se asuste por las libertades que ellos se tomen, sino permítales, misteriosamente, todo aquello que los divierta pero sin que la comprometa. Déjese manosear por ellos. Mastúrbelos y que ellos la masturben. Ofrézcales incluso su trasero, pero, atenta a que el fantástico honor de las mujeres reside en las primicias que tiene por delante, hágales difícil el camino para llegar hasta allí. Una vez casada, tome criados y ningún amante, o bien soborne a personas confiables. Desde ese momento, estará protegida. Ya no debe temer por su reputación, y sin que nadie haya podido sospecharlo, habrá adquirido el arte de hacer todo lo que le guste.

Prosigamos: Los placeres de la crueldad son los terceros que prometimos analizar. Ese tipo de placeres son hoy muy comunes entre los hombres y he aquí el argumento con el cual los legitiman. Queremos nuevos placeres —dicen—. Es la meta de todo hombre que se entrega al placer, y queremos obtenerlos por los medios más intensos. Partiendo de ese punto, no se trata de saber si nuestros procedimientos gustarán o disgustarán al objeto que nos sirven, se trata sólo de sacudir nuestro sistema nervioso a través de los choques más violentos. Ahora bien, como es indudable que se experimenta el dolor con mayor intensidad que el placer, los choques que sentimos a raíz del dolor que producimos en los demás tendrán esencialmente una vibración mucho más intensa, repercu-

tirán en nosotros y pondrán violentamente en movimiento nuestros instintos animales que, conducidos a nuestras partes bajas por el movimiento de retrogradación que le es esencial, abrazarán de inmediato los órganos del placer, predisponiéndolos a ello. Los efectos del placer son siempre engañosos en las mujeres. Por otro lado, es muy difícil que un hombre feo o viejo pueda producirlos. ¿Logran alcanzar esos placeres? Cuando lo obtienen, son débiles, y los choques mucho menos intensos. Es preciso entonces preferir el dolor, cuyos efectos no pueden engañar y cuyas vibraciones son más intensas. Pero a los hombres aferrados a estas manías se les objeta que este dolor afecta al prójimo: ¿es caritativo hacer daño a los otros para deleitarse uno mismo? Los astutos te responderán que, acostumbrados durante el acto de placer a pensar en sí mismos y no en los demás, están persuadidos de que es algo muy simple, de acuerdo con los impulsos de la naturaleza, preferir lo que ellos sienten a lo que no sienten en absoluto. ¿Qué nos importan —se atreven a decir— los dolores que provocamos en el prójimo? ¿Los acusamos nosotros? No, al contrario, acabamos de demostrar que al producirlos sentimos una deliciosa sensación. ¿A título de qué vamos a ser cuidadosos con un individuo que no nos interesa para nada? ¿A título de qué evitaremos un dolor que no nos costará ni siquiera una lágrima y que, por el contrario, va a provocar con toda seguridad un enorme placer para nosotros? ¿Alguna vez hemos experimentado un solo impulso de la naturaleza que nos aconsejase preferir al otro y no a nosotros? ¿Acaso en este mundo cada uno no debe ocuparse de sí mismo? Nos hablan de una ilusoria voz de esta naturaleza, que nos dice que no debemos hacer a los otros lo que no queremos que nos hagan, pero este absurdo consejo sólo puede venir de los hombres, de los hombres débiles. Un hombre poderoso se cuidaría muy bien de utilizar ese lenguaje. Fueron los prime-

ros cristianos, quienes continuamente perseguidos por su imbécil sistema, gritaban a quien quisiera escucharlos: "¡No nos quemen, no nos lastimen! La naturaleza dice que no debemos hacer a los otros lo que no queremos que nos hagan." ¡Imbéciles! ¿Acaso la naturaleza, que siempre nos aconseja disfrutar, que jamás nos mueve a otra cosa que no sea gozar, podría unos instantes después, por una inconsecuencia sin par, asegurarnos que no debemos, sin embargo, deleitarnos si eso puede causar dolor a los otros? ¡Ah! Creámosle, Eugenia, creámosle. La naturaleza, madre de todos nosotros, sólo nos habla a nosotros. Nada es tan egoísta como su voz, y lo que con más claridad percibimos en ella es el inmutable y santo consejo de deleitarnos, no importa a expensas de quién. Pero los otros, dicen, pueden vengarse de eso... Excelente. Sólo el más fuerte tendrá razón. Entonces, hemos sido creados por ella para vivir en un estado permanente de guerra y de destrucción, y sólo es en ese estado como mejor le servimos y de donde saca la naturaleza mayores ventajas.

Mi querida Eugenia, así piensan esas personas. Por mi parte, debo agregar, según lo que me dicta la experiencia y el saber, que la crueldad, lejos de ser un vicio, es el principal sentimiento que nos inculca la naturaleza. El niño rompe su sonajero, muerde la teta de su nodriza y estrangula a su pájaro mucho antes de entrar en razón. La crueldad está impresa en los animales, entre los cuales, como creo haberte dicho, las leyes de la naturaleza se cumplen mucho más activamente que entre nosotros. La crueldad se encuentra también entre los salvajes, que están más próximos a la naturaleza que el hombre civilizado. Entonces, sería absurdo concluir que es una consecuencia de la depravación. Te repito que este sistema es falso. La crueldad está en la naturaleza. Nacemos con una dosis de crueldad que sólo la educación modifica. Pero la educación no está en la naturaleza: ella es tan perjudicial a los

sagrados designios de la naturaleza como los cultivos lo son para los árboles. Compare, en sus huertos, al árbol dejado a los cuidados de la naturaleza con el que crece bajo sus cuidados, exigiéndolo. Podrá ver cuál es el más bello y comprobar cuál da mejores frutos. La crueldad no es otra cosa que la energía del hombre, a la que aún no ha corrompido la civilización. Es una virtud, no un vicio. Despójese de sus leyes, de sus castigos, de sus costumbres, y la crueldad ya no tendrá efectos peligrosos, puesto que ella jamás podrá actuar sin que sea repelida por las mismas vías. Es en el estado de civilización donde se vuelve peligrosa, ya que la persona lesionada casi siempre carece de fuerza o de medios para responder a la injuria. Pero también en la vida civilizada, cuando actúa sobre el fuerte, éste responderá de la misma manera y, si actúa sobre el débil, como no hace otra cosa que lesionar a un ser que se somete al más fuerte por las leyes de la naturaleza, no experimentará el más mínimo inconveniente.

No analizaremos la crueldad de los hombres durante sus actos lúbricos. Dentro de poco, verá, Eugenia, los diferentes excesos a los que los lleva aquélla. Su ardiente imaginación debe alcanzarle para comprender que para un alma firme e insensible no debe haber límites. Nerón, Tiberio y Rehogábalo inmolaban a niños para obtener erección. El mariscal de Retz, Charoláis, el tío de Condé, también cometieron asesinatos, inspirados por su libertinaje. El primero confesó en su interrogatorio que nada le producía tanto placer como el que obtenía a través de los tormentos infligidos por él y su capellán a niños de ambos sexos. En uno de sus castillos de Bretaña, se encontraron los cadáveres de unos ochocientos de ellos que habían sido inmolados. Le acabo de probar que todo eso es posible. Nuestra constitución, nuestros órganos, el fluido de los licores, la energía de los espíritus animales, ésas son las causas físicas que hacen surgir, al mismo tiempo, a los

Titos o a los Nerones, a las Mesalinas o a las Chántales. No debemos enorgullecemos de la virtud ni arrepentimos del vicio. Asimismo, es preciso dejar de acusar a la naturaleza por habernos creado buenos o por habernos hecho nacer perversos. Ella ha actuado de acuerdo a sus intenciones, sus planes y sus necesidades. Sometámonos a ellos. Aquí me limitaré a analizar la crueldad de las mujeres, entre las que se da con mucha mayor intensidad que entre los hombres debido a la poderosa razón de la excesiva sensibilidad de sus órganos.

En general, distinguimos dos tipos de crueldad: la que nace de la estupidez y que, al no ser nunca producto de la razón y de la reflexión, asimila al individuo así nacido con el animal feroz. Esa crueldad no provoca ningún placer, puesto que quien es propenso a ella no está preparado para realizar ninguna indagación. Las brutalidades que comete un ser de esas características son raramente peligrosas, pero es fácil estar a salvo de ellas. El segundo tipo de crueldad, fruto de la suprema sensibilidad de los órganos, sólo es experimentada por seres extremadamente delicados, y los excesos a los que ella los conduce no son sino refinamientos de su delicadeza. Esta delicadeza, que no tarda en debilitarse, debido a su excesiva finura, pone en práctica todos los recursos de la crueldad para salir de su embotamiento. ¡Hay muy pocas personas que entiendan esas diferencias!... ¡Qué pocas son las que las sienten! Pero es indudable que existen. Ahora bien, es a este segundo género de crueldad al que por lo general se inclinan las mujeres. Estúdielas bien y determinará, si acaso, no es el exceso de sensibilidad lo que las conduce a ello. Verá si no es la intensa actividad de su imaginación, la fuerza de su espíritu, lo que las vuelve depravadas y feroces. También, todas suelen ser encantadoras. Sin embargo, no hay una sola de estas crueldades que no haga volver la cabeza a quien la emprende.

Desgraciadamente, la rigidez o más bien lo absurdo de nuestras costumbres no les da oportunidad de alimentar su crueldad. Se ven obligadas a esconderse, a disimular y a disfrazar sus inclinaciones a través de públicos actos de caridad, que en el fondo de su alma detestan. Estas mujeres sólo pueden librarse de sus inclinaciones ocultándolas bajo el más tupido velo, adoptando todas las precauciones posibles y mediante la ayuda de amigos fiables. Como hay muchísimas mujeres de esta condición, por lo tanto, hay muchísimas desgraciadas. ¿Quieres conocerlas? Anúncieles un espectáculo cruel, un incendio, una batalla, un combate de gladiadores, y verá cómo acuden de inmediato. Pero no hay demasiadas ocasiones con las que alimentar su furor, deben reprimirlo y sufren por ello.

Echemos una rápida ojeada a este tipo de mujeres. Zingua, una reina de Angola famosa por su extrema crueldad, sacrificaba a sus amantes una vez que habían gozado de ella. A menudo, hacía combatir a los guerreros ante su presencia, siendo ella misma el premio otorgado al vencedor. Para divertirse, hacía triturar en un mortero a todas las mujeres menores de treinta años que habían quedado embarazadas. Zoé, la esposa de un emperador chino, no disfrutaba de un placer mayor que el de ver ejecutar a los reos; o bien, en su defecto, hacía inmolar a algunos esclavos mientras se entregaba a la lujuria con su marido, y el clímax de su placer era proporcional a los tormentos que padecían aquellos desgraciados. Fue ella la que inventó, llevando al refinamiento más extremo los suplicios sancionados a sus víctimas, esa famosa columna de bronce hueca, que se ponía al rojo vivo después de haber encerrado en ella a la persona que iba a ser torturada. Teodora, la mujer de Justiniano, se divertía viendo cómo algunos hombres se convertían en eunucos, y Mesalina se masturbaba mientras veía a los hombres caer extenuados tras ser sometidos al mismo procedimiento. Las mujeres

de Florida hacían crecer el miembro de su marido y colocaban sobre el glande unos pequeños insectos que les provocaban horribles dolores; para realizar esta operación los ataban y se reunían varias en torno de un solo hombre para un mejor cumplimiento de sus objetivos. Desde que aparecieron los conquistadores, ellas mismas los sujetaban mientras éstos los asesinaban. La Voisin y la Brinvilliers envenenaban por el solo placer de cometer un crimen. En una palabra, la historia nos ofrece miles de ejemplos acerca de la crueldad de las mujeres. Sería deseable que, en función de esa inclinación natural, se acostumbrasen a practicar activamente la flagelación, que es el medio por el cual los hombres crueles consiguen desahogarse. Algunas de ellas lo hacen, lo sé, pero su uso entre las mujeres aún no se ha extendido hasta el punto que considero óptimo. La sociedad se beneficiaría si las mujeres hiciesen un uso intensivo de este medio para desahogar su barbarie. Pero, al no poder descargar su maldad de esta manera, recurren a otras, y al expandir su veneno en el mundo, provocan la desesperación de sus esposos y demás familiares. La negativa a realizar una buena acción cuando la ocasión se presenta, como por ejemplo la de socorrer al desdichado, les brinda la oportunidad, si se quiere, de dar rienda suelta a esa ferocidad hacia la que se sienten naturalmente inclinadas. Sin embargo, esto no es suficiente y está muy lejos de satisfacer la necesidad que tienen de hacer el mal. Sin duda, debe haber otros medios por los cuales una mujer, sensible y feroz al mismo tiempo, pudiese calmar sus fogosas pasiones, pero son peligrosos, Eugenia, y no me atrevería a aconsejárselos... ¡Oh, cielos! ¿Qué le pasa, querido ángel?... Señora, ¡mire en qué estado está su alumna!...

EUGENIA *(Masturbándose.)*: ¡Ah! ¡Jodido Dios! Me trastorna la cabeza... ¡Éstos son los resultados de sus depravadas lecciones!

Dolmancé: ¡Ayudémosla, señora, ayudémosla!... ¿Vamos a dejar que esta bella niña se nos vaya sin ayuda alguna?

Señora de Saint-Ange: ¡Oh! ¡Sería injusto! *(La toma entre sus brazos.)* Adorable criatura, ¡jamás he visto una sensibilidad como la suya, una cabeza tan deliciosa!

Dolmancé: Ocúpese de lo de adelante, señora. Con mi lengua voy a lamer el pequeño orificio de su trasero, mientras doy unas leves palmadas a sus nalgas. Debe eyacular de esta manera en nuestras manos, siete u ocho veces al menos.

Eugenia *(Fuera de sí.)*: ¡Ah! ¡Por Dios! ¡No será difícil!

Dolmancé: Por la postura en la que nos encontramos, señoras mías, noto que podrían turnarse para succionar mi miembro. Así, excitado, tendré más energía para satisfacer los deseos de su encantadora alumna.

Eugenia: Querida mía, te disputo el honor de succionar este bello miembro. *(Lo toma.)*

Dolmancé: ¡Ah! ¡Qué delicias!... ¡Qué calor más placentero!... Pero, Eugenia, ¿se comportará bien cuando llegue a la culminación?

Señora de Saint-Ange: Tragará..., tragará, respondo por ella, y por otra parte, si por infantilismo o por cualquier otra causa, ella descuidara los deberes que aquí le impone la lubricidad...

Dolmancé *(Muy excitado.)*: ¡No se lo perdonaría, señora, no se lo perdonaría!... Un castigo ejemplar... Le juro que será azotada... ¡hasta que le brote la sangre!... ¡Ah, jodido Dios! Me voy... ¡Mi semen fluye!... Trague..., trague, Eugenia, y ¡que no se pierda ni una sola gota!... Y usted, señora, encárguese de mi trasero, se lo ofrezco a usted... ¿No ve cómo se abre mi culo?... ¿Acaso no ve cómo necesita de sus dedos?... ¡Dios! Mi éxtasis es total... ¡Húndalos hasta el puño! ¡Ah! Calmémonos, no puedo más... Esta

encantadora niña me ha succionado como un ángel...

EUGENIA: Mi querido y adorado maestro, no he dejado caer ni una sola gota. Béseme, querido amor, su semen está ahora en el fondo de mis entrañas.

DOLMANCÉ: ¡Es deliciosa!... ¡Y cómo se ha descargado la sinvergüenza!...

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Está inundada!... ¡Oh, cielos! ¡Me parece oír algo!... Llaman. ¿Quién será el que viene a molestarnos?... Es mi hermano... ¡qué imprudente!...

EUGENIA: Pero, querida, ¡esto es una traición!

DOLMANCÉ: Sin par, ¿verdad? No temas, Eugenia, sólo trabajamos para tus placeres.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Ah! ¡Pronto vamos a convencerte! Acércate, hermano, y ríete de esta jovencita que se esconde para que no la veas.

CUARTO DIÁLOGO

Señora de Saint-Ange, Eugenia, Dolmancé, El Caballero de Mirvel

El Caballero: Nada debes temer. Te suplico que confíes en mi discreción, bella Eugenia: es absoluta. Están aquí mi hermana y mi amigo, que pueden responder por mí.

Dolmancé: Sólo deseo terminar de una vez con este ridículo ceremonial. Vamos, caballero, instruyamos a esta bonita joven, enseñémosle todo lo que deba saber una señorita de su edad, y para una mejor instrucción, no dejaremos de unir la práctica a la teoría. Le falta la escena de un miembro que eyacule. Ya que estamos en ello, ¿quieres darnos un ejemplo?

El Caballero: Es una propuesta demasiado agradable como para rechazarla, y la señorita tiene los suficientes encantos como para que la lección tenga los efectos deseados.

Señora de Saint-Ange: ¡Adelante, entonces! ¡Manos a la obra!

Eugenia: ¡Oh, de verdad, es demasiado fuerte! Abusas de mi juventud hasta un extremo... Pero ¿por quién me va a tomar el señor?

El Caballero: Por una encantadora joven, Eugenia... Por la criatura más adorable que he visto en mi vida. *(La besa y con sus manos recorre sus encantos.)* ¡Oh, Dios! ¡Qué atractivos tan frescos y graciosos!...

¡Qué encantos más seductores!...

DOLMANCÉ: Hablemos menos, caballero, y actuemos más. Voy a dirigir el cuadro escénico, es mi derecho, con el objeto de mostrarle a Eugenia el mecanisno de la eyaculación. Pero, como es difícil que pueda observar semejante fenómeno a sangre fría, vamos a colocarnos los cuatro de frente y muy cerca el uno del otro. Masturbará a su amiga, señora. Yo me encargaré del caballero. Cuando se trata de masturbar a un hombre, otro hombre lo hace infinitamente mejor que una mujer. Como sabe lo que le conviene, conoce perfectamente lo que hay que hacer a los otros... Vamos, coloquémonos. *(Se acomodan.)*

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¿No estamos demasiado juntos?

DOLMANCÉ *(Apoderándose del caballero.)*: Nunca lo estaríamos demasiado, señora. Es preciso que el pecho y el rostro de su amiga queden inundados con las pruebas de la virilidad de tu hermano. Debe arrojarle su semen en las narices. Como soy el maestro de la bomba, dirigiré las olas de tal modo que cubran a Eugenia por completo. Durante todo este tiempo debe masturbarla pacientemente en las partes más lúbricas de su cuerpo. Eugenia, libere por completo su imaginación a las más grandes perdiciones del libertinaje. Piense que los más bellos misterios van a consumarse ante tus ojos. Olvide sus prejuicios, el pudor nunca fue una virtud. Si la naturaleza hubiese querido que nos ocultásemos mutuamente algunas partes del cuerpo, ella misma hubiese tomado las debidas precauciones. Pero nos ha creado desnudos. En consecuencia, quiere que andemos desnudos, y si hacemos lo contrario, ultrajamos sus leyes. Los niños, que aún no tienen conciencia del placer, y en consecuencia de la necesidad de volverse recatados, cuando esos placeres son más intensos, muestran todo lo que llevan. A veces, uno se encuentra con hechos aún más curiosos: hay países en los que el

pudor en el vestir es un hábito, sin que exista la sobriedad en sus costumbres. En Otaití, las jóvenes van vestidas, pero se arremangan la ropa cuando se les exige.

Señora de Saint-Ange: Lo que me gusta de Dolmancé es que no pierde el tiempo. Sin dejar de explicar, mira cómo actúa, cómo examina el soberbio culo de mi hermano, cómo masturba sensualmente el bello miembro de este joven... Vamos, Eugenia, ¡manos a la obra! El tubo de la bomba está en el aire, pronto va a inundarnos.

Eugenia: ¡Ah, querida amiga, qué miembro tan monstruoso!... ¡Apenas puedo sujetarlo!... ¡Oh, Dios mío! ¿Todos son tan grandes como éste?

Dolmancé: Ya sabe, Eugenia, que el mío es mucho más pequeño. Tales artefactos producen un gran temor en una joven. No está desacertada al pensar que aquél te podría perforar con peligro.

Eugenia *(Ya masturbada por la señora de Saint-Ange.)*: ¡Ah! ¡Desafiaría a quien fuese para gozarlo!...

Dolmancé: Y haría bien, una joven jamás debe asustarse por algo semejante. La naturaleza lo consiente y los torrentes de placer con los que la colmará pronto la recompensarán de los pequeños dolores que los preceden. He visto a muchachas más jóvenes soportar un miembro más grande aún. Con valor y con paciencia se superan los más grandes obstáculos. Es una locura pensar que se deba, en la medida de lo posible, desvirgar a una jovencita con un miembro muy pequeño. A mí me parece, por el contrario, que una joven virgen debe entregarse a los artefactos más grandes que pueda encontrar, para que una vez rotos los ligamentos del himen, con mayor rapidez, puedan definirse rápidamente en ella las sensaciones de placer. Es cierto que una vez acostumbrada a este régimen, le será difícil adaptarse a otro mediano. Pero si la joven es rica, joven y bella, encontrará el tamaño que desee. Que se mantenga firme en ello. Ahora

bien, ¿qué ocurriría si se le presentase uno de menor tamaño y tuviese no obstante deseo de hacer uso de él? Que lo coloque entonces en su trasero.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Sin duda, ella se servirá de ambos al mismo tiempo con el objeto de encontrar mayor placer aún. Que las sacudidas de placer con las que agitará al que la penetre por delante sirvan para precipitar al éxtasis a aquel que introduce el miembro en su trasero, y que inundada por el semen de ambos, se muera de placer derramando el suyo.

DOLMANCÉ *(Es preciso remarcar que las masturbaciones se realizan mientras se dialoga.)*: Me parece que en el cuadro que ha descrito, señora, deberían entrar dos o tres miembros más. La mujer que has colocado de la manera que acabas de contar, ¿no podría acaso tener un miembro en la boca y uno en cada mano?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: También podría tenerlos debajo de las axilas y entre los cabellos... Debería rodearse de unos treinta, si fuera posible. En ese caso, sólo tendría que tener, tocar y devorar los miembros que estén alrededor de ella, y ser inundada por todos en el preciso momento en que ella misma se vaya. ¡Ah!, Eugenia, por más puta que seas, te desafío a que me iguales en estos deliciosos combates de la lujuria... En este género de cosas, hago todo lo que sea posible.

EUGENIA *(Sin dejar de ser masturbada por su amiga, al igual que el caballero lo es por Dolmancé.)*: ¡Ah, querida... me vuelves loca!... ¡Cómo podría entregarme... a muchísimos hombres!... ¡Oh, qué delicias!... ¡Cómo me masturbas, amiga mía!... ¡Eres la diosa misma del placer!... Y este hermoso miembro, ¡cómo se hincha!... ¡Cómo se hincha y se enrojece su majestuosa cabeza!...

DOLMANCÉ: Está a punto de descargarse.

EL CABALLERO: Eugenia..., hermana..., aproxímense... ¡Ah! ¡Qué pechos tan divinos!... ¡Qué muslos más

suaves y rollizos!... Eyaculen ambas, ¡mi semen va a unirse con el de ustedes!... ¡Me voy!... ¡Oh, jodido Dios!... *(Mientras se produce este éxtasis, Dolmancé dirige las olas de esperma de su amigo hacia ambas mujeres, y principalmente hacia Eugenia, quien es inundada.)*

EUGENIA: ¡Qué hermoso espectáculo!... ¡Cuán noble y majestuoso es!... Me encuentro completamente cubierta... ¡Me ha saltado hasta en los ojos!...

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Espera, vida mía, déjame juntar esas perlas preciosas. Voy a frotar tu clítoris para que puedas acabar más pronto.

EUGENIA: ¡Oh, sí, querida! ¡Oh, sí! Es una idea deliciosa... Hazlo, voy corriendo a tus brazos.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Divina criatura, bésame, una y mil veces!... Déjame succionar tu lengua... ¡Así puedo respirar tu cálido aliento cuando está abrasado por el fuego del placer!... ¡Ah! ¡Por Dios, yo misma me voy!... Hermano mío, ¡te lo ruego!...

DOLMANCÉ: Sí, caballero... Sí, masturba a tu hermana.

EL CABALLERO: Me gusta más penetrarla. Aún tengo erección.

DOLMANCÉ: ¡Bien! Penétrala mientras me ofreces el trasero. Yo lo haré durante este placentero incesto. Eugenia va a hacerlo con este artefacto. Como está destinada a desempeñar todos los papeles de la lujuria, es preciso que se ejercite en su cumplimiento con las lecciones que aquí le damos.

EUGENIA *(Colocándose el consolador.)*: ¡Oh, con mucho gusto! Tratándose de obscenidad, jamás me negaré. Ahora es mi único dios, la única regla para mi conducta, la base de todas mis acciones. *(Penetra a Dolmancé.)* ¿Así, querido maestro?... ¿Lo hago bien?...

DOLMANCÉ: ¡De maravilla!... De verdad, ¡la sinvergüenza lo hace como un hombre!... ¡Bien! Me parece que los cuatro estamos bien enlazados. Ahora debemos acabar.

Señora de Saint-Ange: ¡Ah, me muero, caballero!... ¡No puedo resistir las deliciosas sacudidas de tu hermoso miembro!...

Dolmancé: ¡Santo Dios! ¡Qué placer me da este encantador culo!... ¡Ah, Dios, acabemos los cuatro a la vez!... ¡Dios mío! ¡Me muero, me muero!... ¡Ah, en mi vida he eyaculado tan apasionadamente! ¿Has perdido tu esperma, caballero?

El Caballero: Mira qué embadurnado está este coño.

Dolmancé: ¡Ah, amigo mío, si pudiese tener otro tanto en mi trasero!

Señora de Saint-Ange: Descansemos, me muero.

Dolmancé *(Besando a Eugenia.)*: Esta encantadora niña me ha gozado como un dios.

Eugenia: De verdad, he sentido mucho placer al hacerlo.

Dolmancé: Cuando se es una libertina hay que entregarse a todos los excesos, y lo mejor que puede hacer una mujer es multiplicarlos, incluso más allá de lo posible.

Señora de Saint-Ange: He depositado quinientos luises en casa de un notario para el individuo que me introduzca en una pasión que no conozca y que pueda sumergir mis sentidos en una satisfacción de la que jamás haya gozado.

Dolmancé *(Aquí los interlocutores se reacomodan y se dedican a conversar)*: Es una idea curiosa y podría adoptarla, pero dudo, señora, que ese deseo tan singular que persigue pueda parecerse a los delicados placeres que acabas de disfrutar.

Señora de Saint-Ange: ¿Cómo?

Dolmancé: Para ser franco, no conozco nada más fastidioso que el goce del coño, y cuando se ha probado el placer del culo, como es su caso, señora, no entiendo cómo se puede volver a los otros.

Señora de Saint-Ange: Son viejos hábitos.

Cuando se piensa como yo, se desea ser gozada por todos los sitios, y cualquiera que sea la parte que un aparato perfore, siempre se es feliz al sentirlo. Sin embargo, tengo en cuenta su recomendación y puedo asegurar a todas las mujeres apasionadas que el placer que experimentarán siendo penetradas por el culo sobrepasará en mucho al que obtengan por el coño. Sino que se remitan a la mujer europea que más lo ha hecho, de una y de otra manera. No se pueden comparar. Será muy difícil volver a hacerlo por delante cuando lo hayan experimentado por detrás.

El Caballero: No pienso lo mismo, en absoluto. Me presto a todo lo que sea, pero en realidad, para gozar con las mujeres, prefiero el altar que indica la naturaleza para rendirle homenaje.

Dolmancé: ¡Bien! ¡Pero es el culo! Jamás la naturaleza, mi querido caballero, si analizas detenidamente sus leyes, ha indicado otros altares para nuestros homenajes que no sea el orificio de atrás. Permite lo demás, pero ha dispuesto que sea en el trasero. ¡Ah, santo Dios! Si no hubiese sido su intención que penetrásemos culos, ¿habría hecho tan proporcionado su orificio a nuestros miembros? ¿Acaso este orificio no es redondo como ellos? Sólo un insensato puede pensar que un agujero ovalado pueda haber sido creado por la naturaleza para ser penetrado por miembros redondos. Pueden leerse sus intenciones en esta deformidad; a través de ésta, la naturaleza nos hace ver con toda claridad que los sacrificios reiterados en esta parte la disgustarían terriblemente, al multiplicar la propagación que no es sino un permiso que nos concede. Pero prosigamos con nuestra instrucción. Eugenia acaba de ver con toda claridad el sublime misterio de la eyaculación. Ahora, me gustaría que aprendiese a dirigir las olas.

Señora de Saint-Ange: En el estado en el que se encuentran ambos, les costará no poco esfuerzo.

Dolmancé: De acuerdo. Por tal razón, desearía que

pudiésemos contar con algún joven robusto, ya sea de su casa o de sus campos, para que nos sirva de modelo al dar nuestras lecciones.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Tengo exactamente lo que necesita.

DOLMANCÉ: ¿No será por casualidad un joven jardinero de rostro delicioso, de unos dieciocho o veinte años, que hace un momento vi trabajando en su huerto?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Agustín! Sí, precisamente Agustín. ¡Su miembro tiene trece pulgadas de largo y ocho y media de circunferencia!

DOLMANCÉ: ¡Santo cielo! ¡Qué monstruo!... ¿Y eso eyacula?...

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Oh! ¡Como un torrente!... Voy a buscarlo.

QUINTO DIÁLOGO

DOLMANCÉ, EL CABALLERO, AGUSTÍN, EUGENIA, SEÑORA DE SAINT-ANGE

SEÑORA DE SAINT-ANGE (*Trayendo a Agustín.)*: Éste es el hombre de quien les hablé. Vamos, amigos, a divertirse. ¿Qué sería de la vida sin el placer?... ¡Acércate, bendito Agustín!... ¡Oh, el idiota!... ¿Pueden creer que hace seis meses que trabajo para pulir a este gran cerdo y aún no he logrado acabar con ello?

AGUSTÍN: ¡Oh, señora! A pesar de que algunas veces me dice que empiezo a no ir tan mal, en cuanto se presenta un terreno baldío, siempre me lo da a mí.

DOLMANCÉ: ¡Ah, encantador, encantador! El buen amigo es tan sincero como fresco... *(Mostrándole a Eugenia.)* Agustín, aquí tienes un banquete de flores silvestres; ¿quieres servirte de ellas?

AGUSTÍN: ¡Ah! ¡Diablos! Señor, tan deliciosos bocados no han sido hechos para mí.

DOLMANCÉ: Vamos, señorita.

EUGENIA (*Ruborizándose.)*: ¡Oh, cielos! ¡Qué vergüenza tengo!

DOLMANCÉ: Aleje de usted ese cobarde sentimiento. De todas nuestras acciones, y sobre todo las del libertinaje, al estar inspiradas por la naturaleza, no hay ninguna, cualquiera sea su especie, por la que debamos avergonzarnos. Vamos, Eugenia, compórtese como una puta con este hombre. Piense que toda provocación de una joven a

un muchacho es una ofrenda a la naturaleza, y que su sexo no tiene mejor manera de servirla que prostituirse al nuestro. En una palabra, ha nacido para ser penetrada, y la mujer que rechaza esa intención que la naturaleza tiene para con ella, no merece vivir. Usted misma baje los calzones de este joven hasta la base de sus bellos muslos, enrolle su camisa debajo de su chaqueta, que lo que tiene por delante... y por detrás (muy hermoso, por cierto) quede a su disposición... Que una de sus manos se apodere de este gran pedazo de carne, que pronto, lo veo, la va a espantar por su forma, y que la otra se pasee por sus nalgas y acaricie así el culo... Sí, así... *(Para mostrar a Eugenia de qué se trata, él mismo masturba a Agustín.)* Descubra esa sanguínea cabeza, jamás la recubra al masturbarla. Manténgala desnuda..., tense el frenillo hasta romperlo... ¡Bien! ¿Ha visto ya el efecto de mis lecciones?... Y tú, niño, te lo ruego, no te quedes de brazos cruzados, ¿acaso no tienes en qué ocuparlas?... Recorre con ellas esos bellos senos, esas hermosas nalgas...

AGUSTÍN: Señora, ¿podría besar a esta señorita que me proporciona tanto placer?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Vaya! Bésala, imbécil, bésala todo lo que quieras. ¿Acaso no me besas cuando me acuesto contigo?

AGUSTÍN: ¡Ah! ¡Hermosa boca!... ¡Qué fresca es!... ¡Es como si hubiese posado la nariz sobre las rosas de nuestro jardín! *(Mostrando su miembro rígido.)*: ¡Ya puedes ver, señor, el efecto que esto produce!

EUGENIA: ¡Oh, cielos!... ¡Cómo se alarga!...

DOLMANCÉ: Que sus movimientos sean ahora más ordenados, más enérgicos... Déjeme el lugar un momento y mire bien cómo hago. *(Masturba a Agustín.)* ¿Ve como estos movimientos son más firmes y al mismo tiempo más suaves?... Ahí lo tiene, continúe, y sobre todo, no la recubra... ¡Bien! Ahí está en todo su esplendor, comprobemos

ahora si es verdad que lo tiene más grande que el caballero.

Eugenia: No lo dude. Ya ve que no puedo agarrarlo.

Dolmancé *(Mide.)*: Sí, tiene razón, trece de largo sobre ocho y medio de circunferencia. Jamás he visto algo más grande. Esto es lo que se dice un soberbio miembro. ¿Se aprovecha de él, señora?

Señora de Saint-Ange: Cuando estoy en estos campos, lo hago de modo regular todas las noches.

Dolmancé: ¿Pero en el trasero?

Señora de Saint-Ange: Más a menudo que en la vagina.

Dolmancé: ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Qué indecencia!... Yo, para ser franco, no sé si lo soportaría.

Señora de Saint-Ange: No se haga el estrecho, Dolmancé. Entrará en su culo como en el mío.

Dolmancé: Ya veremos. Espero que Agustín me haga el honor de arrojarme un poco de semen en el trasero. Se lo devolveré. Pero continuemos nuestra lección... Vamos, Eugenia, la serpiente va a vomitar su veneno. Prepárese, fije la mirada en la cabeza de este sublime miembro, y cuando la vea hincharse y teñirse del más bello púrpura, señal de que está a punto de eyacular, que sus movimientos tengan la mayor energía posible; que los dedos que acaricien el ano se hundan lo más que puedan. Entréguese por entero al libertino que se divierte con usted. Busque su boca para chuparla y que sus encantos vuelen, por así decirlo, delante de sus manos... Eyacule, Eugenia, es el momento de su triunfo.

Agustín: ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! Señorita, me muero, ¡me muero!... ¡No puedo más! Más fuerte, se lo ruego... ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Se me nubla la vista!...

Dolmancé: ¡Salga, Eugenia! ¡Más fuerte! No tenga miramientos, hasta la embriaguez... ¡Ah, qué esperma más abundante!... ¡Con qué vigor es arrojado!... Mira las huellas del primer lance, ha saltado a más de diez pies... ¡Dios! ¡La

habitación está llena!... Jamás he visto una descarga como ésta, y él, señora, diga, ¿la ha gozado esta noche?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Ha dado nueve o diez golpes, creo, hace mucho tiempo que hemos dejado de contarlos.

EL CABALLERO: Bella Eugenia, está cubierta.

EUGENIA: Quisiera estar inundada. *(A Dolmancé.)*: Y bien, maestro, ¿está contento?

DOLMANCÉ: Está muy bien para ser la primera vez. Pero ha descuidado ciertos detalles.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Esperemos, no pueden ser sino fruto de la inexperiencia. Por mi parte, lo confieso, estoy muy contenta de mi Eugenia. Muestra una gran predisposición, y creo que ahora debemos dejarla gozar con otro espectáculo. Hagámosle ver los efectos de un miembro en el culo. Dolmancé, le ofrezco el mío. Me pondré en los brazos de mi hermano y él me penetrará por la vagina, usted entrará por detrás, y será Eugenia quien prepare su miembro, quien lo coloque en el trasero, quien dirigirá todos los movimientos y los estudie para que se familiarice con esta operación, a la que la someteremos después con la ayuda del enorme miembro de este hércules.

DOLMANCÉ: Eso me agrada, y este bonito trasero pronto será desgarrado ante nuestros ojos por las violentas sacudidas del bravo Agustín. Apruebo lo que propones, señora, pero, si quiere que la trate bien, permítame poner una cláusula: Agustín, a quien se lo pondré rígido en dos vueltas de puño, me penetrará por el trasero mientras la sodomizo.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Apruebo totalmente esa cláusula. Salgo beneficiada con ella y mi alumna recibirá dos excelentes lecciones en vez de una.

DOLMANCÉ (*Apoderándose de Agustín.)*: Ven, muchachote, que voy a reanimarte... ¡Qué hermoso es!... Bésame, querido amigo... Aún estás mojado de semen y es eso lo que te pido... ¡Ah! ¡Santo Dios! Tengo que

lamerle el trasero, ¡masturbarlo por completo!...

El Caballero: Acércate, hermana mía. A fin de responder a los deseos de Dolmancé y a los tuyos, voy a extenderme sobre este lecho. Entonces, te acostarás en mis brazos, ofreciéndole tus hermosas nalgas lo más separadas posible... Sí, así. Podemos comenzar cuando quieras.

Dolmancé: Espera, todavía no. Primero, debo metérselo a tu hermana, puesto que Agustín me lo sugiere... Luego los juntaré, mis dedos deben unirlos. No olvidemos dos principios: pensemos que una alumna nos está observando y que debemos ser exactos en nuestras lecciones. Eugenia, va a masturbarme mientras hago que se decida el enorme artefacto de este mal sujeto. Mantenga la erección de mi miembro, masturbándolo levemente sobre sus nalgas... *(Ella lo hace.)*

Eugenia: ¿Lo hago bien?

Dolmancé: Hay demasiada suavidad en tus movimientos. Tiene que apretar mucho más el miembro que masturba, Eugenia. Si la masturbación es más agradable sólo por el hecho de que con ella el miembro está más apretado que en el goce, es preciso entonces que la mano coopere, para que el artefacto que manipule se convierta en un sitio infinitamente más estrecho que ninguna otra parte del cuerpo... ¡Mejor así!... ¡Esto está mejor!... Separa el trasero un poco más, a fin de que con cada sacudida la cabeza de mi miembro toque el orificio de su culo... Sí, ¡así!... Mientras tanto, masturba a tu hermana, caballero. En un minuto estaremos contigo. ¡Ah, bien! Mi hombre lo tiene rígido... Vamos, prepárese, señora. Abra ese sublime culo a mi impúdico ardor. Conduzca el dardo, Eugenia, es preciso que sea su mano la que lo conduzca a la brecha, que sea ella la que lo haga penetrar. Una vez que esté dentro, se ocupará del miembro de Agustín, con el que llenará mis entrañas. Son los deberes de una novicia. Todo esto es muy instructivo, por eso se lo hago hacer.

Señora de Saint-Ange: ¿Mis nalgas están a su alcance, Dolmancé? ¡Ah, mi ángel, si supiera cuánto lo deseo! ¡Cuánto tiempo hace que deseo ser penetrada por un bribón!

Dolmancé: Sus deseos serán cumplidos, señora. Pero debe esperar a que me detenga un momento ante los pies del ídolo, quiero agasajarlo antes de introducirme en su santuario... ¡Qué culo tan divino!... ¡Debo besarlo!... ¡Lamerlo una y mil veces!... ¡Tome, aquí lo tiene, el miembro que deseaba!... ¿Lo siente, sinvergüenza? Diga, diga, ¿siente cómo penetra?...

Señora de Saint-Ange: ¡Ah, introdúzcalo hasta mis entrañas!... ¡Oh, dulce placer, cuánto dominio ejerce sobre mí!

Dolmancé: ¡En mi vida he gozado un culo como éste! ¡Hasta es digno de Ganimedes! Vamos, Eugenia, ocúpese de que Agustín lo introduzca ahora mismo en mi trasero.

Eugenia: Aquí está, se lo traigo. *(A Agustín.)*

Agustín: Lo veo bien... ¡señorita! ¡Ahí hay lugar!... Al menos ahí entraré mejor que en el suyo, señorita. Béseme un poco que así entraré mejor.

Eugenia *(Abrazándolo.)*: ¡Oh! Todo lo que quiera, ¡es usted tan atrevido!... ¡Empuje, entonces!... ¡Qué pronto ha sido engullida la cabeza!... ¡Ah...! Me parece que el resto no tardará...

Dolmancé: Empuja, empuja, amigo mío... Desgárrame, si es preciso... Toma, mira cómo se presta mi culo... ¡Ah! ¡Jodido Dios! ¡Qué maza!... Jamás he recibido algo parecido... ¿Cuántas pulgadas quedan afuera, Eugenia?

Eugenia: ¡Apenas quedan dos!

Dolmancé: ¡Entonces tengo once dentro de mi culo!... ¡Qué delicia!... ¡Me revienta, no puedo más!... Vamos, caballero, ¿estás listo?...

El Caballero: Prueba y di lo que piensas.

Dolmancé: Vengan, hijos míos. Ayudaré con el mayor gusto a consumar este divino incesto. *(Introduce el miembro del caballero en el coño de su hermana.)*

Señora de Saint-Ange: ¡Ah! Amigos, mírenme, penetrada por los dos lados... ¡Santo Dios! ¡Qué divino placer!... No hay nada parecido a esto en todo el mundo... ¡Ah! ¡Compadezco a la mujer que no lo haya probado!... Sacúdame, Dolmancé, sacúdame... Fuérceme por la violencia de sus movimientos a precipitarme en la espada de mi hermano, y tú, Eugenia, contémplame. Mírame en el vicio. Con mi ejemplo, aprende a gozarlo con delirio, a saborearlo con delicia... Mira, mi amor, mira todo lo que hago a la vez: ¡escándalo, seducción, mal ejemplo, incesto, adulterio, sodomía!... ¡Oh, Lucifer! ¡Solo y único Dios de mi alma, inspírame alguna cosa más, ofrece nuevas perdiciones a mi corazón y verás cómo me entrego a ellas!

Dolmancé: ¡Apasionada criatura! ¡Cómo estimulas mi semen, cómo apresuras su descarga con tus palabras y el intenso calor de tu culo!... Todo hará que me vaya en seguida... Eugenia, encienda la furia del que me penetra, apriete sus flancos, abra sus nalgas. Ya conoce el arte de reanimar unos deseos fluctuantes... Con sólo acercarse dará fuerza al miembro que me penetra... Lo siento, sus sacudidas son cada vez más intensas... Pícara, debo cederle lo que no hubiese querido deber más que a mi culo... Caballero, me voy, lo siento... ¡Espérame!... ¡Espéranos! ¡Oh, amigos, debemos irnos juntos. Es el mejor placer de la vida!...

Señora de Saint-Ange: ¡Ah! Dispara cuando quieras... por mí... ¡No puedo contenerme más! ¡Me voy!... Inúndenme, amigos... Inunda a tu prostituta... Lanza las olas de tu espumoso semen hasta el fondo de su alma encendida: ¡sólo existe para recibirlos!... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!... ¡Qué increíble exceso de deleite!... ¡Me muero!... Eugenia, tengo que besarte, comerte, devorar tu semen

mientras pierdo el mío... *(Agustín, Dolmancé y el caballero hacen coro. El temor a ser monótono nos impide reproducir unas expresiones que se parecen a todas las que se pronuncian en momentos como éstos.)*

DOLMANCÉ: Es uno de los mayores placeres que haya tenido en mi vida. *(Mostrando a Agustín.)* ¡Este bribón me ha llenado de esperma!... ¡Pero se lo he devuelto con creces, señora!...

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Ah!, no me lo diga. Me ha inundado.

EUGENIA: ¡No puedo decir lo mismo! *(Echándose juguetona en los brazos de su amiga.)* Si durante mucho tiempo como pan ahumado, seguro que no me asquearé.

SEÑORA DE SAINT-ANGE *(Lanzando una carcajada.)*: ¡Qué criatura más divertida!

DOLMANCÉ: ¡Es encantadora!... Venga aquí, pequeña, que la castigo. *(Le da unas palmadas en el culo.)* Béseme, pronto le llegará el turno.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: En adelante, sólo debemos ocuparnos de ella, hermano mío. Mírala, es tu presa. Examina esa encantadora virginidad, pronto será tuya.

EUGENIA: ¡Oh!, no por delante, me hará mucho daño. Puedes hacerlo por atrás todo lo que quieras, como me lo ha hecho Dolmancé hace un rato.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Ingenua y deliciosa niña! ¡Te pide precisamente lo que con tanto esfuerzo se obtiene de otras!

EUGENIA: ¡Oh! Pero con cierto remordimiento, puesto que no me has tranquilizado respecto del gran delito que había en ello, según lo que oí decir siempre y, sobre todo, el hacerlo entre hombres, como lo acaban de hacer Dolmancé y Agustín. Veamos, señor, veamos cómo explica con su filosofía este tipo de delito. Es espantoso, ¿verdad?

DOLMANCÉ: Debo comenzar diciéndole, Eugenia, que no hay nada que sea espantoso en el libertinaje, por-

que toda acción inducida por éste está a su vez inspirada por la naturaleza. Las acciones más extraordinarias, las más curiosas, aquellas que parecen chocar abiertamente contra todas las leyes y todas las instituciones sociales (puesto que de las divinas no hablo)..., bien, Eugenia, incluso éstas no son en absoluto espantosas y no hay ninguna de ellas que no se manifieste en la naturaleza. Es cierto que esta acción de la que me hablas es la misma a la que se refiere una singular fábula aparecida en la mediocre novela de las *Sagradas Escrituras*, esa pesada compilación realizada por un judío ignorante durante el cautiverio de Babilonia. Pero, fuera de toda semejanza, es falso que esas ciudades, o más bien aldeas, hayan perecido bajo el fuego en castigo a sus excesos. Al estar enclavadas en los cráteres de antiguos volcanes, Sodoma y Gomorra desaparecieron del mismo modo que esas ciudades de Italia enterradas bajo las lavas del Vesubio. Éste es todo el milagro. Sin embargo, fue a raíz de este fenómeno absolutamente natural como se organizó ese bárbaro invento del suplicio del fuego, infligido a los desgraciados habitantes de una región de Europa por haberse entregado a una fantasía natural...

Eugenia: ¡Natural!...

Dolmancé: Sí, natural, lo sostengo. La naturaleza no tiene dos voces, de las cuales una tenga la misión de condenar diariamente lo que la otra inspira. Es muy cierto que, a través de su órgano, los hombres apegados a esas manías reciben los impulsos que los conducen hacia ellas. Aquellos que quieren excluir o condenar este gusto pretenden que es contrario al crecimiento de la población. ¡Qué mediocres son, esos tontos que no tienen en la cabeza otra idea que no sea la de la población y que sólo ven el delito precisamente en todo lo que se aleja de él! ¿Acaso está demostrado que la naturaleza tenga esa gran necesidad de población como ellos quisieran hacernos

creer? ¿Acaso es cierto que se la ultraja cada vez que evitamos esta estúpida propagación? Para convencernos, analicemos por un momento su funcionamiento y sus leyes. Si la naturaleza no tuviese otro fin que crear y jamás destruyese, se podría llegar a creer, junto a esos fastidiosos sofistas, que el más sublime de todos los actos sería trabajar sin descanso para producir. En consecuencia, la negativa a hacerlo se convertiría necesariamente en un delito. Una rápida ojeada a las operaciones de la naturaleza, ¿no nos demuestra acaso que para sus planes las destrucciones son tan necesarias como las creaciones, que ambas operaciones se unen y se entrelazan tan estrechamente que es imposible que una pueda actuar sin la otra? ¿Que nada nacería o se regeneraría sin una previa destrucción? La destrucción es, entonces, como la creación, una de las leyes de la naturaleza.

Una vez admitido este principio, ¿cómo puedo ofender a la naturaleza al negarme a crear? Y suponiendo que en esta acción hubiese delito, sin duda éste sería infinitamente menor al de destruir, el que sin embargo se encuentra en sus leyes, como acabo de demostrarlo. Si por un lado, admito entonces que la naturaleza me inclina hacia esta perdición, y por otro veo que le es necesaria y que al entregarme a ella no hago sino acomodarme a sus designios, ¿dónde está entonces el delito, le pregunto? Pero los estúpidos y los que están a favor de la procreación, que es lo mismo, le objetan que ese esperma procreador no puede ser desviado de su destino habitual para darle otro uso que no sea el de la propagación, apartarlo de ese fin constituye una ofensa. En primer lugar, acabo de demostrar que no, puesto que esta pérdida incluso no equivaldría a una destrucción y la destrucción, que es mucho más importante que la pérdida, tampoco sería un crimen. En segundo lugar, es falso que la naturaleza pretenda que este licor espermático esté absolutamente destinado a la pro-

creación; si fuese así, no sólo no permitiría que este flujo se produjese en todos los casos, puesto que según nos demuestra la experiencia siempre lo perdemos, lo queramos o no, y de inmediato se opondría a que esas pérdidas se produjesen sin que hubiese coito, como ocurre también durante el sueño o el recuerdo. Restringiendo un licor tan precioso, sólo permitiría que éste se derramase en el receptáculo de la procreación. Seguramente no querría, cuando desviásemos el homenaje, que experimentásemos este goce con la que nos ha tocado, puesto que no sería razonable suponer que consentiría incluso en nuestro placer desde el momento en que la colmaríamos de desaires. Vayamos más lejos: ¿qué ocurriría, si en el supuesto de que las mujeres sólo hubieran nacido para procrear —lo que sería incuestionable si esta propagación fuese el supremo designio de la naturaleza—, y considerando el máximo de años de vida a los que pudiese llegar una mujer, sólo se encontrasen siete —hechas todas las deducciones— en los que esté en condiciones de dar la vida a un semejante? ¡Cómo! ¡La naturaleza está ávida de propagación! ¡Todo lo que lleve a alcanzar esta meta la ofende, y en cien años de vida el sexo destinado a procrear sólo podrá hacerlo durante siete años! ¡La naturaleza sólo quiere la procreación y la semilla que entrega al hombre para servir a esta propagación se pierde tanto como él quiere! ¡Encuentra el mismo placer en esta pérdida que en su utilidad, sin experimentar jamás el más mínimo inconveniente!

Amigos, dejémonos de creer en tales disparates, que hacen temblar a la sensatez. ¡Ah! Debemos convencernos de que, lejos de ultrajar a la naturaleza, el sodomita y la *tríbade* la utilizan, al negarse tenazmente a una cópula de la que resultaría una ascendencia que la fastidia. Se lo dije, esta propagación nunca fue una de sus leyes sino una condescendencia de su parte. ¡Entonces, qué le importa que la

especie humana se extinga o desaparezca de la Tierra! ¡Se ríe del orgullo que nos lleva a convencernos de que todo acabaría si esa desgracia llegase a ocurrir! ¿Acaso creen que no hay razas desaparecidas? Buffon ha contabilizado varias, y la naturaleza ha permanecido inmutable ante tan preciosa pérdida. Aunque desapareciese toda la especie, el aire no sería menos puro ni el astro brillaría menos, ni el funcionamiento del universo sería menos exacto. ¡Hay que ser muy tonto para creer que nuestra especie es tan útil al mundo que el que no trabaje para propagarla, o el que perturbe esa propagación, será necesariamente un criminal! Dejemos de cegarnos hasta ese punto, y que el ejemplo de los pueblos más razonables nos sirva para persuadirnos de nuestros errores. No hay un solo rincón en toda la tierra en el que ese pretendido crimen de sodomía no tenga templos y seguidores. Los griegos, que hicieron de ello una virtud, por así decirlo, le erigieron una estatua bajo el nombre de Venus Calípige. Roma imitó las leyes de Atenas e introdujo este placer de dioses.

¡Cuántos progresos no le hemos visto hacer bajo el imperio! Al amparo de las águilas romanas, se extendió de un extremo al otro del mundo. Al destruirse el imperio, buscó refugio junto a la tiara, siguió a las artes en Italia y se implantó entre nosotros al civilizarnos. Descubrimos un hemisferio y encontramos allí la sodomía. Cook desembarcó en el Nuevo Mundo y era la costumbre reinante. Si nuestros globos hubiesen llegado a la Luna, la encontrarían allí también. ¡Gusto delicioso, hijo de la naturaleza y del placer, debes estar en todos los sitios en que habiten los hombres y, dondequiera que se te conozca, se te construirán altares! ¡Oh, amigos! ¡Puede haber una extravagancia semejante a la de imaginar que un hombre deba ser un monstruo digno de perder la vida porque para gozar ha preferido el orificio de un trasero al de una vagina, porque un joven que encuentra en aquél dos

placeres, el de ser a la vez amante y querida, le ha parecido preferible a una joven, que no le promete más que una satisfacción! ¡Va a ser un depravado, un monstruo, por haber querido representar el papel de un sexo que no es el suyo! ¡Bien! ¿Por qué la naturaleza lo ha creado sensible a ese placer?

Observe su conformación. Verá diferencias abismales con la de los hombres a quienes ese gusto no les tocó en gracia cuando se hizo el reparto. Sus nalgas serán más blancas y más rollizas. Ni un pelo ensombrecerá el altar del placer, cuyo interior, recubierto por una membrana más fina, más sensual, más agradable, se encontrará similar al interior del coño de una mujer. El carácter de este hombre, también diferente al de los otros, será más suave, más flexible. En él encontrarás casi todos los vicios y todas las virtudes de las mujeres, e incluso también su debilidad. Todos tendrán sus manías, y a veces, sus rasgos. ¿Sería posible entonces que la naturaleza, al asimilarlos de este modo a las mujeres, pudiese irritarse por tener estos gustos? ¿No está claro que es una clase de hombre diferente a los otros, a los que la naturaleza creó así para disminuir esa procreación, cuya excesiva amplitud la aniquilaría irremediablemente?... Querida Eugenia, si supiera cuán deliciosamente se goza cuando un gran miembro nos penetra por detrás. Cuando, hundido hasta los testículos, aletea allí dentro con ardor, ¡cuando después de encerrarse hasta el prepucio, vuelve a hundirse hasta el pelo! No, no, no hay en todo el mundo un placer similar a ése. Es el de los filósofos, el de los héroes, ¡y sería el de los dioses, si los órganos de este divino placer no fuesen en sí mismos los únicos dioses a los que debemos adorar en este mundo!

EUGENIA *(Muy entusiasmada.)*: ¡Oh, amigos, métanmela!... Aquí están mis nalgas... ¡Se las ofrezco!... ¡Pónganmela!... *(Al pronunciar estas palabras, cae en*

los brazos de la señora de Saint-Ange, quien la aprieta, la besa y ofrece la espalda elevada de esta joven alumna de Dolmancé.)

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Divino instructor, ¿resistirá esta oferta? ¿No le tienta este sublime trasero? ¡Mire cómo se estira y cómo se entreabre!

DOLMANCÉ: Le pido perdón, bella Eugenia. Si le parece bien, no seré yo quien se encargue de apagar los fuegos que yo mismo enciendo. Querida niña, a mi modo de ver, ha cometido el error de ser mujer. He querido dejar a un lado todo prejuicio para disfrutar de sus virtudes. El caballero se va a encargar de la tarea. La señora de Saint-Ange, armada con este consolador, dará los más formidables golpes en el culo de su hermano y, mientras le ofrece su trasero a Agustín yo lo penetraré por detrás, ya que, no voy a ocultárselos, el culo de este muchacho me está tentando desde hace una hora y deseo ardientemente devolverle la cortesía que él me ha hecho.

EUGENIA: Acepto el cambio. Pero, de verdad, Dolmancé, su franqueza no lo libra de la vulgaridad.

DOLMANCÉ: Mil perdones, señorita, pero nosotros los pícaros presumimos de franqueza y de fidelidad a nuestros principios.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: La fama de francos no la tienen; sin embargo, aquéllos como tú, están acostumbrados a tomar a las personas por detrás.

DOLMANCÉ: Un poco traidor, sí, un poco falso, ¿lo cree? Señora, le he demostrado que este carácter es indispensable en la sociedad. Condenados a vivir con personas que están sumamente interesadas en ocultarse a nuestros ojos, en disfrazar sus vicios para ofrecernos unas virtudes que jamás festejaríamos, nos expondríamos a un gran peligro si sólo nos comportásemos con franqueza ante ellos. Entonces, estaría claro que le daríamos todas las ventajas que ellos nos niegan, y el engaño sería manifies-

to. El disimulo y la hipocresía son necesidades que la sociedad nos ha impuesto. Entreguémonos a ellas. Le doy un ejemplo: seguramente no hay en el mundo un ser tan corrupto como yo. Bien, mis contemporáneos se equivocan. Pregúnteles lo que piensan sobre mí, y todos le dirán que soy un hombre honesto, ¡cuando no hay un solo delito con el que no me haya deleitado!

Señora de Saint-Ange: ¡Oh! Estoy convencida de que habrá cometido atrocidades.

Dolmancé: Atrocidades..., en verdad, señora, han sido horrores.

Señora de Saint-Ange: Creo que usted es como aquél que decía a su confesor: "Es inútil que me detenga en más detalles, señor; ¡salvo el asesinato y el robo, puedes estar seguro de que lo he hecho todo!"

Dolmancé: Sí, señora, podría decir lo mismo, aunque con una excepción.

Señora de Saint-Ange: ¡Cómo! Inmoral, ¿ha hecho...?

Dolmancé: Todo, señora, todo; ¿se puede rechazar algo con un temperamento y unos principios como los míos?

Señora de Saint-Ange: ¡Ah! ¡Follemos! ¡Follemos!... No puedo soportar esas palabras. Ya volveremos sobre ello, Dolmancé. Pero para dar más fe a sus confesiones, quiero oírlas cuando tenga la cabeza fresca. Cuando lo tiene tieso, le gusta decir barbaridades, y quizá aquí nos dé como verdades las impúdicas fantasías de su exaltada imaginación. *(Se acomodan.)*

Dolmancé: Espera, caballero, espera. Soy yo quien va a introducirte, pero antes debo pedir perdón a la bella Eugenia. Es preciso que ella me permita azotarla para ponerla en forma. *(La azota.)*

Eugenia: Le repito que esta ceremonia es inútil... Dolmancé, confiese que sólo sirve para satisfacer su lujuria. Si decide actuar así, tenga la bondad de no hacérmelo a mí.

Dolmancé *(Sin dejar de azotar.)*: ¡Ah! ¡Pronto me dirás lo que piensas!... No conoces el efecto de estos preliminares... ¡Varios, vamos, sinvergüenza, será fustigada!

Eugenia: ¡Oh, cielos! ¡Cómo lo hace!... ¡Mis nalgas están al rojo vivo!... ¡Me hace daño, de verdad!...

Dolmancé: De todo corazón, sólo le pido a Eugenia un favor, y es que acepte de buen grado que le pegue tan fuerte, para que yo también lo desee. Puedes ver que actúo de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Pero, espere, pongamos un poco de orden en esto: que Eugenia monte sobre su espalda, señora, y se cuelgue de su cuello, como esas madres que cargan los hijos en sus espaldas. De ese modo, tendré dos culos debajo de mi mano y castigaré a ambos al mismo tiempo. El caballero y Agustín me devolverán los golpes, dándome sobre mis nalgas los dos a la vez... ¡Oh, sí, así...! ¡Ah! ¡Así estamos bien!... ¡Qué delicia!

Señora de Saint-Ange: No escatimes azotes a esta sinvergüenza, te lo ruego, y así como no le pido ningún favor, desearía que tampoco se lo haga a ella.

Eugenia: ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! De verdad, creo que me brota sangre.

Señora de Saint-Ange: Embellecerá tus nalgas al colorearlas... Valor, mi ángel, valor. Recuerda que sólo a través del dolor se llega al placer.

Eugenia: De verdad, no puedo más.

Dolmancé *(Suspende un minuto los golpes para contemplar su obra; luego continúa.)*: Aún faltan unos sesenta, Eugenia. Sí, sí, ¡unos sesenta en cada culo!... ¡Oh, sinvergüenzas! ¡Cómo gozarían si copularan ahora mismo! *(Abandonan las posturas.)*

Señora de Saint-Ange *(Examinando las nalgas de Eugenia.)*: Pobre pequeña, ¡su trasero sangra!... Depravado, ¡qué placer sentirías al besar las huellas de tu crueldad!

Dolmancé (*Masturbándose.)*: Sí, no lo niego, y

mis besos serían más ardientes si las huellas fuesen aún más sangrantes.

EUGENIA: ¡Ah! ¡Es usted un monstruo!

DOLMANCÉ: ¡Lo acepto!

EL CABALLERO: ¡Hay buena fe, al menos!

DOLMANCÉ: Vamos, sodomízala, caballero.

EL CABALLERO: Sujeta su espalda y en tres sacudidas estará.

EUGENIA: ¡Oh, cielos! ¡Lo tienes más grande que Dolmancé!... Caballero, ¡me desgarras!... ¡Ten cuidado, te lo ruego!...

EL CABALLERO: Eso es imposible, mi ángel. Debo llegar a la meta... Piensa que aquí estoy bajo la mirada de mi maestro, debo hacerme merecedor de sus enseñanzas.

DOLMANCÉ: ¡Ya está!... Me encanta ver el pelo de un miembro frotar las paredes de un ano... Vamos, señora, sodomice a su hermano... Aquí tiene el miembro de Agustín listo para introducirse en su trasero, y en lo que a mí respecta, le garantizo que no tendré miramientos con quien la penetre... ¡Ah, bien! Me parece que la cadena ya está formada. Ahora no pensemos en otra cosa que no sea eyacular.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Mira entonces cómo se agita esta pequeña cadena.

EUGENIA: ¿Es por mi culpa? ¡Me muero de placer!... Este castigo..., este enorme miembro... ¡y este amable caballero que sigue penetrándome!... Mi querida, mi querida... ¡no puedo más!...

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Santo Dios! Te entrego otro tanto, ¡me voy!...

DOLMANCÉ: Con un poco de armonía, amigos. Si tiene a bien darme dos minutos, pronto la alcanzaré y nos iremos todos a la vez.

EL CABALLERO: No hay tiempo. Mi semen ya corre en el culo de la bella Eugenia... ¡Me muero!... ¡Ah! ¡Santo nombre de Dios! ¡Qué placer!...

Dolmancé: Los sigo, amigos..., los sigo... A mí también el semen me ciega.

Agustín: ¡Y a mí también!... ¡Y a mí también!...

Señora de Saint-Ange: ¡Qué escena! ¡Este sinvergüenza me ha inundado el culo!

El Caballero: ¡Al bidé, señoras mías, al bidé!

Señora de Saint-Ange: No, de verdad, me gusta esto. A mí me gusta sentir el semen en mi trasero, cuando lo tengo ahí jamás lo elimino.

Eugenia: De verdad, no puedo más... Díganme ahora, amigos, ¿una mujer debe aceptar siempre la proposición de ser penetrada así como lo acabamos de hacer?

Señora de Saint-Ange: Siempre, querida, siempre. Debe hacer aún más, como esta manera de hacerlo es deliciosa, debe exigírselo a aquéllos con quienes está. Pero si ella depende del hombre con el cual se divierte, si al complacerlo espera obtener ciertos favores, regalos o algún servicio, que se haga valer, que se haga rogar. No hay hombre con esas inclinaciones que, en tales casos, no llegue a arruinarse por una mujer hábil que lo rechace con el fin de exaltar más su deseo. Sacará de esto todo el provecho que quiera, si posee el suficiente arte como para no conceder lo que se le pide sin extraer de ello algún beneficio.

Dolmancé: Y bien, angelito, ¿está convencida? ¿Va a seguir pensando que la sodomía es un delito?

Eugenia: Y aunque lo fuera, ¿qué podría importarme? ¿Acaso no me has demostrado la inexistencia de esos delitos? Son muy pocas las acciones que ahora se presentan como criminales ante mis ojos.

Dolmancé: En este mundo no hay nada criminal, querida niña, no importa de lo que se trate, la más monstruosa de las acciones, ¿no tiene acaso para nosotros una faceta que nos favorece?

Eugenia: ¿Quién lo duda?

Dolmancé: Entonces, desde ese momento deja de

ser un crimen. Porque para que fuese un crimen, aquello que a uno le sirve mientras al otro lo perjudica, habría que demostrar que el ser dañado es más valioso a la naturaleza que el ser favorecido. Ahora bien, esta predilección es imposible, ya que todos los individuos son iguales ante los ojos de la naturaleza. En consecuencia, la acción que beneficia a unos y perjudica a otros, le es completamente indiferente.

Eugenia: Pero si tal acción perjudicase a un número muy grande de individuos y a nosotros no nos reportase más que una leve dosis de placer, ¿no sería entonces espantoso entregarse a ella?

Dolmancé: De ningún modo, puesto que no puede compararse lo que experimentan los otros con lo que nosotros sentimos. La más fuerte dosis de dolor en los otros no nos debe afectar en absoluto mientras experimentemos el más leve cosquilleo de placer. Por eso, debemos, al precio que sea, preferir este ligero cosquilleo que nos deleita a esa inmensa suma de males que afligen al prójimo, que no debería afectarnos. Pero si, por el contrario, ocurre que por la singularidad de nuestros órganos y por las particularidades de nuestra estructura, los dolores ajenos se convierten en algo agradable —como sucede a menudo—, ¿quién duda entonces de que indiscutiblemente debamos preferir este dolor al otro que nos divierte, a la ausencia de éste, que se convertiría en una privación para nosotros? La fuente de todos nuestros errores morales es la ridícula aceptación de ese lazo de fraternidad que inventaron los cristianos en una época de infortunio y de miseria. Obligados a mendigar la piedad de los otros, no estuvieron desacertados al decir que todos eran hermanos. Ante tales argumentos, ¿cómo negarse a ayudar? Pero es imposible admitir esta doctrina. ¿Acaso al nacer no estamos completamente solos? Y más aún, siendo enemigos los unos de los otros, ¿no vivimos en un estado de guerra

recíproca y permanente? Ahora bien, pregunto si esto ocurriera en el supuesto de que las virtudes exigidas por ese pretendido lazo de fraternidad estuviesen realmente en la naturaleza. Si su voz inclinase a los hombres hacia ella, lo experimentarían desde el momento mismo de su nacimiento. Entonces, la piedad, la caridad y la humanidad serían virtudes naturales a las que sería imposible escapar, y el estado primitivo del hombre salvaje sería completamente distinto al que vemos.

Eugenia: Pero si como dice, la naturaleza hace nacer a los hombres en el más completo aislamiento y absolutamente independientes los unos de los otros, al menos me aceptará que las necesidades, al acercarlos, habrán de establecer necesariamente ciertos lazos entre ellos. Es decir, los de la sangre, nacidos de su recíproca alianza, los del amor, los de la amistad, los de la gratitud. ¿Me concederá eso al menos?

Dolmancé: No más que los otros, en verdad. Me gustaría que lo analizásemos: una rápida ojeada a cada uno de ellos, Eugenia. ¿Dirá, por ejemplo, que la necesidad de casarme, ya sea para propagar mi especie o para mejorar mi fortuna, debe establecer unos lazos indisolubles o sagrados con el objeto al cual me uno? ¿Le pregunto, no sería un disparate sostener esto? Mientras dura el acto del coito, puedo, sin duda, tener necesidad de ese objeto para realizarlo. Sin embargo, tan pronto como se haya consumado, ¿qué es lo que queda, le pido que me diga, entre ese objeto y yo? ¿Qué obligaciones reales supondrá después para él o para mí ese coito? Este tipo de lazos son el fruto del temor de los padres a ser abandonados en su vejez, y los interesados cuidados que nos brindaron de niños sólo tenían el fin de hacer méritos para que en sus últimos años les devolviésemos las mismas atenciones. Dejemos de engañarnos con todo esto. No les debemos nada a nuestros padres..., ni la más mínima cosa,

Eugenia, y como trabajan mucho más por ellos que por nosotros, nos está permitido detestarlos, e incluso deshacernos de ellos si su comportamiento nos irrita. Sólo debemos amarlos si actúan bien con nosotros, y en este caso no deberíamos sentir por ellos más ternura que la que sentimos por otros amigos, puesto que los derechos del nacimiento no obligan ni fundamentan nada, y si los analizamos con sensatez y detenimiento, seguramente sólo encontraremos motivos para odiar a aquéllos que, sin pensar en otra cosa que no sea su placer, nos han dado una existencia desgraciada o malsana.

Me habla de los lazos del amor, Eugenia. ¡Ojalá nunca llegue a conocerlos! ¡Ah! ¡Ojalá que, por la felicidad que le deseo, nunca se aproxime a su corazón un sentimiento como ése! ¿Qué es el amor? Creo que sólo puede considerárselo como los efectos que producen en nosotros las cualidades de un objeto hermoso. Estos efectos nos producen un estado de arrobamiento, nos excitan. Si poseemos ese objeto, nos sentimos contentos; si es imposible poseerlo, nos desesperamos. Pero ¿cuál es la base de ese sentimiento?... El deseo. ¿Cuáles son las consecuencias de ese sentimiento?... La locura. Entonces tengamos en cuenta el motivo y protejámonos de sus efectos. El motivo es poseer el objeto. Tratemos de conseguirlo, pero con sensatez. Disfrutémoslo una vez que lo poseamos. De lo contrario, consolémonos; otros mil objetos similares, y a menudo mejores, nos consolarán de la pérdida de aquél. Todos los hombres y todas las mujeres se parecen, no hay amor que se resista a los efectos de una sana reflexión. ¡Oh, qué engañosa es esa ebriedad, que, al absorbernos los sentidos, nos sumerge en un estado tal que no vemos nada más, que sólo vivimos para ese objeto, al que adoramos locamente! ¿Acaso eso es vida? O mejor dicho, ¿no es privarse voluntariamente de todas las dulzuras de la vida? ¿No es desear permanecer en una fiebre abrasadora

que nos consume y nos devora, sin dejarnos otra felicidad que los goces metafísicos, tan parecidos a los efectos de la locura? Si tuviésemos que amar eternamente a ese objeto adorable, si fuese cierto que no debiésemos abandonarlo nunca, aunque no dejaría de ser una extravagancia, al menos sería perdonable. ¿Eso ocurre? ¿Se tienen muchos ejemplos de esas uniones eternas que jamás han sido desmentidas? Cuando tras unos meses de goce, el objeto vuelve a ser colocado de inmediato en su sitio, nos ruborizamos por los inciensos que hemos quemado en sus altares y a menudo llegamos incluso a no poder concebir que haya podido seducirnos hasta ese extremo.

¡Oh, jóvenes apasionadas, entréguennos su cuerpo todo lo que puedan! Follen, diviértanse, eso es lo esencial. Pero huyan afanosamente del amor. Sólo tiene de bueno lo físico, decía el naturalista Buffon, y éstos no fueron los únicos temas sobre los que reflexionó con tanto acierto este buen filósofo. Les repito, diviértanse, pero sin amar en absoluto. No se preocupen por amar, acabarán cansadas de lamentos, suspiros, miradas, billetes... amorosas. Su deber es gozar, multiplicar y cambiar el objeto del placer, oponerse firmemente a que sólo sea uno el que las cautive, porque el objetivo de ese amor único sería, atándolas a él, impedir que se entreguen a otro, cruel egoísmo que se convertirá en algo fatal para sus placeres. Las mujeres no están hechas para un solo hombre, la naturaleza las ha creado para ser de todos. Siendo siempre putas y jamás amantes, huyendo del amor y adorando el placer, así es como no cosecharán más que rosas en la carrera de la vida. ¡Sólo nos tirarán flores! Pregunte, Eugenia, pregunte a la encantadora mujer que acaba de hacerse cargo de su educación, el caso que hay que hacer a un hombre una vez que se ha gozado de él. *(Habla muy bajo para no ser oído por Agustín.)* Pregúntele si daría un solo paso para conservar a este Agustín que hoy hace sus delicias.

En el supuesto de que se lo quisieran arrebatar, tomaría otro, no pensaría más en él, y en cuanto se cansase del nuevo, no dudaría en inmolarlo en un par de meses, si de ese sacrificio pudiesen nacer nuevos goces.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Mi querida Eugenia debes estar bien segura de que Dolmancé ha expresado aquí lo que verdaderamente sentimos todas las mujeres, como si hubiese leído en los recovecos de nuestro corazón.

DOLMANCÉ: La última parte de mi análisis nos lleva entonces a los lazos de la amistad y a los del reconocimiento. Respetemos los primeros, en tanto que nos sean útiles. Conservemos a nuestros amigos en la medida en que nos sirvan. Olvidémonos de ellos en cuanto no saquemos nada. Al amar a las personas, sólo debemos pensar en nosotros mismos; amarlos por ellos es un engaño. No está en la naturaleza inspirar a los hombres otros movimientos, otros sentimientos que no sirvan, sino para obtener alguna cosa. Nadie es tan egoísta como la naturaleza. Pensemos también en esto, si queremos cumplir sus leyes. En cuanto al reconocimiento, Eugenia, éste es sin duda el más débil de los lazos. ¿Es por nosotros por lo que los hombres nos obligan a ello? No lo creas en absoluto, querida. Es por orgullo, por ostentación. ¿No es entonces humillante convertirse en el juguete del amor propio de los otros? ¿No lo es aún más el vernos obligados a agradecerles algo? No hay carga más pesada que la de un favor recibido. No hay punto intermedio, hay que devolverlo o pervertirse. Las almas altivas no pueden arrojarse a los pies del beneficio, su peso cae sobre ellas con tanta violencia que sólo pueden expresar odio hacia su benefactor. ¿Cuáles son, entonces, a su criterio, los lazos que suplantan al aislamiento en el que hemos sido creados? ¿Cuáles son los que deben relacionar a los hombres? ¿A título de qué los querríamos y los preferiríamos a nosotros mismos? ¿Con qué derecho nos veremos obligados a ali-

viar su infortunio? ¿En qué parte de nuestras almas anidan tus bellas e inútiles virtudes de la beneficencia, de la caridad y de la humanidad, señaladas en el código absurdo de algunas estúpidas religiones, que predicadas por impostores y mendigos, sólo viven para aconsejarnos todo lo que pueda contribuir a sostenerlas y a tolerarlas? Bien, Eugenia, ¿aún admite que hay alguna cosa sagrada entre los hombres? ¿Tiene algunas razones para que no debamos siempre preferirnos a ellos?

Eugenia: Estas lecciones, a las que mi corazón se adelanta, me gustan demasiado como para que mi espíritu las rechace.

Señora de Saint-Ange: Están en la naturaleza, Eugenia. El solo hecho de que las apruebes lo demuestra. Apenas salida de su seno, ¿cómo podría ser fruto de la corrupción lo que sientes?

Eugenia: Pero si todos los errores que pondera están en la naturaleza, ¿por qué las leyes se oponen a ellos?

Dolmancé: Porque las leyes no están hechas para el individuo, y por lo general, eso es lo que las pone en una permanente contradicción con el interés, dando por sentado que el interés personal siempre concuerda con el interés general. Pero las leyes que son buenas para la sociedad, son muy nocivas para el individuo que forma parte de ella, ya que, para una vez que lo protegen o lo salvaguardan, lo molestan y encadenan durante las tres cuartas partes de su vida. El hombre sensato, a pesar de su absoluto desprecio por ellas, también las tolera, como lo hace con las serpientes y las víboras, las que si bien lo hieren o lo envenenan, algunas veces pueden ser útiles a la medicina. Él se protegerá de las leyes como lo hará frente a esos animales venenosos. Se pondrá a salvo de ellas con precauciones, ocultamientos y con toda una serie de recursos que le brindan la sensatez y la prudencia. Que la fantasía de algunos crímenes inflame y excite su alma,

Eugenia, en la certeza de que entre nosotros podrá cometerlos en paz.

Eugenia: ¡Ah! ¡Esa fantasía ya está en mi corazón!

Señora de Saint-Ange: ¿Qué capricho te inquieta, Eugenia? Dilo con confianza.

Eugenia *(Como extraviada.)*: Quisiera una víctima.

Señora de Saint-Ange: ¿De qué sexo?

Eugenia: ¡Del mío!

Dolmancé: Bien, señora, ¿está contenta de su alumna? ¿No ha progresado bastante?

Eugenia *(Permaneciendo en el mismo estado.)*: ¡Una víctima, querida, una víctima!... ¡Oh, dioses! ¡Sería la mayor felicidad de mi vida!...

Señora de Saint-Ange: ¿Y qué le harías?

Eugenia: ¡Todo!... ¡Todo!... Todo lo que pudiera convertirla en la más desgraciada de las criaturas. ¡Oh, querida, querida, ten piedad de mí, no puedo más!...

Dolmancé: ¡Santo Dios! ¡Qué imaginación!... ¡Venga, Eugenia, es usted deliciosa!... ¡Deje que la bese, una y mil veces! *(La toma en sus brazos.)* Aquí tiene, señora, mire a esta sinvergüenza cómo se desahoga de cabeza, sin haberla tocado siquiera... ¡Es absolutamente necesario que vuelva a penetrarla por detrás!

Eugenia: ¿Tendré luego lo que pido?

Dolmancé: ¡Sí, loca!... Sí, ¡se lo garantizo!

Eugenia: ¡Oh, amigo, aquí está mi culo!... ¡Haga en él lo que quiera!

Dolmancé: Espera que organice este goce lujuriosamente. *(Todo se realiza a medida que Dolmancé lo va indicando.)* Agustín, tiéndete en el borde de esta cama. Que Eugenia se acueste en tus brazos. La sodomizaré mientras la masturbo en el clítoris con la soberbia cabeza del miembro de Agustín, quien, escatimando su semen, tendrá mucho cuidado de irse. El querido caballero, quien sin decir ni una palabra, se masturba tranquilamente

mientras hablamos, tendrá a bien tenderse sobre los hombros de Eugenia; exponiendo sus bellas nalgas a mis besos, lo masturbaré por debajo. De modo que con mi aparato dentro de un trasero, masturbaré un miembro con cada mano. En cuanto a usted, señora, deseo que sea mi marido después de haber sido el suyo. ¡Colóquese el más grande de esos consoladores! *(La señora de Saint-Ange abre una cajita llena de este tipo de aparatos y nuestro héroe elige el más terrible.)* ¡Bien!, dicho en números, éste tiene catorce pulgadas de largo y diez de grosor. Ponga esto alrededor de su espalda, señora, y comience a darme las más terribles embestidas.

Señora de Saint-Ange: De verdad, Dolmancé, está loco, lo voy a estropear con esto.

Dolmancé: No tema. Empuje, penetre, mi ángel. ¡Sólo penetraré el trasero de Eugenia cuando tu enorme miembro se haya introducido en el mío!... ¡Ya está dentro! ¡Ahí está, santo Dios!... ¡Ah! ¡Me has transportado a las nubes!... ¡Sin piedad, mi bella!... Le confieso que voy a penetrarla sin preparativo alguno... ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡El bello trasero!...

Eugenia: ¡Oh, amigo, me desgarra...! Al menos prepare el camino.

Dolmancé: ¡Claro que sí! Me cuidaré muy bien de hacerlo, se pierde la mitad del placer en esos estúpidos preparativos. Piense en nuestros principios, Eugenia. Trabajo para mí. Por el momento, usted es la víctima, mi ángel, y pronto será el verdugo... ¡Ah, jodido Dios! ¡Entra!...

Eugenia: ¡Me mata!...

Dolmancé: ¡Oh, por Dios! ¡Estoy llegando a la meta!...

Eugenia: ¡Ah! Ahora haz lo que quieras, ya está ahí... ¡No siento más que placer!...

Dolmancé: ¡Cómo me gusta menear este enorme miembro en el clítoris de una virgen!... Caballero, dame tu bello culo... ¿Te masturbo bien, sinvergüenza?... Y

usted, señora, fólleme, folle también a su prostituta... Sí, lo soy y quiero serlo... Eugenia, váyase, mi ángel, sí ¡váyase!... Agustín, a pesar de ti, me ha llenado de semen... Recibo el del caballero, se suma el mío... No resisto más... Eugenia, mueva esas nalgas, que su ano apriete mi miembro. ¡Voy a lanzar al fondo de sus entrañas el semen caliente que se desprende!... ¡Ah! ¡Maldito sinvergüenza! ¡Me muero! *(Se retira y todos abandonan su postura.)* Tome, señora, ahí tiene a su pequeña pervertida llena de semen todavía. La entrada de su coño está inundada. Mastúrbela, sacuda vigorosamente su clítoris completamente mojado de esperma. Es la cosa más deliciosa que pueda hacerse.

EUGENIA *(Palpitante.)*: ¡Oh, amiga, qué placer me darás!... ¡Ah, mi amor, la lubricidad me enciende! *(Se coloca en la postura adecuada.)*

DOLMANCÉ: Caballero, como eres tú quien va a abusar de esta bella niña, une tus socorros a los de tu hermana para que se desmaye en tus brazos y colócate de tal manera que me ofrezcas tus nalgas: voy a penetrarte mientras Agustín lo hace conmigo. *(Se acomodan.)*

EL CABALLERO: ¿Estoy bien de esta manera?

DOLMANCÉ: Que el culo esté un poco más alto, mi amor. Ahí, bien... sin preparativos, caballero...

EL CABALLERO: ¡A fe mía! Como quieras. ¿Acaso puedo sentir otra cosa que no sea placer en el seno de esta deliciosa joven? *(La besa y la masturba, hundiendo suavemente un dedo en el coño de Eugenia, mientras que la señora de Saint-Ange acaricia su clítoris.)*

DOLMANCÉ: En cuanto a mí, querido, puedes estar seguro que el placer que tengo contigo es mayor que el que pueda obtener con Eugenia. ¡Hay tanta diferencia entre el culo de un joven y el de una muchacha!... ¡Penétrame, Agustín! ¡Cuánto trabajo te cuesta decidirte!

AGUSTÍN: Vaya, señor, es que acaba de desahogarse

junto a la cosa de esta graciosa palomita, y ahora pretende que esto se dirija de inmediato hacia su culo, que por cierto no es tan bonito, ¡vaya!

Dolmancé: ¡El tonto! Pero ¿por qué quejarse? Es la naturaleza, cada cual barre para su patio. Vamos, vamos, no dejes de penetrar. Y cuando tengas un poco más de experiencia, podrás decirme si los culos no son mejores que los coños... Eugenia, devuelve al caballero lo que te ha hecho. No se ocupe más que de usted. Tiene razón, viciosa, pero en función de su propio placer, mastúrbelo, puesto que va a disfrutar de sus primicias.

Eugenia: Bien, lo masturbo, lo beso, pierdo la cabeza... ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, amigos, ¡no puedo más!... Ten piedad de mi estado... Me muero... ¡Me voy!... ¡Santo Dios! ¡Estoy fuera de mí!...

Dolmancé: En lo que a mí respecta, ¡seré cuidadoso! Sólo quisiera ponerme en forma dentro de este bello culo, reservando para la señora de Saint-Ange el semen que se ha encendido. Nada me divierte tanto como comenzar la operación en un culo y terminarla en otro. Bien, caballero, te veo en forma... ¿desvirgamos?...

Eugenia: ¡Oh, cielos! No, no quiero que él lo haga. El suyo es más pequeño, Dolmancé: ¡Le ruego que sea usted quien haga esta operación!

Dolmancé: Eso es imposible, angelito, ¡en mi vida he penetrado un coño! No querrá que comience a esta edad. Su debut le pertenece al caballero. Es el único merecedor aquí, respetemos sus derechos.

Señora de Saint-Ange: ¡Rechazar una virginidad... tan fresca, tan bonita como ésta...! Desafío a quien diga que mi Eugenia no es la joven más bella de París, ¡oh, Señor!, de verdad. ¡Eso es lo que se dice estar casi demasiado atenido a unos principios!

Dolmancé: No tanto como debería, señora, puesto que muchísimos de mis colegas ni siquiera las hubieran

penetrado por detrás, seguramente... Yo lo hice y volveré a hacerlo. Esto no es, entonces, como supone, llevar mi culto hasta el fanatismo.

Señora de Saint-Ange: ¡Vamos, caballero! Pero trátala con cuidado. Observa la pequeñez del estrecho que vas a atravesar, ¿hay alguna proporción entre el contenido y el continente?

Eugenia: ¡Oh, moriré, es inevitable...! Pero el ardiente deseo que tengo de ser penetrada hará que me exponga a ello sin temor... Vamos, penetre, querido, me entrego a usted.

El Caballero *(Sosteniendo a manos llenas su miembro rígido.)*: ¡Sí, es preciso que penetre... Hermana, Dolmancé, sujeten sus piernas... ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Qué tarea!... ¡Sí, sí, aunque tenga que atravesarla, desgarrarla, es necesario que entre!

Eugenia: Con suavidad, con suavidad, no puedo soportarlo... *(Grita, las lágrimas corren sobre sus mejillas.)* ¡Socorro, buena amiga!... *(Se retuerce.)* ¡No, no quiero que entre!... ¡Gritaré hasta más no poder, si insistes!...

El Caballero: Grite todo lo que quiera, sinvergüenza, digo que debe entrar ¡aunque reviente mil veces!

Eugenia: ¡Qué barbaridad!

Dolmancé: ¡Ah! ¿Se puede ser delicado cuando se lo tiene tieso?

El Caballero: Sujétala. ¡Ya está!... ¡Entró, santo Dios!... ¡Qué endemoniada virginidad! ¡Mira cómo corre su sangre!

Eugenia: ¡Vamos, tigre!... ¡Vamos, desgárreme si quiere ahora, me río de ello!... ¡Béseme, verdugo, béseme, lo adoro!... ¡Ah! Esto no es nada, una vez que está adentro se olvidan todos los dolores... ¡Ay de las jóvenes que se asusten ante semejante ataque!... ¡Qué grandes placeres perderán por tan poco dolor!... ¡Empuje, empuje, caballero, me voy!... Riegue con su semen las llagas con

las que me ha cubierto..., empújelo hasta el fondo de mi matriz... ¡Ah! El dolor cede al placer... ¡Voy a desmayarme...! *(El caballero se va. Mientras penetraba, Dolmancé lo masturbaba con caricias en el trasero y en sus muslos, y la señora de Saint-Ange acariciaba el clítoris de Eugenia. Abandonan sus posturas.)*

DOLMANCÉ: Recomendaría que, aprovechando que está despejado el camino, la sinvergüenza fuese penetrada ahora por Agustín.

EUGENIA: ¡Por Agustín!... ¡Un miembro de ese tamaño!... ¡Ah! ¡Enseguida!... ¡Si aún estoy sangrando!... ¿Quieres matarme?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Amor, bésame... Te compadezco... pero la sentencia ha sido pronunciada. No hay recurso posible. Es preciso que la cumplas.

AGUSTÍN: ¡Ah, estoy listo! Tratándose de atravesar a esta pequeña, vendría caminando desde Roma, ¡por supuesto!

EL CABALLERO *(Sujetando el enorme miembro de Agustín)*: Toma, Eugenia, mira qué tieso está... ¡Cuan digno es de reemplazarme!

EUGENIA: ¡Ah! ¡Justo cielo, qué arma!... ¡Oh, quiere matarme, está claro!

AGUSTÍN *(Apoderándose de Eugenia.)*: ¡Oh, no, señorita, jamás he matado a nadie!

DOLMANCÉ: Un momento, muchachito, un momento. Ella debe ofrecerme el culo mientras tú penetras... Sí, así, acérquese, señora de Saint-Ange, le he prometido follarla por detrás y mantendré mi palabra. Pero colóquese de manera que, cuando la penetre, pueda azotar a Eugenia. Que a su vez el caballero me azote durante ese tiempo. *(Se acomodan.)*

EUGENIA: ¡Ah! ¡Me revienta!... ¡Vaya con suavidad!... ¡Ah, el sinvergüenza! ¡Lo ha enterrado!... ¡Ahí está, el grotesco!... ¡Ha entrado todo hasta el fondo!... ¡Me muero!... ¡Oh, Dolmancé, cómo me golpea!... Me

excita por ambos lados. Tengo las nalgas al rojo vivo.

Dolmancé *(Azotando con todas sus fuerzas.)*: ¡Lo tendrá, lo tendrá, sinvergüenza!... Te irás deliciosamente. ¡Cómo la masturba, Saint-Ange..., cómo debe atenuar ese ágil dedo el mal que Agustín y yo le ocasionamos!... Pero su ano se contrae... Lo veo, señora, vamos a irnos juntos... ¡Ah! ¡Es divino estar así, entre ambos hermanos!

Señora de Saint-Ange *(A Dolmancé.)*: ¡Penetre, mi sol, penetre!... ¡Creo que jamás tuve tanto placer!

El Caballero: Dolmancé, cambiemos de mano. Pasa rápidamente del culo de mi hermana al de Eugenia, para hacerle conocer los placeres de estar entre dos, y yo penetraré por detrás a mi hermana, quien, a su vez, te devolverá los latigazos con los que acabas de ensangrentar las nalgas de Eugenia.

Dolmancé *(Poniendo manos a la obra.)*: Acepto... Toma, amigo, ¿puede hacerse un cambio tan rápido como éste?

Eugenia: ¡Cómo! Los dos encima mío. ¡Justo cielo!... No sé a quién atender, ¡ya tenía bastante con este ganso!... ¡Ah, cuánto semen me va a costar este goce doble!... Ya fluye. Sin esta sensual eyaculación, creo que estaría muerta... Y qué, querida, ¿no me imita?... ¡Oh, cómo jura, la sinvergüenza!... Dolmancé, eyacule... Eyacule, mi amor... Este tosco campesino me inunda. Me lo arroja hasta el fondo de mis entrañas... ¡Ah! ¡Mis dos amores! Los dos a la vez. ¡Jodido Dios!... Amigos, reciban mi semen. Va a unirse al de ustedes... Estoy aniquilada... *(Abandonan sus posturas.)* Bien, querida, ¿estás contenta con tu alumna?... ¿Soy lo bastante puta ahora?... Pero me has puesto en un estado..., en una excitación... ¡Oh, sí, juro que, en el estado de ebriedad en el que me veo, iría, si fuese preciso, a hacerme gozar en medio de las calles!...

Dolmancé: ¡Qué hermosa está así!

EUGENIA: ¡Lo detesto, me ha rechazado!...

DOLMANCÉ: ¿Podría ir en contra de mis dogmas?

EUGENIA: Está bien, lo perdono. Debo respetar los principios que conducen a la perdición. ¿Cómo no voy a adoptarlos yo, que no deseo otra cosa que vivir en el crimen? Sentémonos y charlemos un rato. No puedo más. Continúe enseñándome, Dolmancé, y dígame algo para consolarme por los excesos a los que me ha visto entregada. Apague mis remordimientos, deme valor.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Lo veo justo. Un poco de teoría debe seguir a la práctica. Es el modo de hacer de ti una alumna perfecta.

DOLMANCÉ: ¡Muy bien! ¿De qué cosa quiere que le hable?

EUGENIA: Quisiera saber si las buenas costumbres son verdaderamente necesarias en un gobierno, si su influencia tiene algún peso sobre el carácter de una nación.

DOLMANCÉ: ¡Vaya! Al salir esta mañana, compré en el palacio de la Igualdad un folleto que, si nos atenemos al título, debe responder necesariamente a su pregunta... Acaba de salir de la imprenta.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Veamos. *(Lee.)* "Franceses, un esfuerzo más si quieren ser republicanos." Le digo, bajo mi palabra, que es un título curioso. Es prometedor. Caballero, tú que tienes una voz bonita, léenos esto.

DOLMANCÉ: O me equivoco, o eso debe responder exactamente a la pregunta de Eugenia.

EUGENIA: ¡Seguramente!

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Sal, Agustín. Esto no es para ti. Pero no te alejes. Te llamaremos cuando te necesitemos.

EL CABALLERO: Comienzo.

FRANCESES, UN ESFUERZO MÁS SI QUIEREN SER REPUBLICANOS

La religión

Acabo de ofrecer grandes ideas: deben oírlas y reflexionar sobre ellas. Al menos, espero que algunas agraden. Quedaré satisfecho de haber contribuido al progreso de las luces. No niego que veo con pesar la lentitud con la que nos encaminamos hacia la meta. Me inquieta sentir que estamos en vísperas de echarlo todo a perder una vez más. ¿Creen que se llegará a la meta cuando nos hayan dado unas leyes? Ni pensarlo. ¿Qué haríamos con las leyes y sin religión? Necesitamos un culto, y un culto propio de la condición de republicano, que se aleje para siempre de la posibilidad de readoptar el de Roma. En un siglo, en el que estamos plenamente convencidos de que la religión debe apoyarse en la moral y no a la inversa, es necesaria una religión que se adapte a las costumbres y al progreso de éstas, como una consecuencia necesaria, y que eleve el alma manteniéndola a la altura de esta preciosa libertad, a la que hoy reconoce como su único ídolo. Ahora bien, pregunto: ¿se puede admitir que la religión de un esclavo de Tito, la de un vil farsante de Judea, sea la conveniente para una nación libre y guerrera que acaba de regenerarse? No, compatriotas, no, no lo crean. Si para su desgracia el francés quedase sepultado en las tinieblas del cristianismo, por un lado el orgullo, la tiranía, el despotismo de los sacerdotes (vicios éstos que siempre acompañan a esta horda impura), y por otro, la bajeza, la estrechez de miras, la banalidad de los dogmas y de los misterios de esta religión indigna y fabuladora, al debilitar el orgullo del alma republicana, pronto la harían caer nuevamente bajo el yugo que con firmeza acaba de romper.

No perdamos de vista que esta inocente religión era una de las mejores armas en poder de nuestros tiranos: uno de sus primeros dogmas era: "Dar al César lo que es del César", pero hemos destronado al César y no queremos darle nada más. Franceses, sería en vano que se vanagloriasen de que el espíritu de un clero confabulado no sea ya más el de un clero rebelde. Hay vicios de Estado que no se corrigen más. Diez años antes, por medio de la religión cristiana, de su superstición y de sus prejuicios, sus sacerdotes, a pesar de sus juramentos y de sus votos de pobreza, hubiesen restablecido su dominio sobre las almas que habían invadido. Ellos volverían a encadenar a los reyes, porque el poder de éstos siempre se sostiene en el de aquéllos, y su edificio republicano se derrumbaría al faltarle las bases.

¡Oh!, ustedes que tienen la guadaña en la mano, apunten el último golpe al árbol de la superstición. No se contenten con podar sus ramas, corten de raíz una planta cuyos efectos son tan contagiosos. Convénzanse de que al oponerse tan abiertamente su sistema de libertad y de igualdad a los ministros de los altares de Cristo, no habrá jamás uno sólo de ellos que lo adopte de buena fe o que no busque quebrantarlo, si dicho sistema llegase a recuperar algún dominio sobre las conciencias. ¿Qué sacerdote, al comparar el estado al que acaban de reducirlo con el que disfrutaba en otros tiempos, no hará todo lo que esté en sus manos para recobrar la confianza y la autoridad que le arrebataron? ¡Y cuántos seres débiles y pusilánimes pronto volverán a ser los esclavos de esos ambiciosos religiosos! ¿Por qué no piensan que los inconvenientes que han existido en el pasado puedan aún reaparecer? ¿Acaso en los primeros tiempos de la Iglesia cristiana, los sacerdotes no eran iguales a los de hoy? Han visto hasta dónde habían llegado. Sin embargo, ¿quiénes los llevaron hasta allí? ¿Acaso no fueron los

mismos medios que les proporcionaba la religión? Ahora bien, si no prohíben totalmente esta religión, los que la predican, utilizando similares medios, pronto volverán a alcanzar la misma meta.

Aniquilen para siempre todo eso que algún día puede destruir su obra. Piensen que sus nietos serán quienes recogerán el fruto de sus trabajos, por lo tanto, es su deber, por honestidad, no dejarles ninguno de esos gérmenes que podrían relanzarlos al caos del que apenas acabamos de salir. Nuestros prejuicios han comenzado a disiparse, el pueblo abjura de los disparates de la religión católica. Ya ha suprimido los templos, ha derribado los ídolos, ha decidido que el matrimonio no es más que un acto civil. Los confesionarios destruidos sirven de hogares públicos. Los supuestos fieles, abandonando el banquete apostólico, dejan los dioses de harina a los ratones. Franceses, que nada los detenga: Europa entera, ya con una mano en la venda que cubre sus ojos, espera su ayuda para arrancarla de su frente. Apresúrense, no le den tiempo a la santa Roma para que se mueva en todas las direcciones para reprimir sus esfuerzos e intentar conservar aún algunos prosélitos. Golpeen sin miramientos su arrogante y temblorosa cabeza, y que en dos meses, el árbol de la libertad arroje sombras sobre las ruinas de la Iglesia de San Pedro, cubra con el peso de sus ramas victoriosas todos esos despreciables ídolos del cristianismo, descaradamente erigidos sobre las cenizas de los Catones y de los Brutos.

Franceses, se los repito, Europa espera que ustedes la liberen del cetro y del incensario al mismo tiempo. Piensen que les será imposible liberarla de la tiranía de los reyes, sin hacerles romper las cadenas de la superstición religiosa: ambas están unidas por lazos tan estrechos, que si dejan que una de ellas subsista, volverán a caer bajo el dominio de aquélla cuya disolución han descuidado. Un

republicano no debe humillarse más arrodillándose ante un ser imaginario ni ante un vil impostor. Sus únicos dioses deben ser ahora la valentía y la libertad. Roma desapareció desde que se comenzó a predicar allí el Cristianismo, y Francia también desaparecerá si sigue soñando con él.

Que se examinen con atención los dogmas absurdos, los horrorosos misterios, las ceremonias monstruosas, la inaceptable moral de esta repugnante religión. Así, podrá determinarse si ella conviene a un estado republicano. ¿Creen de buena fe que me dejaría dominar por la opinión de un hombre que acabase de ver a los pies del tonto sacerdote de Jesús? ¡No, no, por cierto que no! Este hombre vil sostendrá siempre, por la bajeza de sus designios, las atrocidades del antiguo régimen. Desde el momento en que pudo someterse a las estupideces de una religión tan mediocre como la que tuvimos la locura de admitir, no puede seguir dictándome leyes ni transmitirme las luces. Sólo lo veo como un esclavo de los prejuicios y de la superstición.

Para convencernos de esta verdad, echemos un vistazo sobre los escasos individuos que permanecen fieles al insensato culto de nuestros padres. Veremos si no son enemigos irreconciliables del sistema actual, veremos si en su conjunto no integran la totalidad de esa casta, tan justamente despreciada, de los monárquicos y de los aristócratas. Que el esclavo de un bandolero coronado se humille, si quiere, a los pies de un ídolo de madera, un objeto que está hecho para su alma de barro. ¡Quien sirve a los reyes debe adorar a los dioses! Pero nosotros, franceses, compatriotas, nosotros, ¿vamos a seguir arrastrándonos por unos frenos tan despreciables? ¡Antes mejor morir mil veces que permitir que vuelvan a sometemos! Puesto que juzgamos necesario tener un culto, imitemos el de los romanos: las acciones, las pasiones, los héroes eran para ellos obje-

tos respetables. Tales ídolos elevaban el alma, la electrizaban, y aún hacían más: le comunicaban sus virtudes al ser que los veneraba. El adorador de Minerva quería ser prudente; el valor estaba en el corazón de aquél que se veía arrodillado a los pies de Marte. Ni un solo dios de esos grandes hombres estaba privado de energía. Todos contagiaban su propio fuego al alma de quien los veneraba, y como se tenía la esperanza de llegar a ser adorado algún día, se aspiraba al menos a ser tan grande como aquél que les servía de modelo. Pero, por el contrario, ¿qué encontramos en los vanos dioses del Cristianismo? ¿El mediocre impostor de Nazaret les ha inspirado grandes ideas? ¿Qué les ofrece, les pregunto, esta estúpida religión? ¿Les transmite alguna virtud su sucia y repulsiva madre, la impúdica María? ¿Encuentran en los santos que adornan su Elíseo algún ejemplo de grandeza, de heroísmo o de virtud? Es verdad que esta estúpida religión no ayuda a las grandes ideas, que ningún artista puede, dentro de ella, plasmar los atributos en los monumentos que erige. En la misma Roma, la mayor parte de los adornos y decoraciones del palacio de los papas tienen su modelo en el paganismo, y mientras exista el mundo, sólo él estimulará la imaginación de los grandes hombres.

¿Será en el teísmo puro donde encontraremos mayores motivos de grandeza y de elevación? ¿Será la adopción de una fantasía, que proporcionando a nuestra alma ese grado de energía esencial a las virtudes republicanas, llevará al hombre a amarlas y a practicarlas? Ni lo piensen. Acabamos de desprendernos de este fantasma, y el ateísmo es el único sistema que defienden actualmente las personas razonables. A medida que se han ido esclareciendo varias cuestiones, se ha experimentado que al ser el movimiento inherente a la materia, el agente necesario para imprimir ese movimiento se convertía en un ser ilusorio, y que el motor era inútil, ya que todo lo que existía

estaba por esencia en movimiento. Se ha experimentado que ese dios quimérico, prudentemente inventado por los primeros legisladores, no fue en sus manos sino otro medio para encadenarnos, y que al reservarse el derecho de hacer hablar sólo a este fantasma, se cuidarían bien de hacerle decir únicamente lo que sirviese para apoyar las ridículas leyes por las que pretendían avasallarnos. Licurgo, Numa, Moisés, Jesucristo, Mahoma, todos esos grandes sinvergüenzas, esos grandes déspotas de nuestras ideas, supieron asociar las divinidades que ellos fabricaban por su ambición desmesurada, y seguros de cautivar a los pueblos con la aprobación de esos dioses, siempre cuidaban, como se sabe, o de no interrogarlos más que en ciertos casos, o de hacerles responder lo que ellos creían que les podía servir.

Mantengámonos hoy en el mismo desprecio hacia ese dios vano predicado por unos impostores y todas las sutilezas religiosas que se desprenden de su ridícula adopción. Ya no se puede entretener con esa insignificancia a los hombres libres. Que la extinción total de los cultos se incluya entre los principios que propaguemos en toda Europa. No nos contentemos en romper con las autoridades. Pulvericemos para siempre sus ídolos. Siempre es un paso lo que separa la superstición de la monarquía. Esto es inevitable, sin duda, puesto que uno de los principales artículos de la consagración de los reyes fue siempre la conservación de la religión dominante, como una de las bases políticas que mejor podían sostener su trono. Pero desde que fue abolida la realeza, felizmente para siempre, no temamos extirpar incluso a quienes constituyeron sus soportes.

Sí, ciudadanos, la religión no es coherente con el sistema de libertades. Ya lo han experimentado. El hombre libre no se inclinará jamás ante los dioses del Cristianismo. Sus dogmas, sus ritos y sus misterios jamás

le convendrán a un republicano. Un esfuerzo más. Puesto que trabajan para destruir los prejuicios, no dejen que ninguno subsista, ya que basta con uno para que se restablezcan todos. ¡Cuán seguros debemos estar de su retorno si ése que dejan vivir es a ciencia cierta la cuna de todos los otros! Dejemos de creer que la religión pueda ser útil a los hombres. Tengamos buenas leyes y sabremos prescindir de la religión. Pero el pueblo necesita tener alguna, dicen; lo entretiene, lo contiene. ¡En buena hora! Otorguémonos, en ese caso, la que convenga a los hombres libres. Volvamos a los dioses del paganismo. Adoraremos con gusto a Júpiter, Hércules o Palas Atenea. Pero ya no queremos a ese fabuloso autor del universo que se mueve por sí mismo. Ya no queremos a un dios sin amplitud, y que sin embargo, lo llena todo con su inmensidad, un dios todopoderoso y que actúa exclusivamente según su voluntad, un ser extremadamente bueno y que sólo produce insatisfacción, un ser amigo del orden y bajo cuyo gobierno todo está en desorden. No, ya no queremos a un dios que perturba la naturaleza, que es el padre de la confusión, que anima al hombre cuando se entrega a los horrores. Un dios así nos hace temblar de indignación y lo enterramos para siempre en el olvido, de donde ha querido sacarlo el infame Robespierre.

Franceses, sustituyamos a este indigno fantasma por los imponentes simulacros que hicieron de Roma la dueña del mundo. Tratemos a todos los ídolos cristianos como tratamos a los de nuestros reyes. Hemos restablecido los emblemas de la libertad sobre las bases que hace tiempo sostenían a los tiranos. Reedifiquemos incluso las imágenes de los grandes hombres sobre los pedestales de esos sinvergüenzas adorados por el Cristianismo. Dejemos de temer el efecto del ateísmo en nuestros campos; ¿acaso los campesinos no han experimentado la necesidad del aniquilamiento del culto católico, tan con-

trario a los verdaderos principios de la libertad? ¿Acaso no han visto cómo se derribaban sus altares y derrocaban a sus presbíteros sin esfuerzo y sin dolor? ¡Ah! Crean que ellos mismos renunciarán a su ridículo dios. Las estatuas de Marte, de Minerva y de la Libertad serán colocadas en los lugares más notorios de sus viviendas. Celebrarán una fiesta anual y en ella le será entregada la corona cívica al ciudadano que se haya hecho merecedor de ella por sus servicios a la patria. Erigidos bajo un templo agreste en la entrada de un bosque solitario, Venus, el Himeneo y el Amor recibirán el homenaje de los amantes, y allí las manos de las Gracias harán que la belleza corone a la constancia. Para hacerse digno de esta corona no bastará sólo con amar, será preciso merecerla: el heroísmo, los talentos, la humanidad, la grandeza de alma, un civismo a toda prueba, he aquí los méritos que el amante estará obligado a poner a los pies de su amada, y éstos equivaldrán a los del nacimiento y los de la riqueza, que tiempo atrás eran los que se exigían por un estúpido orgullo. Al menos algunas virtudes nacerán de este culto, mientras que de aquél que hemos tenido la debilidad de profesar, no han brotado más que crímenes. Este culto se aliará con la libertad a la que servimos. La estimulará, la conservará, la abrazará, mientras que el teísmo es, por esencia y por naturaleza, el enemigo mortal de la libertad a la que servimos. ¿Se derramó alguna gota de sangre cuando los ídolos paganos fueron destruidos en la época del Bajo Imperio? La revolución, preparada por la estupidez de un pueblo que volvía a ser esclavo, se realizó sin el menor obstáculo. ¿Cómo podríamos temer que la obra de la filosofía sea más temible que la del despotismo? Los sacerdotes son los únicos que aún mantienen cautivo a los pies de su quimérico dios a ese pueblo que tanto temen instruir. Aléjenlo de él y la venda que cubre sus ojos caerá de modo natural. Crean que ese pueblo, más sensato de lo

que imaginan, liberado de las cadenas de la tiranía, lo estará muy pronto de las de la superstición. ¿Les parece temible sin este freno?: ¡Qué ridiculez! Créanlo, ciudadanos, aquél a quien la espada material de las leyes no logra en absoluto detener, no lo será más por el temor moral a los suplicios del infierno, del que se burla desde su infancia. El teísmo, en una palabra, ha hecho cometer muchos crímenes, pero jamás ha conseguido evitar uno sólo siquiera. Si es verdad que las pasiones ciegan, que su efecto sea el de levantar ante nuestros ojos una nube que nos oculta los peligros que las rodean, ¿cómo podemos suponer que aquéllos que están lejos de nosotros, como lo están los castigos anunciados por su dios, puedan disipar esa nube si no puede disolver la espada misma de las leyes, permanentemente suspendida sobre las pasiones? Si en consecuencia está probado que son inútiles estos frenos suplementarios impuestos por la idea de un dios, si está demostrado que es peligroso por sus otros efectos, pregunto: ¿para qué podría servir y en qué motivos nos apoyaríamos para prolongar su existencia? ¿Me dirán que todavía no hemos madurado lo suficiente como para consolidar nuestra revolución de una manera tan estrepitosa? ¡Ah!, ciudadanos, el camino que hemos recorrido desde 1789 era mucho más difícil que el que nos queda por hacer, y nos costará mucho menos trabajo convencer a la opinión pública sobre esto que les propongo, que el que tuvimos que padecer en todos los sentidos en el tiempo que siguió a la toma de la Bastilla. Creamos que un pueblo que ha sido lo suficientemente sensato y valiente como para conducir a un monarca desvergonzado desde la cima del poder a los pies del cadalso, y que en pocos años supo vencer tantos prejuicios y romper tantos frenos ridículos, lo será también como para inmolar al bien y a la prosperidad de la república, un fantasma mucho más quimérico aún de lo que podría ser el de un rey.

Franceses, dirijan los primeros golpes. Su educación común hará el resto. Pero láncense pronto a esta tarea. Que para ustedes sea uno de sus mayores empeños. Por sobre todo, que tenga por base esta moral esencial, tan descuidada por la moral religiosa. Reemplacen por unos excelentes principios sociales las estupideces celestiales con las que agobian los jóvenes corazones de sus niños. Que en lugar de aprender a recitar inútiles rezos, se vanaglorien de haberlos olvidado desde que tengan dieciséis años, que se instruyan en sus deberes en la sociedad. Enséñenles a querer esas virtudes de las que apenas les habrán hablado en el pasado, y que sin sus fábulas religiosas, son suficientes para su felicidad individual. Háganles sentir que esa felicidad consiste en hacer a los otros tan afortunados como nosotros mismos desearíamos serlo. Si fundamentan estas verdades en las virtudes cristianas, como han cometido la locura de hacer tiempo atrás, apenas sus alumnos hayan reconocido la insignificancia de las bases, harán que el edificio se desplome y seguramente se volverán depravados, sólo por creer que la religión que han derribado les prohibía serlo. Al hacerles sentir, por el contrario, la necesidad de la virtud únicamente porque su propia felicidad depende de ella, su interés particular los llevará a ser ciudadanos honestos, y esta ley que siempre rigió a todos los hombres será, sin duda, la más segura. Que se ponga el mayor empeño en evitar que ninguna leyenda religiosa se introduzca en esta educación nacional. No perdamos jamás de vista que lo que deseamos formar son hombres libres y no viles adoradores de un dios. Que un filósofo instruya rudimentariamente a estos nuevos alumnos acerca de las incomprensibles sublimidades de la naturaleza; que les demuestre que el conocimiento de un dios, a menudo peligroso para los hombres, jamás servirá para su felicidad, y que no serán más felices por admitir, como causa de algo que

no comprenden, una cosa menos comprensible aún. Que es mucho menos esencial entender la naturaleza que gozarla y respetar sus leyes; que estas leyes son tan sensatas como simples; que están escritas en el corazón de todos los hombres y que sólo es necesario interrogar a ese corazón para discernir sus impulsos. Si por todos los medios quisiesen que les hablasen de un creador, respóndanles que al haber sido siempre las cosas como son, al no tener comienzo ni deber tener nunca un final, al hombre le resulta tan inútil como imposible poder remontarse a un origen imaginario que no explicaría ni le permitiría avanzar en nada. Díganle que a los hombres les es imposible tener ideas ciertas acerca de un dios que no opera sobre ninguno de nuestros sentidos.

Todas nuestras ideas son representaciones de los objetos que nos golpean; ¿qué otra cosa puede representarnos la idea de Dios que no sea manifiestamente una idea sin objeto? Una idea semejante, agregarán, ¿no es tan imposible como los efectos sin causa? ¿Acaso no es sino una ilusión una idea sin prototipo? Algunos doctores, proseguirán, aseguran que la idea de Dios es innata, y que los hombres poseen esta idea desde que están en el vientre de su madre. Pero esto es falso, agregarán ustedes. Todo principio es un juicio, todo juicio es resultado de la experiencia, y la experiencia sólo se adquiere a través del ejercicio de los sentidos. De esto, se deduce que los principios religiosos no nos llevan a demostrar nada y no son en absoluto innatos. ¿Cómo proseguirán, han podido persuadir a seres razonables que la cosa más difícil de comprender, era la más esencial para ellos? Esto es lo que los ha asustado en exceso, y es que cuando se tiene miedo, se deja de razonar. El miedo es, sobre todo, lo que los lleva a defenderse de su razón, y cuando los sesos tiemblan, se cree todo y no se analiza nada. La ignorancia y el miedo les seguirán diciendo que son la base de las religiones. La

incertidumbre en la que el hombre se encuentra en relación con su Dios es precisamente el motivo que lo mantiene unido a su religión. El hombre tiene miedo de estar en las tinieblas, ya sea la material o la moral. El miedo se vuelve un hábito en él y se convierte en una necesidad: cree que le faltaría algo si no tuviese nada que esperar o que temer. Vuelvan enseguida a la utilidad de la moral: denles sobre este objeto más ejemplos que lecciones, más pruebas que libros, y harán de ellos buenos ciudadanos, buenos soldados, buenos padres y buenos esposos. Lograrán unos hombres tan apegados a la libertad de su país, que ninguna idea de servidumbre podrá acudir a su espíritu y ningún terror religioso vendrá a turbar su pensamiento. Entonces, el verdadero patriotismo estallará en todas las almas; reinará en ellas con toda su fuerza y con su pureza, porque será el único sentimiento dominante, y ninguna idea peregrina logrará entibiar su energía. Entonces, sus descendientes estarán seguros, y la obra consolidada por ellos se convertirá en ley universal. Pero si por temor o por cobardía, no se siguen estos consejos, si se conservan las bases de un edificio que se creyó destruir, ¿qué ocurrirá?, se reedificará sobre estas bases y se colocarán los mismos colosos, con la cruel diferencia de que esta vez estarán cimentados con tanta fuerza que ni su generación ni las venideras lograrán derribarlos.

Que no se dude de que las religiones son la cuna del despotismo. El primer déspota fue un sacerdote. El primer rey y el primer emperador de Roma, Numa y Augusto, respectivamente, se asociaron al sacerdocio. Antes de ser soberanos, Constantino y Clodoveo fueron abades; Heliogábalo fue sacerdote del Sol. En todos los tiempos y en todos los siglos, hubo tal conexión entre el despotismo y la religión, que está más que demostrado que al destruir uno se debe quebrantar el otro, por la poderosa razón de que el primero siempre servirá de ley al segundo. Sin

embargo, no propongo masacres ni deportaciones. Todos estos horrores están demasiado lejos de mi espíritu como para animarme concebirlos por un instante. No, no asesinen, no destierren: esas atrocidades son propias de los reyes o de los depravados que los imitaron. No es obrando como ellos como obligarán a temer a quienes fueron adictos a estas prácticas. No empleemos la fuerza más que con los ídolos. Sólo es preciso ridiculizar a quienes los sirven. Los sarcasmos de Julián harían más daño a la religión cristiana que todos los castigos de Nerón. Sí, destruyamos para siempre toda idea de Dios, y de sus sacerdotes, hagamos soldados. Algunos ya lo son, que se mantengan en este oficio tan noble para un republicano, pero que ya no nos hablen de su ser quimérico ni de su fabulosa religión, único objeto de nuestro desprecio. Condenamos a que sea deshonrado, ridiculizado y cubierto de lodo, en las tribunas de todas las ciudades de Francia, al primero de esos benditos charlatanes que todavía venga a hablarnos de Dios o de la religión. La prisión perpetua será el castigo para el que cometa dos veces las mismas faltas. Que los insultos más graves, las obras más ateas, sean seguidamente autorizadas en su totalidad, con el fin de de extirpar del corazón y de la memoria de los hombres, esos espantosos entretenimientos de nuestra infancia. Que pongan a concurso la obra que esté más capacitada para instruir a los europeos acerca de una materia tan importante. Y que un premio considerable y concedido por la nación sea la recompensa para quien, habiendo dicho y demostrado todo lo relativo a esta materia, brinde a sus compatriotas una guadaña para derribar a todos estos fantasmas y una conciencia recta para odiarlos. En seis meses, todo habrá terminado. Su infame dios será reducido a la nada, y todo esto sin dejar de ser justo y celoso de la estima de los otros, sin dejar de temer la espada de las leyes y de ser un hombre honesto, porque se

habrá experimentado que el verdadero amigo de la patria no debe en absoluto dejarse llevar por las utopías, como les ocurre a los esclavos de los reyes. Que no es, en una palabra, la frívola esperanza en un mundo mejor ni el temor a otros males mayores a los que nos envía la naturaleza, lo que debe conducir a un republicano, cuya única guía es la virtud y su único freno el remordimiento.

Las costumbres

Después de haber demostrado que el teísmo no conviene en absoluto a un gobierno republicano, me parece necesario probar que tampoco convendría a las costumbres francesas. Este punto es tanto más esencial cuanto que son las costumbres las que servirán de motivo a las leyes que se promulgarán.

Franceses, están bastante instruidos como para no sentir que un nuevo gobierno va a necesitar nuevas costumbres. Es imposible que el ciudadano de un Estado libre se comporte como el esclavo de un rey déspota. Esta diferencia de intereses, de deberes, de relaciones con su gobierno y con sus compatriotas determina esencialmente una manera completamente distinta de conducirse en el mundo. Una multitud de pequeños errores, de pequeños delitos sociales, absolutamente esenciales bajo el gobierno de los reyes —que tanto más debían exigir cuanto que tenían mayor necesidad de imponer frenos para volverse más respetables o inaccesibles a sus súbditos—, aquí serán nulos. Otros crímenes, conocidos con el nombre de regicidio o sacrilegio, no deben existir en un gobierno que no conoce más reyes ni religiones, ni tampoco dentro de un Estado republicano. Al haber convenido la libertad de conciencia y la de prensa, piensen, ciudadanos, que no ha de faltar mucho para que se acuerde la de acción, y salvo

que ésta estuviese directamente en contra de las bases del gobierno, lo que les quede no serían menos crímenes sin castigo, ya que, de hecho, hay muy pocas acciones criminales en una sociedad en la que la libertad y la igualdad constituyen las bases, y que al sopesar y analizar a fondo las cosas, sólo es verdaderamente criminal aquello que reprueba la ley. Y puesto que la naturaleza, al inspirarnos por igual los vicios y las virtudes, en razón de nuestra organización, o planteándolo más filosóficamente aún, en razón de la necesidad que tiene tanto de uno como de otro, lo que nos dicte constituirá una medida muy inexacta para determinar con precisión lo que está bien y lo que está mal. Pero, para poder desarrollar mejor mis ideas respecto de un objeto tan esencial, vamos a clasificar las diferentes acciones de la vida del hombre, que hasta el presente se ha estipulado en calificar como criminales, y las mediremos de acuerdo a lo que deben ser los verdaderos deberes de un republicano.

En todas las épocas, los deberes del hombre se han considerado desde los siguientes apartados:

1. Los que su conciencia y su creencia le imponen hacia el Ser Supremo.
2. Los que están obligado a cumplir con sus hermanos.
3. Finalmente, los que están relacionados consigo mismo.

La certeza que debemos tener respecto de que ningún dios se ha confundido con nosotros, y que siendo criaturas que la naturaleza necesita, como las plantas o los animales, estamos aquí porque era imposible que nos fusionásemos en ella. Esta certeza, sin duda, anula de un golpe, como se ve, la primera parte de sus deberes, es decir, aquéllos por los que falsamente nos creemos responsables hacia la divinidad. Con ellos desaparecen todos los deberes religiosos, conocidos con los vagos e impre-

cisos nombres de impiedad, sacrilegio, blasfemia, ateísmo, etc., todos aquéllos, en una palabra, que Atenas castigó tan injustamente en Alcibíades, y Francia en el infortunado La Barre. Si en el mundo hay algo extravagante, es precisamente el ver a unos hombres que no conocen a su dios —y lo que puede exigir este dios a partir de sus limitadas ideas— y querer, sin embargo, determinar lo que le agrada o le molesta de la naturaleza a ese ridículo fantasma de su imaginación. No sería entonces mi deseo que se limitasen a permitir indistintamente todos los cultos. Querría que hubiese libertad para reírse o burlarse de todos. Querría que los hombres, reunidos en un templo cualquiera para invocar al Eterno a su manera, fuesen vistos como los comediantes en un teatro, ante cuyas representaciones cada cual será dueño de reírse todo lo que le apetezca. Si no ven las religiones desde este punto de vista, ellas readoptarán la seriedad que las vuelve importantes, pronto protegerán el pensamiento y no será mucho después de que se discuta sobre las religiones cuando se vuelva a combatir por ellas. La igualdad destruida por la preferencia o la protección acordada a una de ellas, pronto hará desaparecer al gobierno, y de la teocracia reedificada renacerá rápidamente la aristocracia. No me cansaría de repetirlo: no más dioses, franceses, no más dioses, si no quieren que su desastroso dominio los sumerja nuevamente en los horrores del despotismo. Pero no es sino burlándose de ellos como los destruirán. Todos los peligros que suponen renacerán de inmediato en masa si les dan cabida e importancia. No derriben a sus ídolos cuando estén enojados. Pulverícenlos como si estuvieran jugando, y la idea caerá por sí misma.

Espero que esto sea suficiente para demostrar que no debe ser promulgada ninguna ley contra los delitos religiosos, puesto que quien ofende a una fantasía no ofende nada, y que la mayor inconsecuencia sería castigar a

aquéllos que ultrajan o que desprecian un culto, respecto del cual nada les demuestra con evidencias su primacía sobre los otros. Esto significaría necesariamente adoptar un partido e inclinar, entonces, la balanza de la igualdad, la primera y principal ley de su nuevo gobierno.

Pasemos a los segundos deberes del hombre, los que lo obligan para con sus semejantes. Esta clasificación es, sin duda, la más extensa.

La moral cristiana, demasiado imprecisa en cuanto a las relaciones del hombre con sus semejantes, sienta bases tan llenas de engaños, que nos es imposible admitirlas, puesto que, cuando se quiere edificar sobre determinados principios, hay que cuidarse muy bien de darle unos sofismas como base. Esta absurda moral nos dice que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Seguramente nada sería mejor si fuese posible, que el que es falso jamás pudiese llevar los rasgos de la belleza. No se trata de amar a sus semejantes como a sí mismo, puesto que eso va en contra de las leyes de la naturaleza, cuyo órgano debe dirigir todas las acciones de nuestra vida. No es cuestión de amar a nuestros semejantes como a los hermanos y como a los amigos que la naturaleza nos da, y con los cuales debemos vivir tanto mejor en un estado republicano cuanto que la desaparición de las distancias debe necesariamente reafirmar los lazos.

Que la humanidad, la fraternidad y la beneficencia nos prescriban a partir de esto nuestros deberes recíprocos. Cumplámoslos individualmente de acuerdo al simple grado de energía que sobre este punto nos ha dado la naturaleza, sin reprobar, y sobre todo, sin castigar a los que, más fríos, no experimenten con esos lazos, a pesar de ser conmovedores, las mismas dulzuras que otros encuentren en ellos. Sería una incoherencia palpable querer determinar aquí unas leyes universales. Este proceder sería tan ridículo como el de un general del ejército que

quisiese que todos sus soldados llevasen un uniforme hecho de la misma medida. Es una espantosa injusticia exigir que los hombres con caracteres diferentes se plieguen ante iguales leyes: lo que le va a uno, al otro no le conviene en absoluto.

Estoy de acuerdo en que no se pueden hacer tantas leyes como hombres haya, pero las leyes pueden ser más suaves, y en tan pequeño número que todos los hombres, cualquiera sea su carácter, puedan adaptarse fácilmente a ellas. Aún más, exigiría que ese pequeño número de leyes fuese de una índole tal, que permitiese adaptarlas indistintamente a los diversos caracteres. El espíritu que las gobierne sería el que ellas afecten en mayor o menor medida, según el carácter del individuo al que deba regir. Está demostrado que hay determinadas virtudes cuya práctica es imposible para ciertos hombres, así como hay determinadas medicinas que no convendrían a ciertos organismos. Ahora bien, ¡de qué manera colmarán su injusticia si aplican la ley a quien le resulte imposible plegarse a ella! La maldad que cometerían haciendo esto, ¿no sería similar a la que los volvería culpables por obligar a un ciego a distinguir los colores? De estos primeros principios se desprenden, como es notorio, la necesidad de hacer leyes suaves, contemplativas, y sobre todo, de abolir definitivamente la pena de muerte, puesto que la ley que atenta contra la vida de un hombre es inaplicable, injusta e inadmisible. Esto no significa, como diré a continuación, que no exista una infinidad de casos en los que, sin ultrajar la naturaleza (según lo demostraré), los hombres no hayan recibido de esta madre común la absoluta libertad de atentar contra la vida de unos y otros. No obstante, es imposible que la ley pueda obtener el mismo privilegio: la ley, fría en sí misma, no podría dar cabida a las pasiones que pueden legitimar en el hombre la cruel acción del asesinato. El hombre recibe de la naturaleza los

impulsos que pueden perdonarle esta acción. La ley, por el contrario, al estar permanentemente en contradicción con la naturaleza, y al no recibir nada de ella, no puede permitirse estos mismos excesos: al no tener las mismas motivaciones, es imposible que tenga los mismos derechos. Éstas son las distinciones sabias y sutiles que escapan a muchas personas, ya que son muy pocas las que reflexionan. Pero serán recibidas por las personas instruidas, hacia quienes va dirigida, e influirán, espero, en el nuevo código que se nos prepara.

La segunda razón, por la cual se debe abolir la pena de muerte es que ésta jamás ha conseguido reprimir el crimen, puesto que día a día vuelven a cometerse a los pies del cadalso. Se debe suprimir esta pena, en una palabra, ya que no hay peor castigo que el de matar a un hombre por haber asesinado a otro. Este procedimiento pone en evidencia que, en lugar de uno, se eliminan dos hombres de una vez, y que no hay verdugos o estúpidos a quienes este tipo de aritmética le resulte familiar.

De cualquier modo, los delitos que podemos cometer contra nuestros hermanos se reducen principalmente a cuatro: la calumnia, el robo, los delitos que ocasionados por la impureza, pueden afectar ofensivamente a los otros y el asesinato. Todas estas accionen, consideradas como delitos capitales bajo un gobierno monárquico, ¿son asimismo graves en un Estado republicano? Es lo que analizaremos con la antorcha de la filosofía: un examen de este tipo sólo puede realizarse a la luz de ésta. Que no se me tache en absoluto de ser un innovador peligroso; que no se diga que quizá estos escritos puedan entrañar el riesgo de debilitar los remordimientos en el alma de los malhechores; que sería el mayor de los males, que la flexibilidad de mi moral, aumentase en esos malhechores su inclinación hacia los crímenes. Declaro aquí, formalmente, no tener ninguno de esos perversos propósitos.

Expongo las ideas con las que me identifico desde la edad de la razón, y a las que se ha opuesto el infame despotismo de los tiranos durante tantos siglos. ¡Tanto peor para los que sostienen que esas grandes ideas corrompen, tanto peor para los que sólo captan el mal en las opiniones filosóficas y son susceptibles de corromperse con todo! ¿Quién sabe si no se infectarían con las lecturas de Séneca y de Charron? No es a ellos a quienes hablo: me dirijo únicamente a las personas capaces de entenderme y a quienes me leerán sin temor.

Confieso, con la más extrema franqueza, que jamás creí que la calumnia fuese un mal, especialmente en un gobierno como el nuestro, en el que los hombres, más unidos y más cercanos, tienen evidentemente mayor interés en conocerse profundamente. Una de dos: o la calumnia se dirige hacia un hombre verdaderamente perverso, o cae sobre un hombre virtuoso. Convengamos que en el primer caso, casi resulta indiferente que se hable un poco mal de un hombre que es conocido por hacer el mal en grado sumo. Incluso puede ser que el mal que no existe nos haga ver el que sí existe, y en ese caso se conocería mejor al delincuente.

Suponiendo que reinase un ambiente malsano en Hannover, y no corriese más riesgo que un acceso de fiebre al exponerme a esta inclemencia del aire, ¿podría no agradecer al hombre, que para impedir que fuese allí, me hubiese dicho que moriría en cuanto llegase? No, sin duda, puesto que el haber temido un gran mal, me ha impedido experimentar uno pequeño. ¿La calumnia se dirige por el contrario hacia un hombre virtuoso? Que no se alarme: que se exponga y todo el veneno del mentiroso recaerá muy pronto sobre él mismo. La calumnia, para tales personas, no es más que un examen depuratorio del que la virtud saldrá fortalecida. Incluso, resulta beneficioso para el conjunto de las virtudes republicanas, ya que

este hombre virtuoso y sensible, molesto por la injusticia que acaba de experimentar, se empeñará aún más en hacer el bien; querrá vencer esta calumnia de la que se creía a salvo, y sus buenas acciones se intensificarán. Así, en el primer caso, el calumniador habrá producido un buen efecto, al resaltar los vicios del hombre peligroso; en el segundo, habrá producido excelentes resultados, al obligar al virtuoso a volcarse por entero al prójimo. Ahora bien, pregunto: ¿desde qué punto de vista el calumniador podrá parecerles digno de temer, especialmente en un gobierno en el que es fundamental conocer a los malos para incrementar la energía de los buenos? En consecuencia, hay que cuidarse muy bien de castigar la calumnia. Considerémosla en su doble carácter de centinela y de estímulo, y en todos los casos, como algo muy beneficioso. El legislador, cuyas ideas deben estar a la altura de la obra que desarrolla, nunca debe limitarse a estudiar los efectos individuales de un delito. Sólo debe examinar su repercusión en el conjunto de la sociedad, y cuando de este modo llegue a observar los efectos que resulten de la calumnia, desafío a quien sea, porque no encontrará nada indigno en ellos. Desafío al que pueda encontrar una sombra de justicia en la ley que va a castigarla. Por el contrario, si la favorece o recompensa se convertirá en el hombre más justo y más íntegro.

El robo es el segundo de los delitos morales cuyo análisis proponemos.

Si nos remontamos a la antigüedad, veremos, por ejemplo, que el robo estaba permitido y era objeto de recompensas en todas las ciudades griegas. Esparta o Lacedemonia lo favorecía abiertamente. Otros pueblos lo consideraban como una virtud de los pueblos guerreros. Es cierto que a través de él se manifiesta el valor, la fuerza, la habilidad, todas las virtudes, en suma, que son útiles para un gobierno republicano, y por consiguiente, para

el nuestro. Me atrevería a preguntar, objetivamente, si el robo, cuyo efecto es igualar las riquezas, puede ser considerado como un gran mal en un gobierno cuya meta es la igualdad. Sin duda que no. Por un lado, promueve la igualdad, y por otro, consolida sus efectos positivos. Hubo un pueblo que en lugar de castigar al ladrón, castigaba al que se dejaba robar para que aprendiese a cuidar sus bienes. Esta anécdota nos lleva a reflexiones más profundas.

No es que desee atacar o destruir el juramento de respeto a las propiedades que la nación acaba de sancionar, ¡que Dios no lo quiera! Pero ¿se me permitirán algunas ideas respecto de la injusticia de tal juramento? ¿Cuál es el espíritu de un juramento hecho por todos los individuos de una nación? ¿Acaso no es mantener una perfecta igualdad entre los ciudadanos, someterlos por igual a la ley que protege las propiedades de todos? ¿Cuáles son los elementos del pacto social? ¿No consiste acaso en ceder parte de su libertad y de sus propiedades para asegurar y mantener lo que se conserva de unos y de otros?

Todas las leyes se asientan sobre estas bases, y en ellas se fundamentan los castigos infligidos al que abusa de su libertad. También, justifican el establecimiento de impuestos: un individuo no protesta cuando se los exigen, porque sabe, que por medio de lo que da, se conserva el resto. Pero, una vez más, ¿con qué derecho el que no tiene nada se encadenará mediante un pacto que no lo protege a él sino a los otros? Si bien obran con equidad al proteger las propiedades del rico con ese juramento, ¿no cometen una injusticia al exigir ese juramento al conservador que nada tiene? ¿Qué interés puede tener éste en el juramento de ustedes? ¿Por qué quieren que prometa algo que sólo favorece a quien, por sus riquezas, está tan lejos de él? Seguramente no hay nada más injusto. Una promesa debe tener el mismo efecto sobre los ciudadanos que la formulan. Es imposible que pueda encadenar al que no

tiene ningún interés en mantenerla, puesto que ya no sería el pacto de un pueblo libre: sería el arma del más fuerte contra el más débil, quien tendría siempre motivos para rebelarse contra ella. Ahora bien, esto es lo que ocurre con el juramento de respeto a la propiedad que acaba de exigir la nación. Sólo sirve para que el pobre quede encadenado al rico, y sólo éste tiene interés en el juramento que el pobre hace, sin detenerse a pensar que por medio de esta promesa arrancada de su buena fe, quedará obligado a cumplir con algo que no se puede hacer respecto de él.

Convencidos, como seguramente deben estarlo, de esta bárbara desigualdad, ¿no agravan su injusticia castigando a quien no teniendo nada se atreviese a robar al que lo tiene todo? Este poco equitativo juramento le da más derecho que nunca. Obligándolo a cometer perjurio por ese juramento que a él le resulta absurdo, legitiman todos los crímenes a los que lo conducirá ese perjurio. Entonces, no les corresponde castigar un crimen que ustedes mismos han provocado. Agregaré algo más, con el fin de que pueda comprobar la horrible crueldad que se comete al castigar a los ladrones. Imiten la sensata ley del pueblo del que les he hablado. Castiguen al hombre que ha cometido la negligencia de dejarse robar. Pero no sancionen ningún tipo de castigo contra el que roba. Piensen que su juramento lo autoriza a realizar esta acción, y que al entregarse a ella, no ha hecho sino obedecer al más sabio de los movimientos de la naturaleza, el de conservar su propia existencia, no importa a expensas de quién.

Los delitos que debemos analizar en esta segunda clase de los deberes del hombre para con sus semejantes son acciones inspiradas por el libertinaje, entre las cuales se distinguen particularmente aquellas que se consideran atentatorias contra lo que cada uno debe a los otros, vale decir la prostitución, el adulterio, el incesto, la violación y la sodomía. Ciertamente, no debemos dudar ni un instan-

te de que todo lo que se denomina delito moral, o sea todas las acciones del tipo de aquéllas que acabamos de citar, no sean totalmente indiferentes bajo un gobierno cuyo único fin es conservar por todos los medios posibles, la forma esencial de su mantenimiento. He ahí la única moral de un gobierno republicano. Ahora bien, puesto que siempre tiene la oposición de los déspotas que lo rodean, no sería razonable pensar que esos medios de conservación puedan ser medios morales, ya que sólo podría conservarse por la guerra, y nada es más inmoral que la guerra. Ahora pregunto cómo se llegará a demostrar que en un Estado obligado a ser inmoral para mantenerse, los individuos deban ser morales. Y más aún: es bueno que no lo sean. Los legisladores de Grecia comprobaron la enorme necesidad de gangrenar los miembros, con el fin de que, una vez que la disolución moral afectase a la parte útil de la máquina, resultase de ello un estado de insurrección siempre indispensable para un gobierno, que tan perfectamente feliz como el republicano, necesariamente debe excitar el odio y el celo en todo lo que lo rodea. La insurrección, pensaban esos sabios legisladores, no es en absoluto un estado moral, pero sin embargo, debe ser el estado permanente de una república. Sería entonces tan absurdo como peligroso exigir que quienes deban mantener la perpetua sacudida inmoral de la máquina, fuesen en sí mismos, seres morales. El estado moral de un hombre es un estado de paz y de tranquilidad, mientras que su estado inmoral es un estado de movimiento permanente que le acerca la necesaria insurrección, en la cual el republicano debe mantener siempre al gobierno del que es miembro.

Vamos por partes y comencemos por analizar el pudor, este movimiento cobarde, contrario a las aficiones impuras. Si la naturaleza tuviese la intención de que el hombre fuese púdico, seguramente no lo habría hecho nacer desnudo. Una infinidad de pueblos, menos degra-

dados que nosotros por la civilización, van desnudos sin sentir ninguna vergüenza. No debe dudarse que el uso de vestimenta no tenga como única base las inclemencias del clima y la coquetería de las mujeres. Éstas creyeron que pronto perderían los efectos del placer si en lugar de hacerlos nacer se anticipaban a ellos. Pensaron que como la naturaleza no las había creado sin defectos, tenían mayores posibilidades de gustar si los ocultaban por medio de sus vestidos. De modo que el pudor, lejos de ser una virtud, no fue más que uno de los primeros efectos de la corrupción, una de las primeras formas en que se manifestó la coquetería de las mujeres. Licurgo y Solón, completamente persuadidos de que el impudor mantenía al ciudadano en el estado inmoral, esencial al espíritu del gobierno republicano, obligaron a las jóvenes a aparecer desnudas en el teatro. Roma imitó pronto este ejemplo: se bailaba desnudo en los juegos de Flora. La mayoría de los misterios paganos se celebraban así. Incluso, la desnudez pasó a ser una virtud entre ciertos pueblos. De cualquier modo, las inclinaciones lujuriosas nacen de la desvergüenza. Esas inclinaciones constituyen los supuestos crímenes que analizamos, de los que la prostitución es uno de los principales. Ya hemos corregido, respecto de esto, la multitud de errores religiosos que nos atrapaban. Ahora, al estar más cercanos a la naturaleza, tras haber erradicado una considerable cantidad de prejuicios, sólo escuchamos su voz, persuadidos de que si hay algún delito en ello, más bien sería el de resistirnos a las inclinaciones que la naturaleza nos inspira antes que combatirlas. Al estar seguros de que la lujuria es una consecuencia de esas inclinaciones, lo mejor sería tratar de regular los medios para satisfacerlas en paz, que ocuparnos de apagar esta pasión. Entonces, debemos dedicarnos a poner orden en este aspecto, a crear la seguridad necesaria para que el ciudadano, a quien la necesidad acerca a los objetos de la

lujuria, pueda entregarse a estos objetos y a todo lo que le prescribe la lujuria, sin que jamás esté encadenado con nada, puesto que en el hombre no hay ninguna pasión, que como aquélla, requiera la más completa libertad. En todas las ciudades se erigirán establecimientos sanos, amplios, correctamente amueblados y seguros desde todos los puntos de vista. Allí se ofrecerán, al capricho de los libertinos que vayan a gozar, criaturas de todos los sexos y de todas las edades, y la más absoluta subordinación será la regla a la que deban sujetarse estos últimos. El más leve rechazo será castigado arbitrariamente por aquél que lo haya experimentado. Pero aún debo explicar esto, con el fin de armonizarlo con las costumbres republicanas. He prometido que en todo aplicaría la misma lógica, de modo que mantendré mi palabra.

Si como acabo de decir hace un rato, ninguna pasión tiene mayor necesidad de una completa libertad que la lujuria, sin duda, ninguna es tan despótica a la vez. Es aquí donde al hombre le gusta mandar y ser obedecido, rodearse de esclavas obligadas a satisfacerlo. Ahora bien, cada vez que al hombre le nieguen los medios secretos para exhalar la dosis de despotismo que la naturaleza introduce en el fondo de su corazón, se arrojará sobre los objetos de su alrededor para ejercerlo, y el gobierno temblará. Permitan, si quieren evitar este peligro, que dé libre curso a estos deseos tiránicos que lo atormentan permanentemente a pesar suyo. Así, contento de poder ejercer su pequeña soberanía en medio del harén de *icoglanes* o de sultanas que sus cuidados y su dinero le proporcionan, quedará satisfecho y sin ningún deseo de hacer tambalear a un gobierno que le facilita tan complacientemente todos los medios para su concupiscencia. Por el contrario, ejerzan procedimientos diferentes. Impongan sobre esos objetos de la lujuria pública las ridículas trabas antiguamente inventadas por la tiranía ministerial y por la lubri-

cidad de nuestros *sardanápalos*: el hombre, que pronto se volverá tan agriado como su gobierno, celoso del despotismo que les verá ejercer de manera absoluta, se sacudirá el yugo que le imponen, y cansado del modo de gobernarlo, lo cambiará, como acaba de hacerlo.

Miren cómo trataban el libertinaje en Lacedemonia y en Atenas los legisladores griegos compenetrados con esas ideas. Permitían al ciudadano embriagarse de gustos en lugar de prohibírselos. Ningún género de impureza le estaba denegado, y Sócrates declarado por el oráculo como el filósofo más sabio de la tierra, pasaba indistintamente de los brazos de Aspasia a los de Alcibíades, y no por ello dejó de ser la gloria de Grecia. Quiero ir más lejos. Aunque mis ideas sean algo contrarias a nuestras costumbres actuales, como mi objetivo es probar que debemos apresurarnos en cambiar estas costumbres si queremos conservar el gobierno que hemos adoptado, intentaré convencerlos de que la prostitución de las mujeres distinguidas por honestas, no es más peligrosa que la de los hombres, y que no sólo debemos acostumbrarlas a las lujurias ejercidas en los sitios que antes señalé, sino que incluso los debemos crear para ellas, para que en ellos sus caprichos y las necesidades de su temperamento, mucho más ardiente que el nuestro, puedan asimismo darse satisfacción con todos los sexos.

En primer lugar, ¿con qué derecho pretenden que las mujeres deban estar exceptuadas de la ciega sumisión a los caprichos de los hombres, prescritos por la naturaleza? Y después, ¿por qué otro derecho pretenden someterlas a una moderación inaceptable para su físico y absolutamente inútil para su honor?

Voy a tratar ambos temas e forma separada.

Es cierto que, en el estado de naturaleza, las mujeres nacieron *vulgívagas*, es decir gozando de las ventajas que son propias de otros animales hembra, y al igual que éstas

y sin ninguna excepción, con la particularidad de ser propiedad de los machos. Tales fueron, sin ninguna duda, las primeras leyes de la naturaleza y las únicas instituciones que surgieron de las primeras agrupaciones humanas. El interés, el egoísmo y el amor degradaron estos primeros designios, tan simples y naturales. El hombre pensó que iba a enriquecerse al tomar una mujer, y con ella, los bienes de su familia; es así como por medio del matrimonio quedaban satisfechos los dos primeros sentimientos que acabo de señalar. Y lo que era más frecuente, se tomaba incluso por la fuerza a esta mujer, atándose a ella. Aquí vemos una acción motivada por el egoísmo, y de cualquier modo injusta.

Jamás se puede ejercer la posesión sobre un ser libre. Es tan injusto tener la propiedad exclusiva de una mujer como poseer esclavos. Todos los hombres son libres, todos tienen los mismos derechos. Nunca perdamos de vista estos principios. En consecuencia, no puede otorgarse a uno de los sexos el legítimo derecho de apoderarse exclusivamente del otro. Ninguno de los sexos, como tampoco ninguna de las clases sociales, puede poseer caprichosamente al otro. Incluso una mujer, dentro del estado de pureza de la naturaleza, jamás puede alegar el amor que siente por otro para justificar el rechazo hacia quien la desea, puesto que ese motivo es excluyente, y ningún hombre puede estar excluido de la posesión de una mujer, desde el momento en que está claro que pertenece absolutamente a todos los hombres. El acto de posesión sólo puede ser ejercido sobre un inmueble o un animal, pero jamás sobre un individuo que es nuestro semejante. Todos los lazos que pueden encadenar a una mujer con respecto a un hombre, cualquiera sea el tipo de ataduras que puedan imaginar, son tan injustos como ilusorios.

Es indudable que hemos recibido de la naturaleza el derecho de expresar indistintamente nuestros deseos a

todas las mujeres, de lo que se deriva que tenemos también el de obligarla a someterse a dichos deseos, no exclusivamente —puesto que caería en una contradicción—, pero sí momentáneamente. Es incuestionable que tenemos el derecho de establecer leyes que la obliguen a ceder a las pasiones del que las desea. Incluso, podemos emplear legítimamente la violencia, por cuanto es una de las consecuencias de este derecho. ¡Muy bien! ¿Acaso la naturaleza no nos ha demostrado que tenemos este derecho al otorgarnos la fuerza necesaria para someterlas a nuestros deseos?

Será en vano que las mujeres aleguen, en su defensa, el pudor o su apego a otros hombres. Estos medios legendarios son nulos. Con anterioridad, hemos visto cómo el pudor era un sentimiento ficticio y despreciable. El amor, que puede denominarse como la locura del alma, no tiene otros títulos para legitimar su constancia: al satisfacer solamente a dos individuos, al amante y al amado, no puede servir a la felicidad de los otros, y es para la felicidad de todos y no para una felicidad egoísta y privilegiada que nos han sido otorgadas las mujeres. En consecuencia, todos los hombres tienen el mismo derecho de gozar con todas las mujeres. De acuerdo con las leyes de la naturaleza, no hay entonces ningún hombre que pueda atribuirse el derecho exclusivo y personal sobre una mujer. La ley que las obligará a prostituirse, tanto como lo deseemos en las casas de libertinaje, de las que hablé anteriormente, en donde se las forzará si se resisten y se las castigará si no lo hacen, es en consecuencia una de las leyes más equitativas, y ante ella no se podrá oponer ninguna razón justa o legítima.

Un hombre que desee gozar de cualquier mujer o muchacha, podrá entonces, si las leyes que promulgan son justas, obligarla a que asista a una de esas casas a las que me he referido. Allí, bajo la vigilancia de las matro-

nas de esos templos de Venus, se entregará a los hombres para satisfacer, con humildad y sumisión, todos los caprichos que a él le plazca tener con ella, aunque fuesen algo extravagantes o irregulares, puesto que no hay ninguno de ellos que no esté en la naturaleza, ninguno que no haya sido concebido por ella. Sólo se trataría aquí de fijar límites de edad. Ahora bien, que se haga, pero sin poner obstáculos a la libertad de aquél que desee gozar de una joven de tal o cual edad. El que tiene derecho a comer el fruto de un árbol puede seguramente tomarlo maduro o verde, de acuerdo con su gusto. Pero objetarán que hay una edad en que los procedimientos de los hombres afectarán, sin duda, la salud de una joven. Estas observaciones carecen de valor. Desde el momento en que acuerdan el derecho de propiedad sobre el goce, este derecho es independiente de los efectos derivados del goce. En consecuencia, es indiferente que este goce sea ventajoso o perjudicial al objeto que deba someterse a él. ¿Acaso no se ha probado ya que es legítimo obligar a una mujer sobre este objeto, y que tan pronto como inspire el deseo de goce, deba someterse a éste, eludiendo cualquier sentimiento de egoísmo? Lo mismo puede aplicarse en lo referente a su salud. Desde el momento en que las precauciones que se hubiesen tomado, de acuerdo con esta objeción, anulasen o disminuyesen el goce del que la desea y tiene el derecho a apropiarse de ella, esta consideración de la edad acaba siendo nula, puesto que aquí no se trata en absoluto de lo que puede experimentar el objeto condenado por la naturaleza y por la ley a complacer los derechos del otro. En este análisis, sólo interesa lo que conviene al que la desea. Restauraremos el equilibrio.

Sí, lo restableceremos. Sin duda, es nuestro deber. Indudablemente, debemos recompensar a estas mujeres, a las que hemos sometido tan cruelmente. En esto consistirá la respuesta a la segunda pregunta que me he planteado.

Si admitimos, tal como acabamos de hacer, que todas las mujeres deban someterse a nuestros deseos, seguramente podemos permitirles también que satisfagan ampliamente los suyos. Nuestras leyes deben favorecer en este objeto su temperamento fogoso, y es absurdo haber puesto en su honor y en su virtud esa fuerza antinatural con la que rechazan las inclinaciones que han recibido de la naturaleza con mucha más profusión que nosotros. Esta injusticia de nuestras costumbres es tanto más cierta cuanto que consentimos en vencerlas mediante la seducción y a la vez en castigarlas inmediatamente después que han cedido a todos los esfuerzos que hemos hecho para provocar su caída. Toda la incoherencia de nuestras costumbres se ve agravada, creo, por esta no equitativa atrocidad, cuya sola enunciación debería hacernos sentir la extrema necesidad que tenemos de cambiarlas por otras más puras. Así, las mujeres, al haber recibido unas inclinaciones mucho más violentas que nosotros a los placeres del vicio, podrán entregarse a ésta todo lo que les parezca, completamente liberadas de los lazos del himen, de los falsos prejuicios del pudor y absolutamente entregadas al estado de la naturaleza. Quiero que las leyes le permitan entregarse a todos los hombres que desee, que el goce de todos los sexos y de todas las partes de su cuerpo le sea permitido al igual que a los hombres, y, bajo la cláusula especial de entregarse a todos los que la deseen, es preciso que tengan igualmente la libertad de gozar de todos aquellos que consideren dignos de satisfacerlas.

¿Cuáles son, pregunto, las consecuencias de esta licencia? ¿Niños sin padres? ¡Bien! ¿Qué puede importar esto en una república en la que todos los individuos no deben tener otra madre que la patria, y en donde todos los que nacen son hijos de la patria? ¡Ah! ¡Cuánto más no la amarán los que, no habiendo conocido otra cosa que a ella, sabrán desde que nacen que no es sino de ella de

quien deben esperarlo todo! No piensen que harán buenos republicanos mientras mantengan aislados en sus familias a unos hijos que sólo pertenecen a la república. Sólo con dar a algunos individuos la dosis de afecto que deben repartir entre todos sus hermanos, aquéllos adoptarán inevitablemente los prejuicios a menudo tan peligrosos en esos individuos. Sus opiniones y sus ideas se forjan en el aislamiento, se particularizan y resulta imposible que lleguen a tener las virtudes de un hombre de Estado. Finalmente, una vez que han entregado por entero su corazón a quienes le dieron la vida, ya no encontrarán en ese corazón ningún afecto por el que deban vivir, conocer e instruirse, ¡como si estos otros beneficios no fuesen más importantes que los primeros! Si resulta un gran inconveniente el dejar que los hijos sean absorbidos en sus familias por intereses a menudo muy diferentes de los patrióticos, será entonces una gran ventaja separarlos de éstas. ¿Acaso no es más natural lograrlo por los medios que propongo, ya que al destruir completamente todos los lazos del himen no nacen como frutos del placer de la mujer, sino unos hijos a los cuales el conocimiento de su padre les está absolutamente prohibido, y con esto se anulan los lazos que les hacen sentir que no pertenecen más que a una familia, en lugar de ser, como deben serlo, únicamente los hijos de la patria?

En consecuencia, habrá unas casas destinadas al libertinaje de las mujeres y, como las de los hombres, estarán bajo la protección del gobierno. Ahí le serán proporcionados todos los individuos de uno y otro sexo que puedan desear, y cuanto más frecuenten esas casas, más estimadas serán. No hay nada tan ridículo y tan bárbaro como el de asociar la virtud y el honor de las mujeres con la resistencia que oponen a los deseos que ellas han recibido de la naturaleza y que irritan permanentemente a aquéllos que cometen la brutalidad de reprobarlos. Desde

edad temprana, una niña desprendida de los lazos paternos, al no tener ya que conservar el himen (completamente abolido por las sabias leyes que proyecto), superando los prejuicios que antiguamente encadenaron a su sexo, podrá entonces entregarse a todo lo que le dicte su temperamento en las casas establecidas con ese fin. Será recibida en ellas con respeto y generosamente satisfecha. Regresará a la sociedad, donde podrá hablar en público de los placeres como lo hace hoy de un baile o de un paseo. Sexo encantador, serás libre. Gozarán como los hombres de todos los placeres que la naturaleza les impone como un deber. No deben rechazar ninguno. ¿La parte más divina de la humanidad debe acaso encadenarse a la otra? ¡Ah! Rompan esas cadenas, es la voluntad de la naturaleza. No tengan otros frenos que sus inclinaciones, otras leyes que no sean sus deseos, otra moral que no sea la de la naturaleza. No languidezcan por más tiempo en esos prejuicios inhumanos que marchitan sus encantos y ahogan los divinos impulsos de su corazón. Son tan libres como nosotros, y la carrera de los combates de Venus las espera igual que a nosotros. No teman absurdos reproches. La pedantería y la superstición son perjudiciales. Ya no se ruborizarán por sus encantadores extravíos. Coronadas de mirtos y de rosas, la estima que guardaremos hacia ustedes estará en directa relación con la mayor cantidad de concesiones que nos permitan hacerles.

Sin duda, lo que acabo de decir debería llevarnos a analizar el adulterio. Sin embargo, echemos una ojeada sobre esto. Después de sancionar las leyes que propongo, comprobaremos que tal delito no existe y lo ridículo que era considerarlo como un crimen en nuestras antiguas instituciones. Si hay algo absurdo en el mundo, seguramente será la inmortalidad de los lazos conyugales. Creo que constatar lo molesto de estos lazos sería suficiente para dejar de ver como un delito la acción que lleva a come-

terlo. En la medida en que la naturaleza, como acabamos de decir, dotó a las mujeres de un temperamento más ardiente y de una sensibilidad más profunda que la que poseen los individuos del otro sexo, el yugo de un himen intacto era mucho más pesado aún. Mujeres tiernas y enardecidas por el fuego del amor, recompénsense sin temor. Convénzanse de que no puede haber ningún mal en el hecho de seguir los impulsos de la naturaleza, que no es para un solo hombre para lo que han sido creadas, sino para darle indistintamente placer con todos. Que ningún obstáculo las detenga. Imiten a las republicanas de Grecia. Los legisladores que les dieron las leyes jamás pensaron en hacer el delito del adulterio, y casi todas permitían los excesos en las mujeres. Tomás Moro demuestra, en su *Utopía*, que para las mujeres es más ventajoso entregarse al libertinaje. Las ideas de ese gran hombre estaban muy lejos de ser caprichosas.

Entre los tártaros, cuanto más se prostituía una mujer más estimada era. Públicamente, llevaba en el cuello las marcas de su impudicia, y no por ello se la consideraba indecente. En Perú, las familias mismas entregaban sus mujeres o sus hijas a los extranjeros que los visitaban, se las alquilaban a tanto por día, ¡como los caballos y los coches! Ni siquiera varios volúmenes bastarían para demostrar que la lujuria jamás fue considerada como delito entre ninguno de los pueblos sensatos que habitan la tierra. Todos los filósofos saben perfectamente que no es sino a los mentirosos cristianos a quienes debemos el que se haya transformado en un delito. Los sacerdotes tenían buenos motivos para prohibirnos la lujuria. Esta recomendación, al reservarles el conocimiento y absolución de estos pecados secretos, les aseguraba un increíble dominio sobre las mujeres y les abría el camino hacia una liviandad sin límites. Es sabido cómo se aprovecharon de ello y cómo habrían abusado aún, si no fuese que con esto

hubiesen perdido irremediablemente su reputación.

¿Acaso el incesto es más peligroso? No, sin duda. Extiende los lazos familiares y en consecuencia intensifica el amor de los ciudadanos por su patria. Está comprobado que nos es dictado por las primeras leyes de la naturaleza y que el goce de los objetos que nos pertenecen nos parece siempre más delicioso. Las primeras instituciones favorecen el incesto. Se lo encuentra en el origen de las sociedades. Está consagrado por todas las religiones y todas las leyes lo han fomentado. Si recorremos el mundo, veremos que el incesto existe en todas partes. Los negros de la costa de la Pimienta y del río Gabón prostituyen a sus mujeres con sus propios hijos. En el reino de Judea, el mayor de los hijos debe desposar a la mujer de su padre. Los hombres de algunos pueblos de Chile se acuestan indistintamente con sus hermanas y con sus hijas, y a menudo se casan con la madre y con la hija a la vez. Resumiendo, me atrevo a confesar que el incesto debería ser ley en todo gobierno que se fundamente en la fraternidad. ¡Cómo es posible que los hombres sensatos puedan llegar al absurdo de creer que el goce de la madre, de su hermana o de su hija pueda ser delito! ¿No es, pregunto, un repulsivo prejuicio que el hombre considere un delito preferir para su goce al objeto que por un sentimiento natural siente más próximo? ¡Equivaldría a decir que nos está prohibido amar en exceso a los individuos que la naturaleza nos prescribe amar más y que, cuanto más nos inclina hacia un objeto, al mismo tiempo más nos ordena alejarnos! Estas contradicciones son absurdas. Sólo los pueblos ofuscados por la superstición pueden creerlas o adoptarlas. Atento a que la comunidad de mujeres que he establecido trae aparejado el incesto, queda muy poco por decir acerca de este supuesto delito, cuya nulidad está suficientemente demostrada como para insistir más en ello. Pasaremos a la violación que, de todos los

excesos del libertinaje, a primera vista parece ser el que ocasiona un notorio y reconocido perjuicio, en razón del desprecio que parece ocasionar. Sin embargo, es cierto que la violación, una acción tan rara como difícil de probar, produce menos daño al prójimo que el robo, puesto que éste invade la propiedad mientras que aquél se conforma con deteriorarla. ¿Qué habrán de objetar al violador si les responde que, de hecho, el mal que ha cometido es insignificante, puesto que no ha hecho sino poner más tempranamente al objeto del que ha abusado en el mismo estado en el que pronto lo pondrían el himeneo o el amor?

Y la sodomía, este pretendido crimen que atrajo el fuego del cielo en las ciudades que se habían entregado a él, ¿no es un error monstruoso, cuyo castigo no habría sido lo bastante severo? Sin duda, es para nosotros muy doloroso tener que reprochar a nuestros antepasados las sentencias de muerte que han osado permitirse a este respecto. ¿Es posible ser tan cruel como para atreverse a condenar a muerte al infortunado individuo cuyo único crimen es no tener los mismos gustos que ustedes? Uno se estremece de sólo pensar que, no hace cuarenta años, los legisladores aún sostenían este absurdo. Consuélense, ciudadanos. Tales barbaridades ya no los preocuparán, se los garantiza la sensatez de sus legisladores. Completamente instruidos de esta debilidad de algunos hombres, hoy puede comprobarse que tal error no puede ser un delito, y que la naturaleza no ha dado al fluido que corre por nuestro cuerpo una importancia tal como para irritarse por el camino que nos plazca hacerle tomar a este licor cuando gozamos.

¿Cuál es el único delito que puede haber en ello? Seguramente no es por derramarlo en tal o cual sitio, a menos que no se quiera aceptar que todas las partes del cuerpo son absolutamente distintas, y que las hay puras y deshonestas. Pero, como es imposible hacernos eco de

estos disparates, lo único que podría justificar este supuesto delito sería la pérdida del semen. Ahora bien, pregunto si es verosímil que este semen sea tan precioso a la naturaleza que sea imposible perderlo sin cometer con ello un delito. Si fuese así, ¿permitiría que todos los días se produjesen estas pérdidas? ¿Acaso no los autoriza cuando los pierde en sueños o en el goce de una mujer embarazada? ¿Acaso se puede pensar que la naturaleza nos daría la posibilidad de cometer un delito que la ofendería? ¿Es posible que consienta que los hombres destruyan sus placeres y se vuelvan más fuertes que ella? ¡Es inaudito en qué abismo de disparates se puede caer cuando para razonar se abandona el auxilio de la antorcha de la razón! En consecuencia, estemos completamente seguros de que se puede gozar de una mujer, tanto de una manera como de otra, que es absolutamente indiferente gozar de una joven o de un muchacho y que, tan pronto como se constate que no pueden existir en nosotros otras inclinaciones que las que recibimos de la naturaleza, ésta será lo suficientemente sensata y consecuente como para jamás inspirarnos algo que pueda ofenderla.

La inclinación a la sodomía es una consecuencia de la organización, a la que en nada contribuimos. Los niños muestran desde que son pequeños este gusto, del que no se corrigen jamás. Algunas veces es fruto de la saturación, pero, aun en este caso, ¿debe considerarse como menos natural? Desde todo punto de vista, es obra de la naturaleza, y de cualquier modo lo que ella inspira debe ser respetado por los hombres. Si mediante un recuento exhaustivo se llegase a probar que este gusto produce infinitamente más afición que otro, que los placeres que de él resultan son más intensos y que en razón de esto sus seguidores son mil veces más numerosos que sus detractores, ¿no sería posible concluir entonces que, lejos de ofender la naturaleza, este vicio ayudaría a sus planes y

que defiende mucho menos la procreación de lo que nosotros insensatamente creemos? Ahora bien, al recorrer el mundo, ¡cuántos pueblos no vemos que desprecian a las mujeres! Los hay que sólo se sirven de ellas para tener los hijos que les sucederán. El hábito que los hombres tienen de vivir juntos en las repúblicas, hará este vicio más frecuente, pero no por ello peligroso. ¿Acaso los legisladores de Grecia lo habrían introducido en sus repúblicas si lo hubiesen creído así? Por el contrario, lo creían necesario para un pueblo guerrero. Plutarco nos habla con entusiasmo del batallón de amantes y de amados. Durante mucho tiempo, fueron ellos solos quienes defendieron la libertad de Grecia. Este vicio reinó en las asociaciones de compañeros de armas, las cimentó. Los más grandes hombres se sintieron inclinados hacia él. Cuando se descubrió América, en todas partes se encontraron personas con esos gustos. En Luisiana, entre los illinois, indios vestidos como mujeres se prostituyen como si fueran cortesanas. Los negros de Bengala divierten en público a los hombres. Casi todos los serrallos de Argelia están hoy poblados de muchachos. No contentos con tolerar este vicio, en Tebas se ordenaba el amor entre los jóvenes; el filósofo de Queronea lo prescribió para suavizar las costumbres de la juventud.

Sabemos hasta qué punto se instauró en Roma, allí existían lugares públicos en los que los jóvenes se prostituían vestidos como muchachas y las jovencitas con vestimenta masculina. Marcial, Cátulo, Tibulo, Horacio y Virgilio escribían a algunos hombres como si fueran sus amantes y, finalmente, leemos en Plutarco que las mujeres no deben tener parte alguna en el amor de los hombres. Antaño, los amasios de la isla de Creta raptaban jovencitos mediante unas ceremonias muy curiosas. Cuando les gustaba alguno, le comunicaban a sus padres el día en que el raptor deseaba llevarlo; el joven podía ofrecer alguna

resistencia si su amante no lo complacía, pero, en caso contrario, partía con él y el captor lo devolvía a su familia tan pronto como se había servido. Puesto que en esta pasión, como en la de las mujeres, desde que se tiene bastante, siempre se tiene demasiado. Estrabón nos dice que, en esta misma isla, sólo era con muchachos como se llenaban los serrallos: se los prostituía públicamente.

¿Se quiere la opinión de una última autoridad para demostrar cuan útil es este vicio para una república? Escuchemos a Jerónimo el Peripatético. El amor de los jóvenes, nos dice, se expandió en toda Grecia, puesto que proporcionaba fuerza y coraje, y servía para expulsar a los tiranos. Los conspiradores eran amantes y se dejaban torturar antes que revelar el nombre de sus cómplices; el patriotismo lo sacrificaba todo a la prosperidad del Estado. Es cierto que esas relaciones afianzaban la república, se proclamaban abiertamente en contra de las mujeres y era una debilidad reservada a los tiranos el unirse a tales criaturas.

La pederastia siempre fue el vicio de los pueblos guerreros. César nos enseña que los galos se entregaban a estos vicios. Las guerras que debían sostener las repúblicas, al separar los dos sexos, propagaron este vicio, y, cuando se reconocieron en él unos efectos tan útiles para el Estado, pronto fue consagrado por la religión. Se sabe que los romanos santificaron los amores de Júpiter y de Ganimedes. Sexto Empírico nos asegura que esta fantasía estaba prescrita entre los persas. En fin, celosas y despreciadas, las mujeres ofrecieron a sus maridos el mismo servicio que recibían de los jovencitos. Algunos lo intentaron y retomaron sus viejos hábitos, sin encontrar en ello ninguna ilusión.

Los turcos, con una fuerte inclinación hacia esta perversión que Mahoma consagró en el Corán, aseguran, sin embargo, que una muchacha virgen y muy joven bien

puede reemplazar a un muchacho, y raras veces las convierten en sus mujeres sin antes haberlas sometido a esta prueba. Sexto Quinto y Sánchez permitieron este exceso. Este último se ocupó incluso de demostrar que era útil a la propagación, y que un niño concebido después de esta experiencia llegaba a estar infinitamente mejor constituido. Finalmente, las mujeres acabaron por recompensarse entre ellas. Sin duda, esta fantasía no tiene más inconvenientes que la otra, puesto que el resultado no es sino la negativa a procrear, y porque los medios que ostentan los que defienden la propagación son lo bastante poderosos como para que los adversarios puedan perjudicarla. Los griegos también apoyaron este desvío de las mujeres, basándose en razones de Estado. De ello resultó que, al satisfacerse entre ellas, la comunicación con los hombres se volvió menos frecuente, sin ocasionar de este modo ningún perjuicio a los intereses de la república. Luciano nos demuestra los progresos que provocó este consentimiento y no es sin interés como la vernos en Safo.

En síntesis, no hay ningún peligro en todas estas manías. Y aunque se las llevase más lejos, practicándolas con monstruos o animales, tal como nos lo muestra el ejemplo de algunos pueblos, no habría en esas exageraciones el más mínimo inconveniente, ya que la corrupción de las costumbres, a menudo muy útil para un gobierno, no sería perjudicial desde ningún punto de vista. Debemos esperar de nuestros legisladores la suficiente prudencia y sensatez para estar bien seguros de que ninguna ley emanará de ellos para reprimir estas miserias, que basadas completamente en la organización, jamás podrían volver a quien se inclina a ellas más culpable que el individuo a quien la naturaleza creó con deformidades.

En esta segunda clase de delitos del hombre hacia su semejante, sólo nos queda por analizar el asesinato, después de lo cual pasaremos a examinar sus deberes con res-

pecto a sí mismo. De todas las ofensas que el hombre puede hacer a sus semejantes, el asesinato es, sin lugar a dudas, la más cruel de todas, puesto que le arrebatan el único bien que ha recibido de la naturaleza, el único cuya pérdida es irreparable. Sin embargo, diversos interrogantes se plantean al respecto, abstracción hecha del daño que la muerte ocasiona a la víctima:

1. ¿Es verdaderamente criminal esta acción, de cara a las leyes de la naturaleza?
2. ¿Lo es en relación a las leyes de la política?
3. ¿Es perjudicial para la sociedad?
4. ¿Cómo debe ser considerada bajo un gobierno republicano?
5. Finalmente, ¿la muerte debe ser reprimida con la muerte?

Vamos a examinar separadamente cada una de estas cuestiones. El objeto es bastante esencial como para que se nos permita detenernos en él. Quizá parezcan un poco fuertes nuestras ideas, pero ¿qué importa eso? ¿Acaso no hemos adquirido el derecho de decirlo todo? Expongamos las grandes verdades ante los hombres, porque ellos las están esperando. Es tiempo de que el error desaparezca, es preciso que su venda caiga al lado de la de los reyes. ¿El asesinato es un crimen ante los ojos de la naturaleza? Ésta es la primera pregunta que se plantea.

Sin duda, aquí vamos a ofender el orgullo de los hombres, rebajándolo al rango de todas las otras producciones de la naturaleza, pero la filosofía no consiente en absoluto las pequeñas vanidades del hombre. Permanentemente movida por el ardiente deseo de perseguir la verdad, la extrae de la maraña de los estúpidos prejuicios del amor propio, la alcanza, la desarrolla y la presenta audazmente ante el asombro del mundo.

¿Qué es el hombre y cuál es la diferencia que hay entre él y las plantas, entre él y los otros animales de la

naturaleza? Seguramente ninguna. Como ellos, ha sido puesto fortuitamente en el mundo y ha nacido como ellos. Se propaga, crece y disminuye igual que ellos. Llega a la vejez y cae, como ellos, en la nada después del plazo de tiempo que la naturaleza asigna a cada especie de animales, en razón de la constitución de sus órganos. Si las aproximaciones son tan exactas que al ojo crítico de la filosofía le resulta imposible distinguir alguna diferencia, habrá entonces tanto mal en matar a un animal como en matar a un hombre, o un poco menos en uno que en otro, y sólo en los prejuicios de nuestro orgullo podrá verse la diferencia. Pero nada es tan desgraciadamente absurdo como los prejuicios del orgullo. Sin embargo, vamos a exprimir la pregunta. Ustedes podrán disentir, sosteniendo que no es lo mismo destruir a un hombre que a un animal, pero ¿acaso la destrucción de todo animal que ha vivido no es decididamente un mal, como lo creían los pitagóricos y como lo creen aún los que habitan en las riberas del Ganges? Antes de responder a esto, recordemos, en primer lugar, a los lectores que aquí sólo hemos examinado la cuestión en relación con la naturaleza. A continuación, la abordaremos en relación con los hombres.

Ahora bien, pregunto qué valor tienen para la naturaleza unos individuos que no le exigen el menor esfuerzo ni el más mínimo cuidado. El obrero no aprecia su obra más que con relación al trabajo que le cuesta, al tiempo que emplea en crearla. En consecuencia, ¿el hombre le cuesta algún trabajo a la naturaleza? Y, suponiendo que le costase, ¿le cuesta más que un mono o que un elefante? Iré más lejos: ¿cuáles son las materias generadoras de la naturaleza? ¿De qué se componen los seres vivientes? ¿Acaso los elementos que los constituyen no son el resultado de la destrucción de nuestros cuerpos? Si todos los individuos fuesen eternos, ¿no se volvería imposible para la naturaleza crear otros nuevos? Si la eternidad de los

seres es imposible que exista en la naturaleza, su destrucción es en consecuencia una de sus leyes. Ahora, si las destrucciones le son tan útiles, de modo que no pueda prescindir de ellas, y si no puede lograr sus creaciones sin extraer lo que necesita de estas masas de destrucción que le prepara la muerte, no será entonces real la idea de aniquilación que adjudicarnos a la muerte. No habrá modo de constatar tal aniquilación. Lo que llamamos el fin del animal que ha vivido no será ya un fin real sino una simple transmutación, cuyo fundamento es el movimiento permanente, verdadera esencia de la materia que todos los filósofos modernos admiten como una de sus primeras leyes. A partir de esos principios irrefutables, la muerte no es, entonces, más que un cambio de forma, un pasaje imperceptible de una vida a otra, que es lo que Pitágoras llama la metempsicosis.

Una vez admitidas estas verdades, pregunto si aún se podrá anticipar que la destrucción sea un crimen. ¿Se animarán a decirme que la transmutación es una destrucción, en el afán de sostener sus absurdos prejuicios? No, sin duda, ya que para eso habría que probar un instante de inactividad en la materia, un momento de reposo. Ahora bien, jamás encontrarán ese momento. Los animales pequeños se forman en el mismo instante en que el animal grande muere, y la vida de esos pequeños animales no es más que uno de los efectos necesarios y determinados por el sueño momentáneo del grande. ¿Se animarán a decir ahora que a la naturaleza le agrada uno más que otro? Para eso habría que probar algo imposible: que la forma larga o cuadrada es más útil y más agradable a la naturaleza que la forma alargada o triangular. Habría que probar que, en referencia a los sublimes planes de la naturaleza, un holgazán que se ceba en la inactividad y en la indolencia es más útil que el caballo, cuyo servicio es esencial, o que el buey, cuyo cuerpo es tan apreciable que no hay

ninguna parte del mismo que no nos sirva. Habría que decir que la serpiente venenosa es más necesaria que el perro fiel.

Ahora bien, como todos estos sistemas son insostenibles, es absolutamente necesario admitir nuestra imposibilidad de aniquilar las obras de la naturaleza, en vista de que la única cosa que hacemos, al entregarnos a la destrucción, no es sino producir una variación en las formas, pero de ningún modo apagar la vida. Está muy por encima de las fuerzas humanas el probar que pueda existir ningún crimen en la pretendida destrucción de una criatura, de cualquier sexo o edad, y de la especie que puedan imaginarse. Así, llevados por una serie de efectos encadenados, habrá que convenir que, lejos de perjudicar la naturaleza, la acción que cometen, al variar las formas de sus diferentes obras, es ventajosa para ella, puesto que por esta acción le proporcionan la materia prima para sus reconstrucciones, cuyo trabajo le resultaría impracticable si no lo destruyesen. ¡Bien! Déjenla hacer. Seguramente quiso permitirlo, pero no son sino sus impulsos los que sigue el hombre cuando comete un homicidio. Es la naturaleza quien lo aconseja. El hombre que destruye a su semejante es para la naturaleza lo que la peste o el hambre, las cuales también son enviadas por su mano, la que se sirve de todos los medios posibles para obtener cuanto antes la materia prima de la destrucción, absolutamente esencial para sus obras.

Por un instante, iluminemos nuestra alma con la antorcha de la filosofía. ¿Qué otra voz si no es la de la naturaleza para inspirarnos los odios personales, las venganzas, las guerras, en suma, todas ellas permanentes causas de muertes? Ahora bien, si ella nos lo aconseja, es porque lo necesita. ¿Cómo podemos entonces, después de esto, creernos culpables respecto de ella, cuando no hacemos otra cosa que cumplir con sus designios?

Pero es preciso algo más para convencer a todo lector esclarecido que es imposible que la muerte pueda ofender la naturaleza.

¿Es un crimen en política? Atrevámonos a confesar, por el contrario, que desgraciadamente es uno de los más grandes resortes de la política. ¿Acaso no fue a fuerza de asesinatos como Roma se convirtió en la dueña del mundo? ¿Acaso no ha sido a fuerza de asesinatos como Francia es hoy libre? Es inútil advertir aquí que sólo se habla de los muertos ocasionados por la guerra, y no de las atrocidades cometidas por los insurgentes y los rebeldes. Éstos, expuestos a la execración pública, no necesitan sino ser recordados para excitar el horror y la indignación general. ¿Qué otra ciencia humana tiene mayor necesidad de apoyarse en la muerte que aquélla que no tiende más que a engañar, que no tiene más meta que el crecimiento de una nación a expensas de otra? Las guerras, únicos frutos de esta barbarie política, ¿acaso no son otra cosa que un medio para nutrirse, para fortalecerse y para extenderse? ¿Acaso la guerra no es la ciencia de la destrucción? ¡Extraña ceguera la del hombre que enseña públicamente el arte de matar, que recompensa al que mejor lo hace y que castiga al que, por motivos personales, se deshace de su enemigo! ¿No es hora de que se corrijan tan crueles errores?

Finalmente, ¿es el asesinato un crimen contra la sociedad? ¿Puede pensarlo alguien que sea sensato? ¡Ah! ¿Qué le importa a esta desarrollada sociedad tener un miembro más o uno menos? ¿Estarán viciadas sus leyes, su moral, sus costumbres? ¿Alguna vez ha influido la muerte sobre la sociedad en su conjunto? ¿Qué puede decirse después de perder la mayor de las batallas? Después de la extinción de la mitad del mundo o, si se quiere, de su totalidad, la pequeña porción de seres que lograse sobrevivir ¿experimentaría la más mínima altera-

ción? ¡Ay, no! La naturaleza en su totalidad no sentiría nada, y el estúpido orgullo del hombre, que cree que todo está hecho para él, se sorprendería después de la total destrucción de la especie humana, si viese que nada cambia en la naturaleza y que ni siquiera se retrasa el curso de los astros. Prosigamos.

¿Cómo debe considerarse el asesinato en un Estado guerrero y republicano?

Seguramente sería muy peligroso desacreditarlo o castigarlo. El orgullo del republicano requiere algo de ferocidad. Si se ablanda, si pierde su energía, pronto será subyugado. Aquí se impone una singular reflexión y, aunque parezca audaz, la expondré, puesto que es cierta. Una nación que comienza a gobernarse bajo un gobierno republicano, sólo se sostendrá por las virtudes, debido a que para llegar a mucho es preciso empezar por poco. Pero una nación ya vieja y corrupta, que sacuda valientemente el yugo de su monarquía para adoptar un gobierno republicano, no se mantendrá sino a través de muchos crímenes, debido a que ya está dentro del crimen, y si quiere pasar del crimen a la virtud, es decir de un estado violento a uno pacífico, caerá en una inercia cuyo resultado inmediato será ciertamente la ruina. ¿Qué sería del árbol que trasplantaras de un terreno fértil a uno arenoso y seco? Las ideas intelectuales se subordinan tanto a la física de la naturaleza, que los ejemplos proporcionados por la agricultura jamás nos engañarán en lo que respecta a la moral.

Los hombres más independientes, los más próximos a la naturaleza y los salvajes, cada día se entregan impunemente al asesinato. En Esparta, en Lacedemonia, se iba a la caza de los ilotas, como en Francia se va a la de las perdices. Los pueblos más libres son los que más lo toleran. En Mindanao, el que comete un asesinato es ascendido al rango de los valientes: se le condecora con un tur-

bante. Entre los caraguos, es preciso matar a siete hombres para ser honrado con esta corona. Los habitantes de Borneo creen que todos aquéllos a quienes asesinan, les servirán más allá de la muerte.

Incluso los españoles devotos le ofrecían a Santiago de Galicia matar a doce americanos por día. En el reino de Tangut, se elegía a un joven fuerte y vigoroso al que en ciertos días del año se le permitía matar a todo el que encontrase. ¿Habría otro pueblo más amigo de la muerte que el de los judíos? Se la ve bajo todas las formas y en todas las páginas de su historia.

El emperador y los mandarines de China, cada tanto, tomaban medidas para que el pueblo se rebelase, maniobras por las cuales obtenían el derecho de practicar una horrible carnicería. Que ese pueblo flojo y afeminado se libere del yugo de sus tiranos y tendrá a su vez razones suficientes para matarlos, y el asesinato, siempre necesario, no habrá hecho sino cambiar de víctimas. Es la felicidad de unos y se convertirá en la dicha de otros.

Una infinidad de naciones toleran los asesinatos públicos, están totalmente permitidos en Génova, en Venecia, en Napóles y en toda Albania. En Kachao, a las orillas del río de Santo Domingo, los asesinos, siguiendo una costumbre reconocida y aceptada, degüellan a su orden y ante sus ojos al individuo que le indiquen. Los indios toman opio para animarse a matar; luego, se lanzan a las calles y masacran a todos los que encuentran a su paso. Algunos viajeros ingleses pudieron observar esta costumbre en Batavia.

¡Acaso hubo otro pueblo al mismo tiempo más grande y más cruel que los romanos, y otra nación que conservase durante tanto tiempo su esplendor y su libertad! El espectáculo de los gladiadores sostuvo su coraje. Se volvió guerrero por el hábito de hacer de la muerte un juego. Doce o quince cientos de víctimas diarias llenaban el

ruedo del circo. Allí, las mujeres, más crueles que los hombres, se atrevían a exigir a los moribundos que cayesen con gracia y mantuviesen las formas incluso bajo las convulsiones de la muerte. Los romanos pasaron de esto al placer de ver cómo se degollaban los enanos entre sí, y cuando el culto cristiano, contaminando el mundo, vino a persuadir a los hombres que era malo matarse, este pueblo fue enseguida sometido por los tiranos y los héroes del mundo se convirtieron rápidamente en monigotes.

En fin, en todas partes se consideró con razón que el asesino, es decir, el hombre que ahoga su sensibilidad hasta el punto de matar a su semejante, y de desafiar a la venganza pública o privada, no podía ser más peligroso, y por consiguiente, más valioso para un gobierno guerrero o republicano. Recorramos las naciones que, más feroces aún, no contentas con inmolar a los niños de otros pueblos sacrificaron muy a menudo a sus propios hijos. Veremos que estas acciones, universalmente practicadas, están incluso contempladas en las leyes. Diversos pueblos salvajes mataban a los recién nacidos. En las orillas del río Orinoco, las madres, convencidas de que a sus hijas sólo les esperaba la desgracia, puesto que estaban destinadas a convertirse en las esposas de los salvajes de esas regiones, y que las mujeres no podían sufrir, las inmolaban tan pronto como las daban a luz. En Trapobana y en el reino de Sopit, los niños deformes eran sacrificados por sus propios padres. Las mujeres de Madagascar exponían a los animales salvajes a los niños nacidos en determinados días de la semana. En las repúblicas de Grecia, se examinaba cuidadosamente a los niños que llegaban al mundo y, si no eran encontrados aptos para defender a la república en el futuro, los sacrificaban rápidamente. Allí, se consideraba que no era para mantener a este vil despojo de la naturaleza humana, para lo que se habían edificado casas tan bien dotadas. Hasta el traslado de la sede del imperio,

todos los romanos que no querían criar a sus hijos, los arrojaban a las cloacas. Los antiguos legisladores no tenían ningún escrúpulo en sacrificar a los niños, y ninguno de sus códigos jamás reprimió los derechos que un padre creía tener sobre su familia. Aristóteles aconsejaba el aborto, y esas antiguas republicanas, llenas de entusiasmo y de ardor patriótico, desconocían este sentimiento de misericordia individual que se encuentra entre las naciones modernas. Querían menos a sus hijos, pero amaban más a su país. En todas las ciudades de China, todas las mañanas se encuentra en las calles una considerable cantidad de niños abandonados. Un sepulturero los recoge al salir el día y los echa a una fosa. A menudo, son las mismas parteras las que, tras librarse de las madres, ahogan a sus niños en barriles de agua hirviente o en las aguas del río. En Pequín, se los mete en pequeñas cestas de junco y los abandonan en los canales. El famoso viajero Duhalde evaluó en más de treinta mil los niños que diariamente se recogen, tras espumar las aguas. No se puede negar que en un gobierno republicano, sea extraordinariamente necesario dignificar la población. Es una medida extremadamente política. Con propósitos absolutamente diferentes, es preciso aumentar la población bajo una monarquía. En ésta, los tiranos seguramente necesitan hombres, puesto que su riqueza está en función del número de esclavos que posean. Pero en un gobierno republicano, la abundancia de población, no lo dudemos, es realmente un vicio. Sin embargo, no es preciso degollar para que disminuya, como lo sostienen nuestros modernos magistrados. Sólo se trata de quitarles los medios para que se propaguen más allá de los límites que les prescribe su bienestar. Guárdense de multiplicar un pueblo en el que cada ser es soberano. Tengan bien por seguro de que las revoluciones jamás son el efecto de una población demasiado numerosa. Si para el esplendor del Estado

otorgan a sus guerreros el derecho de destruir a los hombres, para la conservación de este mismo Estado, otorguen también a cada individuo, con el fin de que lo ejerza todo lo que quiera —puesto que no ofende a la naturaleza—, el derecho de deshacerse de los hijos que no puede alimentar o que no aportarán ningún beneficio al gobierno. Otórguenle incluso el de deshacerse, por su cuenta y riesgo, de todos los enemigos que puedan perjudicarlo, porque el resultado de todas estas acciones, absolutamente nulas en sí mismas, será el de tener a su población en un estado de moderación, y nunca lo bastante numerosa para levantarse contra su gobierno. Dejen que los monárquicos digan que la grandeza de un Estado depende de una población numerosa: este Estado siempre será pobre si la población excede los medios de subsistencia, y será floreciente si, manteniéndose en sus límites, trafica con sus excedentes. ¿Acaso no podan el árbol cuando tiene demasiadas ramas? ¿Acaso no cortan las ramas para conservar el tronco? Todo sistema que se aparta de estos principios es una extravagancia, cuyos abusos pronto conducirían al derrumbe del edificio que con tanto esfuerzo acabamos de levantar. Pero para disminuir la población no es al hombre ya formado a quien hay que destruir: es injusto acabar con los días de un individuo bien conformado. Se trata de impedir que nazca un ser que, ciertamente, será inútil para el mundo. La especie humana debe ser depurada desde la cuna. Si prevén que esa vida jamás podrá ser útil a la sociedad, es preciso cercenarla desde su seno. He aquí los únicos medios razonables de aminorar una población cuyo excesivo número, según acabamos de demostrarlo, es el más peligroso de los abusos.

Es tiempo de que resumamos.

¿La muerte debe ser castigada con la muerte? No, sin duda. Nunca impongamos al asesino otro castigo que

aquel al que puede quedar expuesto por la venganza de los amigos o de la familia de su víctima. “Te concedo el perdón”, decía Luis XV a Charoláis, quien acababa de matar a un hombre por diversión, “pero lo hago también con el que te matará.” En estas sublimes palabras se encuentran las bases de la ley contra los asesinos.

En suma, el asesinato es un horror, pero un horror que a menudo es necesario, nunca criminal y esencialmente tolerable en un Estado republicano. He demostrado que en todo el mundo se encontraban ejemplos de ello. Pero ¿es preciso considerarlo como una acción que puede ser castigada con la muerte? Los que respondan al siguiente dilema habrán satisfecho la pregunta: ¿Es o no un crimen el asesinato? Si no hay en ello ningún delito, ¿por qué hacer leyes que lo castiguen? Y si lo hubiese, ¿por qué inhumana y estúpida inconsecuencia lo castigarían con otro crimen?

Nos queda por hablar de los deberes de los hombres para consigo mismos. Como el filósofo no admite esos deberes si no coadyuvan con su placer o para su conservación, es completamente inútil recomendarle su práctica, y más inútil aún, imponerle castigos por no haberlos cumplido.

El único delito que el hombre podría cometer en este género es el suicidio. Me entretendré aquí en demostrar la estupidez de las personas que convierten esta acción en un crimen: remito a la famosa carta de Rousseau, para quienes aún tuviesen alguna duda respecto de esto. Casi todos los gobiernos antiguos autorizaban el suicidio por razones de política y de religión. Los atenienses exponían ante el Areópago las razones que tenían para matarse y a continuación se apuñalaban. Todas las repúblicas de Grecia toleraban el suicidio, y éste era contemplado por los legisladores. Los hombres se suicidaban en público, y se hacía de su muerte un ostentoso espectáculo. La repú-

blica romana promovió el suicidio, los tan mentados sacrificios por la patria no eran sino suicidios encubiertos. Cuando Roma fue invadida por los galos, los más ilustres senadores se inmolaron. Readoptando este mismo espíritu, cultivaremos las mismas virtudes. Un soldado se suicidó durante la campaña de 1792, por la pena de no poder acompañar a sus camaradas en el combate de Jemmappes. Si nos mantenemos a la altura de estos orgullosos republicanos, pronto sobrepasaremos estas virtudes, es el gobierno el que hace al hombre. Tan largo hábito al despotismo había debilitado nuestro valor, había pervertido nuestras costumbres. Hemos renacido y pronto se verá de cuántas acciones sublimes es capaz el genio francés cuando es libre. Mantengamos, al precio de nuestra vida y de nuestra fortuna, esta libertad que nos cuesta ya tantas víctimas. No lamentaremos ninguna si llegamos a la meta. Ellas mismas se han inmolado voluntariamente. No volvamos inútil su sangre, pero mantengamos la unión... o perderemos los frutos de nuestros esfuerzos. Tratemos de tener excelentes leyes que garanticen las victorias que acabamos de conseguir. Nuestros primeros legisladores, aún esclavos del déspota que finalmente hemos derrocado, no nos dieron sino leyes dignas de ese tirano, al que aún siguen adulando. Rechacemos su obra, pensemos que es para los republicanos y para los filósofos para quienes vamos finalmente a trabajar. Que nuestras leyes sean tan tolerantes como el pueblo al que deban regir.

Al exponer aquí, como acabo de hacerlo, el escaso valor y la indiferencia de una infinidad de acciones que nuestros antepasados vieron como criminales bajo el influjo de una falsa religión, reduzco nuestro trabajo a algo muy insignificante. No se trata de multiplicar los frenos, sólo es cuestión de hacer indestructible que se utilice. Que las leyes que promulgamos no tengan otro fin que la tranquilidad del ciudadano, su felicidad y el esplendor

de la república. Pero después de haber expulsado al enemigo de sus tierras, franceses, desearía que la pasión que pongan en propagar sus principios los lleve más lejos aún. No es sino a hierro y a fuego como podrán llevarlos de un extremo al otro del mundo. Antes de cumplir estas resoluciones, recuerden los fracasados sucesos de las Cruzadas. Cuando el enemigo esté al otro lado del Rin, créanme, resguarden sus fronteras y permanezcan en su país. Reactiven el comercio, promuevan y den salida a sus mercancías, hagan reflorecer las artes. Reanimen la agricultura, tan necesaria para un gobierno como el suyo, cuyo espíritu debe ser el de poder abastecer a todo el mundo sin necesitar de nadie. Dejen que las monarquías de Europa se derrumben por sí mismas. Su ejemplo y su prosperidad las derribarán, sin que tengan necesidad de inmiscuirse en ellas.

Siendo invencibles en su país, y modelo para todos los pueblos por su organización y buenas leyes, no habrá gobierno en todo el mundo que no trabaje para imitarlos, ni uno sólo que no se honre con su confederación. Pero sí, por el vano orgullo de llevar sus principios más lejos, abandonan el cuidado de su propia felicidad, el despotismo, que no está sino adormecido, volverá a renacer, las divisiones internas los desgarrarán, habrán agotado sus finanzas y sus bienes, y todo esto por volver a besar las cadenas que les impusieron los tiranos, que los habrán subyugado durante su ausencia. Todo lo que deseen se podrá hacer sin que tengan que abandonar sus hogares. Que los otros pueblos los vean felices y correrán tras la felicidad siguiendo la misma ruta que le han trazado.

Eugenia *(A Dolmancé.)*: Esto es un escrito sensato, el cual está tan de acuerdo con sus principios que estoy tentada de creerlo el autor, al menos en muchos aspectos.

Dolmancé: Es muy cierto que comparto una buena parte de esas reflexiones, y mis discursos, que ya los

conoce, dan a la lectura que acabamos de hacer toda la apariencia de ser una repetición...

EUGENIA *(Cortándolo.)*: No lo he advertido. Nunca sería suficiente repetir las cosas buenas. No obstante, encuentro que algunos de esos principios son algo peligrosos.

DOLMANCÉ: No hay más peligros en el mundo que la piedad y la beneficencia. Definitivamente, la bondad no es más que una debilidad, a través de la cual la ingratitud y la impertinencia de los débiles obligan a las personas honestas a arrepentirse. Que un buen observador se ocupe en evaluar los peligros de la piedad y que los compare con los de una firmeza sostenida, verá si los primeros no son los que predominan. Pero vamos más lejos, Eugenia. Resumamos, a los efectos de su instrucción, el mejor consejo que se pueda extraer de todo lo que se acaba de decir: jamás escuche a su corazón, hija mía, es el guía más falso que hayamos recibido de la naturaleza. Ciérrelo con cuidado a los falaces acordes del infortunio. Es mucho mejor que rechace al que verdaderamente estaría hecho para interesarle y que corra el riesgo de entregarse al depravado, al intrigante y al aventurero, uno sólo acarrea leves consecuencias, el otro los más grandes inconvenientes.

EL CABALLERO: Le ruego que me permita contestar y aniquilar, si puedo, los principios de Dolmancé. ¡Ah! ¡Qué diferentes serían éstos, hombre cruel, si privado de la inmensa fortuna con la que permanentemente encuentras los medios para satisfacer tus pasiones, pudieses languidecer algunos años en esta agobiante desdicha, con la que tu feroz espíritu se atreve a ocasionar a los miserables! ¡Echa una ojeada de piedad sobre ellos, y no cierres tu alma hasta el punto de endurecerla sin remedio ante los desgarradores gritos de necesidad! Cuando tu cuerpo, ya cansado de los placeres, repose lánguidamente sobre colchones de plumas, mira el suyo —abatido por los trabajos que a ti te proporcionan de qué vivir— que recoge un

poco de paja para preservarse de la frescura de la tierra, en la que no tienen, como los animales, más que la fría superficie para tenderse. Echa una mirada sobre ellos, cuando rodeado de platos suculentos con los que veinte alumnas de Comus despiertan día a día tu sensualidad, esos desdichados disputan a los lobos en los bosques la raíz amarga de un suelo reseco. Cuando los juegos, las gracias y las risas conducen a tu lecho impuro a los más conmovedores objetos del templo de Citeres, mira a ese miserable tendido al lado de su triste esposa, que satisfecho con los placeres que cosecha en el seno de las lágrimas, ni siquiera sospecha que puedan existir otros. Míralo, cuando no te privas de nada, cuando nadas en medio de lo superfluo. Míralo también, te digo, faltarle siempre los medios para cubrir sus necesidades elementales. Echa una ojeada sobre su desolada familia. Mira a su vibrante esposa repartirse con ternura entre los cuidados que debe a su marido, languideciendo junto con ella, y los que la naturaleza le manda con respecto a los retoños de su amor, privada de la posibilidad de cumplir con ninguno de esos deberes tan sagrados para un alma sensible. ¡Escúchala sin estremecerte, si puedes, reclamar junto a ti lo superfluo que tu crueldad le niega!

Bárbaro, ¿acaso no son hombres como tú? Si son semejantes a ti, ¿por qué debes gozar cuando ellos decaen? Eugenia, Eugenia, jamás apague en su alma la voz sagrada de la naturaleza. Es a través de la beneficencia como ella la conducirá, muy a su pesar, cuando separe su órgano del fuego de las pasiones que lo consume. Dejemos ahí los principios religiosos, de acuerdo. Pero no abandonemos las virtudes que la sensibilidad nos inspira. Es sólo practicándolas como disfrutaremos de los más dulces y deliciosos goces del alma. Todos los delirios de su espíritu serán redimidos por una buena obra. Ésta apagará en usted los remordimientos que su conducta hará

nacer en él, y al formar en el fondo de su conciencia un asilo sagrado, en el que usted misma se replegarás algunas veces, allí encontrará el consuelo de los excesos a los que te habrán arrastrado tus errores. Hermana, soy joven, libertino, impío y capaz de todos los excesos del espíritu, pero aún conservo el corazón, es puro y es con él, amigos, como me consuelo de los defectos propios de mi edad.

DOLMANCÉ: Sí, caballero, eres joven, tus discursos lo demuestran. Te falta experiencia. Te espero hasta que ella te haga madurar. Entonces, querido, ya no hablarás tan bien de los hombres, porque los habrás conocido. Fue su ingratitud lo que secó mi corazón, su perfidia la que destruyó en mí esas virtudes funestas, para las cuales quizás había nacido, al igual que tú. Ahora bien, si los vicios de unos vuelven tan peligrosas esas virtudes en otros, ¿acaso no se rinde un servicio a la juventud al ahogarlas tempranamente? ¿De qué remordimientos me hablas, querido amigo? ¿Pueden existir en el alma de quien no reconoce el crimen en nada? Que tus principios los ahoguen, si temes el aguijón, ¿te será posible arrepentirte de una acción de cuya indiferencia estarás profundamente convencido? Desde que creas que en nada existe el mal, ¿de qué mal te podrías arrepentir?

EL CABALLERO: Es en nuestro espíritu donde sentimos los remordimientos. No son sino los frutos del corazón. Los artificios del pensamiento jamás apagarán los movimientos del alma.

DOLMANCÉ: Pero el corazón se engaña, puesto que no es sino la expresión de los falsos cálculos del espíritu. Madura esto, lo otro cederá pronto. Las falsas definiciones siempre nos desorientan cuando queremos razonar. No sé lo que es el corazón. Así es como llamo a las debilidades del espíritu. Una sola y única llama se enciende en mí, pero, en la medida en que estoy sano y fuerte, jamás me perturba. ¿Acaso soy viejo, hipocondríaco o cobarde? Me

equivoco. Entonces, me digo que soy sensible, aunque en el fondo no soy sino débil y tímido. Una vez más, Eugenia, que esta traidora sensibilidad no abuse de usted. Sólo es, téngalo por seguro, la debilidad del alma. Se llora cuando se tiene temor, y he ahí la razón de que los reyes sean tiranos. Rechace, deteste los desleales consejos del caballero. Al decirle que abra su corazón a todos los males imaginarios del infortunio, busca atormentarla con una suma de pesares que no siendo tuyos, pronto la desgarrarán inútilmente. ¡Ah! Crea, Eugenia, crea que los placeres que nacen de la blandura valen tanto como los que le proporciona su sensibilidad. Éstos no llegan más que en un sentido al corazón, mientras que los otros lo acarician y lo agitan por todas partes. Los goces permitidos, en una palabra, ¿pueden compararse a los goces que reúnen atractivos mucho más excitantes, aquellos que se derivan de la ruptura de los frenos sociales y de trastocar todas las leyes?

Eugenia: ¡Usted triunfa, Dolmancé, usted gana! ¡Los discursos del caballero sólo han rozado ligeramente mi alma, los suyos la seducen, la arrastran! ¡Ah! Créame, caballero, diríjase más bien a las pasiones que a las virtudes cuando quiera persuadir a una mujer.

Señora de Saint-Ange *(Al caballero.)***:** Sí, amigo, gózanos bien, pero no nos sermonees. No conseguirás en absoluto convertirnos y podrías turbar el desarrollo de las lecciones en las que queremos hacer humedecer al alma y el espíritu de esta encantadora niña.

Eugenia: ¿Turbar? ¡Oh, no, no! Tu labor ha acabado. Lo que los estúpidos llaman corrupción se ha arraigado bastante en mí como para que exista incluso alguna esperanza de retorno, y tus principios están lo suficientemente apuntalados en mi corazón como para que los engaños del caballero lleguen a destruirlos.

Dolmancé: Tiene razón, no hablemos más de eso, caballero. Cometerías errores y lo único que deseamos

es que actúes.

El Caballero: De acuerdo. Estamos aquí con un objetivo muy diferente al que yo aspiro, lo sé. Vamos derecho hacia la meta, lo acepto. Guardaré mi moral para aquéllos que, no tan ebrios como ustedes, estén en condiciones de escucharme.

Señora de Saint-Ange: Sí, hermano, sí, sí, aquí sólo queremos tu semen. Te perdonamos tu moral. Es demasiado suave para unos desenfrenados como nosotros.

Eugenia: Dolmancé, me temo que esta crueldad que pregonas con tanto ardor influya algo en sus placeres. Lo he notado, es usted duro cuando folla. Por mi parte, creo que también sentiría alguna predisposición hacia ese vicio. Para aclarar mis ideas respecto de todo esto, dígame, se lo ruego, cómo ve al objeto que sirve a sus placeres.

Dolmancé: Como algo absolutamente nulo, querida. Que comparta o no mis goces, que sienta o no satisfacción, apatía o incluso dolor, mientras yo sea feliz, lo demás no importa.

Eugenia: Es mejor que este objeto sienta dolor, ¿no?

Dolmancé: Seguramente, es mucho mejor. Ya se lo dije. El impacto, mucho más intenso en nosotros, dirige entonces de un modo más enérgico y más rápido los instintos animales en la dirección necesaria para el goce. Abra los serrallos de África, los de Asia, los de su Europa meridional, y verá cómo los jefes de esos famosos harenes se reprimen mucho, cuando se les pone tieso de dar placer a los individuos que les sirven. Ellos ordenan y los demás obedecen. Gozan, y no intenta reprenderlos. Lo satisfacen, después se alejan. Entre ellos hay quienes castigan como una falta de respeto la audacia de compartir su goce. El rey de Achem hace cortar sin piedad la cabeza de la mujer que se ha atrevido a faltarle al respeto hasta el punto de gozar en su presencia, y a menudo es él mismo quien se la corta. Este déspota, uno de los más singulares

de Asia, está custodiado exclusivamente por mujeres, y sólo les comunica sus órdenes a través de señales. La muerte más cruel es el castigo para las que no lo entiendan, y los suplicios siempre se ejecutan o por sus propias manos o ante sus ojos.

Todo esto, querida Eugenia, está absolutamente basado en los principios que ya le he explicado. ¿Qué se desea cuando se folla? Que todos los que nos rodean se ocupen de nosotros, que no piensen más que en nosotros, que no cuiden sino de nosotros. Si los objetos que nos sirven gozan, desde ese momento se ocupan más bien de ellos que de nosotros, y, en consecuencia, alteran nuestro goce. No hay hombre que no quiera ser déspota cuando su miembro se pone rígido, se le ocurre que tendrá menos placer si los otros parecen sentirlo tanto como él. En ese momento, por un instintivo sentimiento de orgullo, desearía ser el único en el mundo capaz de experimentar lo que siente. La idea de ver a otro gozar como él lo lleva a una especie de igualdad que anula los indescriptibles encantos que le hace experimentar el despotismo. Por otra parte, es falso que haya placer en darlo a los otros. Esto es servirles, y el hombre que está excitado se halla muy lejos del deseo de ser útil a los otros. Al hacer el mal, por el contrario, experimenta todos los encantos de que disfruta un individuo vigoroso que puede hacer uso de su fuerza. Él es quien domina entonces, es el tirano. ¡Y cuánta diferencia hay para el amor propio! En ese caso, no creemos que deba ocultarlo.

El acto de follar es una pasión que, lo acepto, somete a ella todas las otras, pero que las reúne al mismo tiempo. En este momento, el deseo de dominar es tan fuerte en la naturaleza, que es encontrado incluso entre los animales. Observe si los que están en cautiverio procrean como los que están en libertad. El dromedario va más lejos, sólo engendra si no tiene testigos. Intenta sorprenderlo y, en

consecuencia, de demostrarle que puede tener un amo, y se separará de inmediato de su compañera y huirá. Si no hubiese sido intención de la naturaleza que el hombre tuviese esta superioridad, nos hubiese creado más débiles que a los seres que les destina en ese momento. Esta debilidad con la que la naturaleza condenó a las mujeres, muestra incuestionablemente que su intención es que el hombre, que entonces goza más que nunca de su potencia, la ejerza mediante toda la violencia que le parezca, incluso con suplicios, si lo desea. ¿Acaso la crisis del placer sería una especie de rabia si la intención de esta madre del género humano no hubiese sido que el tratamiento durante el coito fuese el mismo que se dispensa bajo los efectos de la cólera? ¿Quién es el hombre bien constituido, en una palabra, dotado de órganos vigorosos, que no deseará entonces, sea de una manera o de otra, maltratar durante su goce? Sé muy bien que una infinidad de estúpidos, que jamás se dan cuenta de sus sensaciones, comprenderán mal el sistema que establezco. Pero ¿qué me importan los imbéciles? No es a ellos a quienes me dirijo. Vulgares adoradores de mujeres, los dejo, a los pies de su insolente Dulcinea, que alcancen el suspiro que los hará felices, y vilmente esclavos del sexo al que deberían dominar, los abandono a los abyectos encantos de llevar las cadenas que la naturaleza les da, con el derecho de aplastar a los otros. Que estos animales vegeten en la bajeza que los envilece, sería en vano que les predicásemos lo contrario. Pero que no denigren lo que no pueden comprender, y que se convenzan de que quienes en este tipo de materias deseen fundar sus principios, es decir, en los arrebatos de un alma vigorosa y de una imaginación sin frenos, como lo hacemos nosotros, usted y yo, señora, ¡que seremos los únicos que merezcan ser escuchados, los únicos que estarán capacitados para prescribirles las leyes y darles lecciones!...

¡Por Dios! ¡Lo tengo tieso!... Llama a Agustín, te lo

ruego. *(Llaman. Agustín entra.)* ¡Es inaudito cómo el soberbio culo de este hermoso muchacho me llena la cabeza desde que hablo! Todas mis ideas parecen conducirme involuntariamente a él... Pon ante mi vista esa obra maestra, Agustín..., ¡para que lo bese y lo acaricie durante un cuarto de hora! Ven, amor, ven, que me vuelva merecedor, en tu bello culo, de las llamas con las que Sodoma me abrasa. ¡Tiene las nalgas más bellas..., las más blancas! ¡Quisiera que Eugenia, de rodillas, le succionase el miembro durante ese tiempo! Mediante esa postura, ella expondrá su trasero al caballero, para que él lo penetre, y la señora de Saint-Ange, montada sobre los lomos de Agustín, me ofrecerá sus nalgas para besarlas. Armada con un puñado de varillas, podrá, inclinándose un poco, me parece, azotar mejor al caballero, realizando una estimulante ceremonia que nuestra alumna no debe olvidar. *(Arreglan su postura.)* Sí, es eso. En el mejor de los casos, amigos, en verdad, es un placer organizar los cuadros. ¡No hay en el mundo un artista capaz de ejecutarlo como ustedes!... ¡Este sinvergüenza tiene el culo de un estrecho!... Lo mejor que puedo hacer es alojarme allí... ¿Tendría a bien, señora, permitirme morder y pellizcar su hermosa carne mientras penetro?

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Tanto como quiera, amigo. Pero mi venganza está dispuesta, se lo advierto. Juro que por cada maltrato, le arrojaré un pedo en la boca.

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Qué amenaza!... Eso me apresura a ofenderla, querida. *(La muerde.)* ¡Veamos si mantiene su palabra! *(Recibe un pedo.)* ¡Ah! ¡Delicioso! ¡Delicioso!... *(La palmea y recibe otro de inmediato.)* ¡Oh! ¡Es divino, mi ángel! Guárdame algunos para el momento de la crisis... y puedes estar segura de que entonces te trataré con toda crueldad..., con toda la barbarie... No puedo más... ¡Me voy!... *(La muerde, la palmea y ella no deja de ventosear.)* ¡Mira cómo te trato, sinvergüenza!... ¡Cómo te

domo!... Aún éste... y ése... ¡y que el último insulto sea para el mismo ídolo al que ofrezco el sacrificio! *(Le muerde el orificio del trasero. Abandonan la postura.)* Y ustedes, ¿qué han hecho, amigos?

EUGENIA *(Mostrando el semen que tiene en el trasero y en la boca)*: ¡Ay, maestro..., ya ve cómo me han puesto sus alumnos! Tengo el culo y la boca llenos de semen, ¡me cae semen por todos los lados!

DOLMANCÉ *(Con firmeza.)*: Espere, deseo que me devuelva en la boca el semen que el caballero le ha introducido en el trasero.

EUGENIA *(Colocándose en la postura adecuada.)*: ¡Qué extravagancia!

DOLMANCÉ: ¡Ah! ¡No hay nada más bueno que el semen que sale de un buen trasero!... Es un plato digno de los dioses. *(Lo traga.)* Mire el caso que le hago. *(Se dirige hacia el culo de Agustín y lo besa).* Les pediré permiso, señoras, para pasar con este joven un momento al gabinete de al lado.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¿No puedes hacer aquí con él lo que quiera?

DOLMANCÉ *(En voz baja y misteriosamente.)*: No, decididamente hay cosas que exigen velos.

EUGENIA: ¡Ah! Cuéntenos de qué se trata, al menos.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: No lo dejo salir si no lo hace.

DOLMANCÉ: ¿Quiere saberlo?

EUGENIA: ¡Totalmente!

DOLMANCÉ *(Arrastrando a Agustín.)*: Muy bien, señoras, voy... pero, de verdad, eso no se puede decir.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¿Hay acaso en el mundo alguna infamia que no seamos dignas de comprender o de realizar?

EL CABALLERO: Escucha, hermana, te lo voy a decir. *(Habla en voz baja a las dos mujeres.)*

EUGENIA *(Haciendo un gesto de repugnancia.)*:

Tiene razón, es horrible.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Oh! Lo dudo.

DOLMANCÉ: Ya ves que debía ocultarles esta fantasía. Ahora ya pueden pensar por qué, para entregarse a semejantes degradaciones hay que estar solo y en la oscuridad.

EUGENIA: ¿Quiere que vaya con usted? Lo masturbaré, mientras se divierte con Agustín.

DOLMANCÉ: No, no, esto es un asunto de honor y sólo debe hacerse entre hombres, una mujer nos estorbaría... En un momento estaré con ustedes, señoras. *(Sale, llevándose a Agustín.)*

SEXTO DIÁLOGO

SEÑORA DE SAINT-ANGE, EUGENIA, EL CABALLERO

SEÑORA DE SAINT-ANGE: En verdad, hermano, tu amigo es muy relajado.

EL CABALLERO: No me he equivocado al presentártelo como tal.

EUGENIA: Estoy persuadida de que no hay otro igual en el mundo... ¡Oh, querida, es encantador! Veámoslo a menudo, te lo ruego.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Llaman... ¿Quién puede ser?... Ordené que no molestasen. Debe haber prisa... Mira de qué se trata, caballero, te lo suplico.

EL CABALLERO: Una carta que trae Lafleur. Se ha marchado a toda prisa, diciendo que recordaba tus órdenes, pero que el asunto le había parecido tan importante como urgente.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Ah! ¿Qué es esto?... ¡Es de tu padre, Eugenia!

EUGENIA: ¡Mi padre!... ¡Ah! ¡Estamos perdidas!...

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Leamos antes de desanimarnos. *(Lee.)*

¿Puedes creer, mi bella dama, que mi insoportable esposa, alarmada por la visita de mi hija a tu casa, sale en este momento a buscarla? Se imagina todo tipo de cosas..., que, suponiendo incluso que fuesen ciertas, no serían sino simples verdades. Te ruego que la castigues rigurosamente por esta impertinencia. Ayer la corregí por

una semejante, pero la lección no ha sido suficiente. Búrlala en extremo, te pido ese favor. No te preocupes que cualquiera sea el extremo al que lleves las cosas, no me quejaré... Hace tanto tiempo que esta buscona me pesa... que en verdad... ¿Me entiendes? Lo que vayas a hacer estará bien: es todo lo que te puedo decir. Ella sigue a mi carta desde muy cerca. Están sobre aviso. Envía a Eugenia sólo cuando esté instruida, te lo ruego. Quiero dejar que recojas las primeras cosechas, pero ten por seguro, sin embargo, que algo habrás hecho por mí.

Señora de Saint-Ange: Bien, Eugenia, ¿ves que no hay nada de qué asustarse? Hay que convenir que es una mujercita bien insolente.

Eugenia: ¡La muy prostituta!... ¡Querida, puesto que mi padre me ha dado carta blanca, es preciso, te lo ruego, recibir a esa sinvergüenza como se lo merece!

Señora de Saint-Ange: Bésame, corazón. ¡Qué contenta estoy de verte tan dispuesta!... Vamos, tranquilízate. Te garantizo que no le escatimaremos nada. ¿Querías una víctima, Eugenia? Ahí tienes una, que la naturaleza y la suerte te dan al mismo tiempo.

Eugenia: ¡Gozaremos, querida, gozaremos con ello, te lo juro!

Señora de Saint-Ange: ¡Qué impaciente estoy por saber cómo tomará esta noticia Dolmancé!

Dolmancé *(Regresando con Agustín.)***:** Como lo mejor del mundo, señoras. No estaba tan lejos de ustedes como para no oírlas. Lo sé todo... La señora de Mistival no podría haber sido más oportuna... Supongo que estará decidida a cumplir con los deseos de su marido.

Eugenia *(A Dolmancé.)***:** ¿Cumplirlos?... ¡Sobrepasarlos, querido...! ¡Ah! Que la tierra se hunda bajo mis pies si me ves flaquear, ¡cualesquiera sean los horrores a los cuales condenes a esa sinvergüenza!... Querido amigo, encárguese de dirigir todo esto, se lo ruego.

Dolmancé: Déjenos hacer a su amiga y a mí. Ustedes sólo deben obedecer a todo lo que les pidamos... ¡Ah! ¡Criatura insolente! ¡Jamás he visto algo semejante!...

Señora de Saint-Ange: ¡Qué torpeza la suya!... Entonces, ¿nos ponemos un poco más decentes para recibirla?

Dolmancé: Al contrario. Es preciso que desde el momento en que entre nada le impida estar segura de la manera en que hacemos pasar el tiempo a su hija. Permanezcamos todos en el mayor de los desórdenes.

Señora de Saint-Ange: Escucho ruidos. Es ella. ¡Vamos, ánimo, Eugenia! Recuerda bien nuestros principios... ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Qué escena más deliciosa!...

SÉPTIMO Y ÚLTIMO DIÁLOGO

Señora de Saint-Ange, Eugenia, El Caballero, Agustín, Dolmancé, Señora de Mistival, Lapierre

Señora de Mistival *(A la señora de Saint-Ange.)*: Le ruego que me disculpe, señora, si llego sin haberles avisado, pero dicen que mi hija está aquí y, como por su edad no conviene que esté sola, le ruego, señora, que tenga a bien devolvérmela y no desaprobar mi proceder.

Señora de Saint-Ange: Este proceder es de lo más descortés, señora. Se diría, al escucharla, que su hija no está en buenas manos.

Señora de Mistival: ¡A fe mía! A juzgar por el estado en el que la encuentro a ella, a usted y a sus acompañantes, señora, creo que no cometería un gran error al juzgar que aquí está muy mal.

Dolmancé: Esta manera de empezar es impertinente, señora, y aunque no conozco exactamente qué grado de relación existe entre la señora de Saint-Ange y usted, no oculto que en su lugar ya la habría hecho arrojar por las ventanas.

Señora de Mistival: ¿A qué llama echar por las ventanas? ¡Sepa, señor, que no se echa a una mujer como yo! Ignoro quién es usted, pero por el tenor de lo que dice y del estado en que se lo ve, es fácil juzgar cuáles son sus costumbres. ¡Eugenia, sígueme!

Eugenia: Te pido perdón, madre, pero no puedo concederte ese honor.

Señora de Mistival: ¡Cómo! ¡Mi hija se me resiste!

Dolmancé: Ella la desobedece, incluso formalmente, como ve, señora. Créame, no sufra por esto. ¿Quiere que mande a buscar un látigo para corregir a esta niña indócil?

Eugenia: Mucho me temería, si lo trajesen, que más que a mí, le servirá más a mi madre.

Señora de Mistival: ¡Criatura impertinente!

Dolmancé *(Acercándose a la señora de Mistival.)*: Calma, corazón, nada de acusaciones aquí. Todos protegemos a Eugenia, y podría arrepentirse de su violencia para con ella.

Señora de Mistival: ¡Cómo! ¡Mi hija me desobedecerá y no podré hacerle sentir los derechos que tengo sobre ella!

Dolmancé: ¿Y cuáles son esos derechos, se lo ruego, señora? ¿Se jacta de su legitimidad? ¿Cuando el señor de Mistival, o no sé quién, le arrojó en el coño las gotas de semen que hicieron nacer a Eugenia, entonces la tenía a la vista? ¡Bien! ¿Quiere que le agradezca hoy, por haber eyaculado cuando gozaba su indigno coño? Señora, que no hay nada más ilusorio que los sentimientos del padre o de la madre hacia los hijos, y de éstos hacia los autores de sus días. No hay nada de fondo que imponga tales sentimientos, en vigencia aquí y detestados allá, puesto que hay países en los que los padres matan a sus hijos, y otros en donde éstos degüellan a quienes le deben la vida. Si los sentimientos de amor recíproco estuviesen en la naturaleza, la fuerza de la sangre no sería quimérica, y sin que se hayan visto o conocido mutuamente, los padres distinguirían, adorarían a sus hijos, y a su vez éstos sabrían descubrir a unos padres que desconocen en medio de una gran asamblea, y volarían a sus brazos y los adorarían. ¿Qué es lo que vemos en lugar de esto? ¡Odios recíprocos e inveterados; hijos que, incluso antes de la edad de la razón,

jamás han visto a sus padres; padres que apartan a los hijos de su lado porque no pueden soportar su cercanía! Esos pretendidos sentimientos son, entonces, ilusorios, absurdo. Sólo el interés los concibe, los usos lo prescriben, el hábito los sostiene, pero la naturaleza jamás los imprimió en el corazón. Observe si los animales los conocen. No, sin duda. Sin embargo, es a ellos a quienes es preciso consultar cuando se quiere conocer a la naturaleza. ¡Oh, padres! Pueden estar tranquilos respecto de las pretendidas injusticias que sus pasiones o su interés los llevan a cometer contra estos seres, nulos para usted, a los que unas gotas de esperma han dado la vida. No les deben nada, están en el mundo para ustedes mismos y no para ellos. Estarían locos si los molestasen. Ocúpese nada más que de usted, sólo debe vivir para usted. Y ustedes, hijos, bien despojados, si se puede, de esta piedad filial que se funda en una auténtica quimera, convénzanse ustedes mismos de que tampoco deben nada a estos individuos cuya sangre les ha dado la vida. Piedad, reconocimiento, amor, no les deben ninguno de estos sentimientos. Los que les han dado el ser no tienen ningún título para exigirlos de ustedes. No trabajan más que para ellos, que ellos se las arreglen. Pero el más grande de los engaños sería brindarles cuidados o auxilios que no se los deben desde ningún punto de vista. Nada dice la ley respecto de esto, y si por azar, se manifestaran esos sentimientos en su corazón, sea por las inspiraciones del uso o por los efectos morales del carácter, ahoguen sin remordimientos esos absurdos sentimientos..., ¡sentimientos locales, frutos de las costumbres climáticas que la naturaleza reprueba y la razón siempre condena!

SEÑORA DE MISTIVAL: ¡Cómo! ¡Y los cuidados que he tenido para con ella, la educación que le he dado!...

DOLMANCÉ: ¡Oh! En cuanto a los cuidados, éstos no, sino los frutos de la costumbre o del orgullo. Al no

haber hecho por ella más de lo que prescriben las costumbres del país que habita, seguramente Eugenia no les debe nada. En lo que se refiere a la educación, tiene que haber sido muy mala, puesto que aquí nos hemos visto obligados a refundir los principios que le ha inculcado. No había uno sólo que contribuyese a su felicidad, que no fuese absurdo o quimérico. Le ha hablado de Dios, como si hubiese alguno; de virtud, como si ésta fuese necesaria; de religión, como si todos los cultos religiosos no fuesen otra cosa que el resultado de la impostura del más fuerte y de la imbecilidad del más débil; ¡de Jesucristo, como si este bandido no fuera más que un sinvergüenza y un depravado! Le ha dicho que follar es un pecado, cuando gozar es la acción más deliciosa que hay en la vida; pretendió convencerla de la moral, ¡como si la felicidad de una joven no estuviese en los excesos y en la inmoralidad, como si la más feliz de todas las mujeres no deba ser incuestionablemente la que más se revuelca en la basura y en el libertinaje, la que más desafía a todos los prejuicios y la que se burla de la reputación! ¡Ah!, desengáñese, señora, no ha hecho nada por su hija, no ha cumplido con respecto a ella ninguna de las obligaciones que le dicta la naturaleza: Eugenia no le debe sino el odio.

Señora de Mistival: ¡Santo cielo! Mi Eugenia está perdida, está claro... Eugenia, mi querida Eugenia, escucha por última vez las súplicas de la que te ha dado la vida. Ya no son órdenes, hija mía, son ruegos. Desgraciadamente, es bastante cierto que aquí estás con unos monstruos. ¡Aléjate de estas relaciones peligrosas y sígueme, te lo pido de rodillas! *(Se arrodilla.)*

Dolmancé: ¡Ah, bien, he aquí una escena de lágrimas!... ¡Vamos, Eugenia, enternézcase!

Eugenia *(Semidesnuda, como ha de recordarse.)*: Toma, mamaíta, te traigo mis nalgas... Las tienes, por cierto, a la altura de tu boca. Bésalas, corazón, succióna-

las. Es todo lo que Eugenia puede hacer por ti... Recuerde, Dolmancé, que siempre me comportaré como una digna discípula suya.

Señora de Mistival *(Horrorizada, empuja a Eugenia.)*: ¡Ah, monstruo! ¡Reniego de ti como mi hija para siempre!

Eugenia: Suma tu maldición, queridísima madre, si así te parece, con el fin de que la cosa se vuelva más conmovedora. Verás que no me inmuto siquiera.

Dolmancé: ¡Oh! Calma, calma, señora. Aquí ha habido un insulto. Acaba de rechazar con cierta dureza a Eugenia en nuestra presencia. Le he dicho que está bajo nuestra protección. Hay que castigar este delito. Tenga la bondad de desvestirse y de quedarse desnuda para que su brutalidad tenga su merecido.

Señora de Mistival: ¡Desnudarme!...

Dolmancé: Agustín, sirve de doncella a la señora, ya que se resiste. *(Agustín, brutalmente, se pone manos a la obra. Ella se defiende.)*

Señora de Mistival (*A la señora de Saint-Ange.)*: ¡Oh! ¡Cielos! ¿Dónde he caído? Pero, señora, ¿ha pensado en lo que permite que se me haga en su casa? ¿Piensa que no me quejaré de semejantes procedimientos?

Señora de Saint-Ange: No creo que pueda hacerlo.

Señora de Mistival: ¡Oh! ¡Gran Dios! ¡Aquí me matarán!

Dolmancé: ¿Por qué?

Señora de Saint-Ange: Un momento, señores. Antes de exponer a sus ojos el cuerpo de esta encantadora hermosura, sería bueno que los prevenga del estado en el que la encontrarán. Eugenia acaba de decírmelo todo al oído, ayer, su marido la azotó con todas sus fuerzas, por algunas pequeñas faltas domésticas..., y Eugenia me asegura que van a encontrar sus nalgas como tafetán de mezclilla.

Dolmancé *(Una vez que la señora de Mistival se ha*

desnudado.): ¡Ah, Dios mío! Nada puede ser más cierto. Creo que jamás he visto un cuerpo tan maltratado como éste... ¡Y cómo, demonios! ¡Tanto por delante como por detrás!... Mire, sin embargo, qué culo más bello. *(Lo besa y lo manosea.)*.

SEÑORA DE MISTIVAL: ¡Déjeme, déjeme, o gritaré pidiendo auxilio!

SEÑORA DE SAINT-ANGE *(Aproximándose a ella y tomándola del brazo.)*: ¡Escuche, puta! ¡Voy a instruirla!... Usted es una víctima enviada por su mismo marido para nosotros. Debe aceptar su suerte. Nada podría garantizárcela... ¿Qué será de usted? ¡No lo sé! Quizá sea colgada, apaleada, descuartizada, atenazada, quemada viva. El tipo de suplicio depende de su hija. Es ella la que pronunciará la sentencia. ¡Pero sufrirá, buscona! ¡Oh, sí! No será inmolada sino después de haber sufrido una infinidad de torturas previas. En cuanto a sus gritos, le prevengo que serían inútiles, en este gabinete se podría degollar a un buey sin que se oyeran sus chillidos. Sus criados se han marchado ya con los caballos. Se lo repito una vez más, preciosa, su marido autoriza lo que vamos a hacer, y la gestión que ha hecho no es más que una trampa tendida a su ingenuidad, y en la que ya ve, mejor no podría haber caído.

DOLMANCÉ: Espero que la señora se haya tranquilizado totalmente.

EUGENIA: ¡Prevenirla hasta ese punto es lo que se dice tener consideración!

DOLMANCÉ *(Sin dejar de palpar y palmear sus nalgas.)*: En verdad, señora, se ve que ha encontrado una cálida amiga en la señora de Saint-Ange... ¿Dónde hallará mayor franqueza? ¡Ella le habla con sinceridad!... Eugenia, venga a poner sus nalgas al lado de las de su madre... para que compare ambos culos. *(Eugenia obedece.)* Doy fe que el suyo es hermoso, querida; pero ¡vaya!,

el de la mamá tampoco está mal... Es preciso que por un momento me divierta penetrándolos a los dos... Agustín, sujeta a la señora.

Señora de Mistival: ¡Ah! ¡Santo cielo! ¡Qué ofensa!

Dolmancé *(Dispuesto a cumplir con sus propósitos, comienza a penetrar el trasero de la madre.)*: ¡Eh! En absoluto, no hay nada más simple... ¡Toma, apenas lo has sentido!... ¡Ah, cómo se ve que tu marido ha usado a menudo de esta ruta! En cambio, con Eugenia... ¡Qué diferencia! Es suficiente. Sólo quería castigar un poco para excitarme... Ahora es preciso un poco de orden. En primer lugar, señoras, usted, Saint-Ange y usted, Eugenia, tengan la bondad de ajustar esos consoladores para que cada una a su vez le aplique los más terribles golpes a esta respetable dama, ya sea en el trasero o en el coño. El caballero, Agustín y yo, con nuestros respectivos miembros, las relevaremos en su justo momento. Voy a comenzar y, como bien suponen, una vez más será su culo el que reciba mi homenaje. Durante el goce, cada uno será dueño de condenarla al suplicio que le parezca, cuidando de ir gradualmente, para que no la revienten de un solo golpe... Agustín, consuélame, te lo ruego, penetrándome, para que me alivie de tener que sodomizar a esta vieja vaca. Eugenia, deja que bese su hermoso trasero mientras penetro el de su madre, y usted, señora, acerque el suyo para que lo toque... Es preciso rodearse de culos cuando se penetra un culo.

Eugenia: ¿Qué va a hacer, amigo, qué le va a hacer a esta zorra? ¿A qué va a condenarla mientras pierdes tu esperma?

Dolmancé *(Sin dejar de penetrar.)*: La cosa más natural del mundo, voy a depilar y lastimar su espalda a fuerza de pellizcos.

Señora de Mistival *(Al recibir este maltrato.)*: ¡Ah! ¡Qué monstruo! ¡Qué depravado! ¡Me estropea!...

¡Santo cielo!...

Dolmancé: No le suplique, amiga. Será sordo a su voz, como lo es a la de todos los hombres. ¡Ese poderoso cielo jamás se ha inmiscuido en un trasero!

Señora de Mistival: ¡Ah! ¡Qué daño me hace!

Dolmancé: ¡Qué increíbles son los efectos de las peculiaridades del espíritu humano!... Usted sufre, mi querida, usted llora y yo eyaculo... ¡Ah, sinvergüenza! La estrangularía, si no fuese porque quisiera dejar ese placer a los otros. A usted, Saint-Ange. *(La señora de Saint-Ange la penetra por delante y por detrás con su consolador. Le da algunos puñetazos. La sustituye el caballero, que recorre ambas rutas y la pega mientras eyacula. De inmediato, viene Agustín. Hace lo mismo y acaba dándole algunos puñetazos. Mientras se realizaban estos ataques, Dolmancé ha recorrido con su miembro los traseros de todos los agentes, excitándolos con sus palabras.)* ¡Vamos, bella Eugenia, folle a su madre! ¡Primero penétrela por el coño!

Eugenia: Ven, mamá, ven, para que te sirva de marido. Es un poco más grueso que el de tu esposo, ¿verdad, querida? No importa, entrará... ¡Ah! ¡Grita, madre, grita, mientras tu hija te folla!... ¡Y usted, Dolmancé, introdúzcalo en mi trasero! ¡Aquí me ve entonces, incestuosa, adúltera y sodomita a la vez, y todo eso sólo porque una niña ha sido desflorada hoy!... ¡Qué progresos, amigos!... ¡Con qué rapidez recorro la espinosa ruta del vicio!... ¡Oh, soy una joven perdida!... ¿Estás eyaculando, dulce madre, me parece?... Dolmancé, ¡mire sus ojos!... ¿No es cierto que eyacula?... ¡Ah, zorra! ¡Voy a enseñarte a ser sinvergüenza!... ¡Toma! ¡Toma!... *(Aprieta y deja marcada su garganta.)* ¡Ah, penétreme, Dolmancé, me muero!... *(Al eyacular, Eugenia da unos doce puñetazos en el pecho y a los costados del cuerpo de su madre.)*

Señora de Mistival *(Desvaneciéndose.)*: Ten pie-

dad de mí, te lo ruego... Me encuentro mal... me desmayo... *(La señora de Saint-Ange quiere socorrerla. Dolmancé se opone.)*

Dolmancé: ¡Eh! No, déjela que permanezca en síncope, no hay nada más lúbrico que ver a una mujer desvanecida. La penetraremos para reanimarla... Eugenia, venga y tiéndase sobre el cuerpo de la víctima... Ahora comprobaré si es fuerte. Caballero, gózala sobre el cuerpo de esta madre desfalleciente y que ella nos masturbe a Agustín y a mí, con cada mano. Tú, Saint-Ange, mastúrbela mientras la penetran.

El Caballero: En verdad, Dolmancé, lo que haces es horrible. Es ofender a la naturaleza, al cielo y a las más sagradas leyes de la humanidad al mismo tiempo.

Dolmancé: Nada me divierte tanto como los enérgicos arrebatos de virtud del caballero. ¿Dónde diablos ve en lo que hacemos el más mínimo insulto a la naturaleza, al cielo o a la humanidad? Amigo, es voluntad de la naturaleza que los sinvergüenzas sostengan los principios que los llevan a la acción. Te he dicho ya mil veces que la naturaleza, para el perfecto cumplimiento de las leyes que mantienen su equilibrio, necesita tanto de los vicios como de las virtudes, nos inspira a su vez el movimiento que necesita. Entonces, no hacemos ningún tipo de mal en entregarnos a esos movimientos, cualquiera sea su especie. Con respecto al cielo, te ruego que dejes entonces de temer los efectos, hay un solo motor que actúa en el mundo, y es lá naturaleza. Los milagros, o más bien los efectos físicos de esta madre del género humano, interpretados por los hombres de modo diferente, han sido deificados por ellos desde mil formas, unas más extraordinarias que otras. Los pícaros y los intrigantes, abusando de la credulidad de sus semejantes, han propagado sus ridículas fantasías. ¡He aquí lo que el caballero denomina el cielo, y es esto lo que teme ultrajar!... ¡Las leyes de la humani-

dad, agrega, son violadas por las deshonras que nosotros nos permitimos! Grábatelo entonces, de una vez por todas, hombre ingenuo y cobarde, que lo que los estúpidos llaman humanidad no es más que una debilidad nacida del temor y del egoísmo. Que esta quimérica virtud, al encadenar sólo a los hombres débiles, es desconocida por aquellos cuyo carácter está modelado en el estoicismo, en el valor y en la filosofía. Actúa entonces, caballero, actúa sin temor a nada. Podríamos pulverizar a esta sinvergüenza y ni siquiera llegaríamos a sospechar que hemos cometido un crimen. Es imposible que el hombre cometa crímenes. La naturaleza, al inculcarle el irresistible deseo de cometerlos, supo alejar con toda prudencia de ellos las acciones que podían alterar sus leyes. Vamos, puedes estar seguro, amigo, de que todo lo demás está absolutamente permitido y que ella no ha sido tan absurda como para darnos el poder de turbarla u obstaculizar su marcha. Atentos a que somos ciegos instrumentos de sus inspiraciones, y que ella nos ordenó expandirnos por el mundo, el único crimen sería resistirse, y todos los depravados de la tierra no son sino agentes de sus caprichos... Vamos, Eugenia, colóquese... ¡Pero qué es lo que veo!... ¡Está palideciendo!...

EUGENIA *(Rindiéndose sobre su madre.)*: ¡Yo, palidecer! ¡Santo Dios! ¡Verá perfectamente que no! *(Se ejecuta la acción planificada por Dolmancé. La señora de Mistival continúa en síncope. Una vez que el caballero eyacula, abandonan la postura.)*

DOLMANCÉ: ¡Cómo! ¡La zorra sigue sin recobrar el conocimiento! ¡Necesito unas varas! ¡Unas varas!... Agustín, ve rápido a recoger un puñado de espinas en el jardín. *(Mientras espera, la abofetea y la insulta.)* ¡Oh! A fe mía, creo que esté muerta. No puedo reanimarla.

EUGENIA *(Bromeando.)*: ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Cómo! ¡Tendré que llevar luto este verano, yo, que me he hecho

hacer vestidos tan bonitos!

Señora de Saint-Ange *(Estallando de risa.)*: ¡Ah! ¡Qué monstruito!...

Dolmancé *(Tomando las espinas de la mano de Agustín, que ha regresado)*: Vamos a ver qué efecto causa este último remedio. Eugenia, succiona mi miembro mientras me ocupo de que tu madre vuelva en sí y que Agustín me devuelva los golpes que voy a darle. No me disgustaría en absoluto, caballero, que penetrases el trasero de tu hermana, te colocarás de modo que pueda besar tus nalgas durante la operación.

El Caballero: Obedezcamos, puesto que no hay modo de persuadir a este depravado que todo lo que nos obliga a hacer es espantoso. *(Se organiza el cuadro. A medida que la señora de Mistival es azotada, va recobrando el conocimiento.)*.

Dolmancé: ¡Bien! ¿Has visto los efectos de mi medicamento? Ya les dije que era seguro.

Señora de Mistival *(Abriendo los ojos.)*: ¡Oh! ¡Cielos! ¿Por qué no me deja en el seno de la tumba? ¿Por qué me devuelve a los horrores de la vida?

Dolmancé *(Mientras continúa flagelándola.)*: ¡Eh! Verdaderamente, madrecita, no todo está dicho. ¿Acaso no es necesario que oigas tu sentencia?... ¿No es preciso que se ejecute?... Vamos, reunámonos en torno de la víctima, que se mantenga de rodillas en medio del círculo y que tiemble al escuchar lo que le será anunciado. Comience, señora de Saint-Ange. *(Las siguientes sentencias se pronuncian mientras los presentes están en acción.)*

Señora de Saint-Ange: La condeno a la horca.

El Caballero: A que sea cortada, como lo hacen los chinos, en veinticuatro mil pedazos.

Agustín: ¡Vaya! Yo me libraría de ella descuartizándola viva.

Eugenia: Mi bella madrecita será acribillada con

mechas de azufre, para lo cual me encargaré yo misma de poner el fuego a punto. *(Aquí se desarma el círculo.)*

DOLMANCÉ *(Con sangre fría.)*: Entonces, amigos, en calidad de instructor, suavizaré la sentencia. Pero la diferencia que se encontrará entre la mía y la de ustedes es que las suyas no son sino los efectos de una mistificación corrosiva, mientras que la mía va a ejecutarse. Tengo allí abajo a un criado dotado con uno de los más hermosos miembros que puedan encontrarse en la naturaleza, pero desgraciadamente está roído por una de las más terribles viruelas que jamás se haya visto en el mundo, y transmite el virus. Lo haré subir: lanzará su veneno en los dos conductos con los que la naturaleza ha dotado a esta querida y amable mujer, con el fin de que, durante el largo tiempo que experimente los efectos de esta cruel enfermedad, la puta recuerde que no debe molestar a su hija cuando la follen. *(Todo el mundo aplaude. Se hace subir al criado. Dolmancé a éste.)*: Lapierre, penetra a la mujer que está ahí. Está extraordinariamente sana. Este goce te puede curar, el remedio no tiene parangón.

LAPIERRE: ¿Delante de todo el mundo, señor?

DOLMANCÉ: ¿Tienes miedo de mostrar tu miembro?

LAPIERRE: ¡No, claro que no! Puesto que es tan hermoso... Vamos, señora, tenga la bondad de contenerse, si le place.

SEÑORA DE MISTIVAL: ¡Oh! ¡Santo cielo! ¡Qué horrible condena!

EUGENIA: Esto es mejor que morir, mamá, ¡al menos este verano podré lucir mis bonitos vestidos!

DOLMANCÉ: Divirtámonos durante este tiempo. Recomendaría que todos nos flageláramos: la señora de Saint-Ange castigará a Lapierre, para que penetre con energía el coño de la señora de Mistival; yo castigaré a la señora de Saint-Ange y Agustín lo hará conmigo, Eugenia castigará a Agustín y ella a su vez será enérgicamente

azotada por el caballero. *(Se dispone todo. Cuando Lapierre ha penetrado en su vagina, su amo le ordena que lo haga por detrás. Lo hace. Dolmancé, cuando ha acabado.)* ¡Bien! Sal, Lapierre. Ten, aquí tienes diez luises. ¡Oh! ¡Vaya! ¡Jamás en su vida Tronchin ha hecho un contagio semejante!

Señora de Saint-Ange: Creo que es absolutamente esencial que el veneno que circule en las venas de la señora no pueda exhalarse. Por tanto, es preciso que Eugenia le cosa con cuidado el coño y el trasero para que el humor virulento, al estar más concentrado y menos sujeto a evaporarse, la calcine lo más pronto posible.

Eugenia: ¡Excelente! ¡Vamos, vamos, unas agujas, hilo!... Separa tus nalgas, mamá, te voy a coser para que no me des más hermanos ni hermanas. *(La señora de Saint-Ange le da a Eugenia una aguja muy grande, en la que se ha enhebrado un grueso hilo encerado de color rojo. Eugenia cose.)*

Señora de Mistival: ¡Oh! ¡Cielos! ¡Qué dolor!

Dolmancé *(Riéndose como loco.)*: ¡Vaya! La idea es excelente. La honro, querida. A mí jamás se me hubiera ocurrido.

Eugenia *(Pinchando de cuando en cuando los labios de la vagina, en su interior, el vientre y el monte.)*: No es nada, mamá. Es para probar mi aguja.

El Caballero: ¡La puta va a hacerla sangrar!

Dolmancé *(Haciéndose masturbar por la señora de Saint-Ange mientras contempla la operación.)*: ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Qué rígido me lo pone este desatino! Eugenia, multiplique sus pinchazos, para que esto se ponga mejor.

Eugenia: Le daré más de doscientos, si es preciso... Caballero, mastúrbeme mientras ejecuto la operación.

El Caballero *(Obedeciendo.)*: ¡Jamás se ha visto una niñita tan sinvergüenza como ésta!

EUGENIA *(Muy excitada.)*: ¡Nada de denuncias, caballero, o de lo contrario lo pincharé! Conténtese con acariciarme como se debe. Un poco en el culo, mi ángel, se lo ruego. ¿Acaso sólo tiene una mano? Ya no se ve nada, ahora voy a hacer unos puntos al través... ¡Toma! Mira hasta dónde se pierde mi aguja..., hasta en la espalda, los pechos... ¡Ah! ¡Qué placer!...

SEÑORA DE MISTIVAL: ¡Me desgarras, depravada! ¡Qué vergüenza siento de haberte dado la vida!

EUGENIA: ¡Vamos, cálmate, madrecita! Que ya he acabado.

DOLMANCÉ *(Apartándose de la señora de Saint-Ange con el miembro tieso.)*: Eugenia, cédame el culo, es mi sitio.

SEÑORA DE SAINT-ANGE: Está demasiado excitado, Dolmancé, va a martirizarla.

DOLMANCÉ: ¡Qué importa! ¿Acaso no nos han dado permiso por escrito? *(La acuesta boca abajo, toma una aguja y comienza a coserle el orificio del trasero.)*

SEÑORA DE MISTIVAL *(Gritando endemoniadamente.)*: ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!...

DOLMANCÉ (*Enterrándole la aguja en las carnes.)*: ¡Cállese ya, zorra! O le pondré las nalgas como en mermelada... Eugenia, ¡mastúrbeme!...

EUGENIA: Sí, pero con la condición que pinche más fuerte, porque la está tratando con demasiada cortesía. *(Lo masturba.)*

SEÑORA DE SAINT-ANGE: ¡Trabájeme un poco esas gordas nalgas!

DOLMANCÉ: Paciencia, pronto voy a mecharla como a un cuarto trasero de buey. Olvida mis lecciones, Eugenia. ¡Recubra mi miembro!

EUGENIA: Es que los dolores de esa zorra inflaman mi imaginación hasta tal punto que ya no sé exactamente lo que hago.

Dolmancé: ¡Santo Dios! Comienzo a perder la cabeza. Saint-Ange, que Agustín la penetre por detrás ante mí, se lo ruego, mientras que su hermano lo hará por delante para que sobre todo pueda ver dos culos, este cuadro va a acabarme. *(Pincha las nalgas, mientras los demás adoptan las posturas que ha indicado.)* ¡Tome, querida mamá, reciba ésta y ésta otra!... *(La pincha en más de veinte sitios.)*

Señora de Mistival: ¡Ah! ¡Perdón, señor! ¡Mil y mil veces perdón! ¡Me mata!...

Dolmancé *(Perdido por el placer.)***:** Lo quisiera... Hace tiempo que no se me ponía tan tieso. Pensé que no iba a ser posible después de tantas eyaculaciones.

Señora de Saint-Ange *(Colocándose en la postura requerida.)***:** ¿Estamos bien así, Dolmancé?

Dolmancé: Que Agustín gire un poco hacia la derecha. No veo lo suficiente el culo. Que se incline, quiero ver el orificio.

Eugenia: ¡Ah! ¡Miren cómo sangra la pajarraca!

Dolmancé: No está mal. Vamos, ¿están listos, ustedes? En cuanto a mí, en un instante rociaré con el bálsamo de la vida las llagas que acabo de provocar.

Señora de Saint-Ange: Sí, sí, corazón, eyacule..., llegamos a la meta al mismo tiempo que usted.

Dolmancé *(Que ha terminado su operación, no hace más que multiplicar los pinchazos en las nalgas de la víctima, mientras eyacula.)***:** ¡Ah! ¡Dios! ¡Mi esperma fluye!... Se pierde, jodido Dios... Eugenia, diríjalo hacia las nalgas que martirizo... ¡Ah! Se ha acabado... ¡No puedo más!... ¡Por qué la debilidad ha de sustituir a pasiones tan intensas!

Señora de Saint-Ange: ¡Penetra! ¡Penétrame, hermano, eyaculo!... *(A Agustín.)***:** ¡Muévete, mamarracho! ¿Aún no sabes que cuando eyaculo hay que entrar a fondo en mi culo? ¡Ah! ¡Santo nombre de Dios! ¡Qué dul-

ce es ser follada así por dos hombres a la vez! *(El grupo se deshace.)*

DOLMANCÉ: Todo está dicho. *(A la señora de Mistival.)* ¡Puta! Ya puede vestirse y marcharse cuando lo desee. Entérese que estábamos autorizados por su mismo esposo a todo lo que acabamos de hacer. Se lo dijimos, no lo creyó, aquí tiene la prueba, léala. *(Le muestra la carta.)* Que le sirva de ejemplo para que recuerde que su hija está en edad de hacer lo que quiera. Que a ella le gusta follar, que ha nacido para follar y que, si usted misma no quiere ser follada, lo más sencillo es dejarla hacer. Salga, el caballero la conducirá. ¡La compañía la saluda, puta! Arrodíllese delante de su hija y pídale perdón por su abominable conducta hacia ella... Usted, Eugenia, aplique dos buenas bofetadas a su señora madre y, tan pronto como llegue al umbral de la puerta, haga que lo cruce dándole unas fuertes patadas en el culo. *(Eugenia lo hace.)* Adiós, caballero. No vaya a follar a la señora en el camino, recuerde que está cosida y que tiene viruela. *(Una vez que han salido.)* En cuanto a nosotros, amigos, vamos a sentarnos a la mesa, y luego nos meteremos los cuatro en la misma cama. ¡Qué jornada más buena! Nunca como mejor ni duermo tan tranquilo como en esos días en los que me he manchado suficientemente con lo que los imbéciles llaman crímenes.

Índice

Impreso y encuadernado en ***Gráfica Guadalupe***
Av. San Martín 3773, Rafael Calzada, CP B1847EZI,
Buenos Aires, Argentina, en el mes de julio del 2005

Filosofía en el Tocador

Marqués de Sade

Escrita en 1795, cuando Donatien Alphonse Francois, o más conocido como el **Marqués de Sade**, estaba en prisión en la Bastilla, en pleno período revolucionario de Francia, *Filosofía en el tocador* surge como algo más que una simple narración. Se expresa en un plano erótico, y no es solamente una reflexión del mundo de lo inmanejable regido por la naturaleza misma, sino también un auténtico tratado sobre las múltiples caras de la moral. La historia era un gran levantamiento en ese momento, y los valores establecidos perdían su razón de ser.

En este contexto, la obra del Divino Marqués cobra gran interés, ya que propone la formación de naciones utópicas, en las que sus gobiernos no se muestren como opresivos a la libertad de los hombres. Cuestiona la licitud y la legitimidad de lo justo entre aquéllos. Reflexiona acerca de la educación, de la ley y de la naturaleza que los vincula. Ataca a quienes, de cierta forma, ejercen, conciente e inconcientemente, dominación sobre el pueblo; ellos son, especialmente, los jueces, bandidos, revolucionarios, aristócratas y, especialmente, los clérigos y religiosos.

Edición Integra

Gradifco





ISBN 987-571-024-5